



CUADERNOS DE COMUNICACIÓN
MAGÍSTER EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

MUJERES MIGRANTES AFRICANAS
LITERATURA, GÉNERO, MIGRACIÓN

Lucía Benítez Eyzaguirre



COLECCIÓN "CUADERNOS DE COMUNICACIÓN"
MAGÍSTER EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
2010 ≡ AÑO 1 ≡ Nº 2

Lucía Benítez Eyzaguirre

MUJERES MIGRANTES AFRICANAS
Literatura, género, migración



EDICIONES
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

COLECCIÓN “CUADERNOS DE COMUNICACIÓN”

Publicación Digital (e-book). Magíster en Ciencias de la Comunicación. Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación. Facultad de Educación y Humanidades. Universidad de La Frontera.

Directorio Colección “Cuadernos de Comunicación”

- Dr. Carlos del Valle Rojas
- Mg. Alberto Javier Mayorga Rojel
- Mg. Luis Nitrihual Valdebenito

Editor General. Edición 2010. AÑO 1. N° 2

- Mg. Luis Nitrihual Valdebenito

Comité Científico de la Colección.

- Dr. Antonio Arroyo Almaráz
Universidad Complutense de Madrid. España.
- Dr. Armand Mattelart
Universidad Paris VIII. Francia.
- Dra. Florencia Saintout
Universidad Nacional de la Plata. Argentina.
- Dr. Francisco Sierra Caballero
Universidad de Sevilla. España.
- Dr. Norddin Achiri
Universidad Sidi Mohamed Ben Abdellah. Marruecos.

COLECCIÓN “CUADERNOS DE COMUNICACIÓN”

Magíster en Ciencias de la Comunicación
Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación.
Facultad de Educación y Humanidades.
Universidad de La Frontera.
Avenida Francisco Salazar 01145 Temuco. Chile.
Casilla 54-D. Fono (56) 45 325000 Fax: (56) 45 325950
Correo electrónico: amayorga@ufro.cl
<http://www.magisterencomunicacion.cl/publicaciones.html>

Las opiniones vertidas en el presente trabajo publicado son de exclusiva responsabilidad del autor.
Todos los derechos reservados. Esta publicación puede citarse con fines académicos indicando al autor del texto, el año, el título, el país y la editorial.

Imagen de portada. Joaquín Rivas

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA.
Primera edición: diciembre de 2010
Registro de Propiedad Intelectual N° 195205
ISBN 978-956-236-212-2

ÍNDICE

Introducción.....	5
CAPÍTULO 1	
1.1. Mundo complejo.....	8
1.2. Mundo sin fronteras: Interculturalidad e integración.....	10
CAPÍTULO 2	
2.1. Literatura en la investigación social.....	13
2.2. Historias de vida.....	14
2.3. Autobiografía y literatura epistolar.....	18
2.4. Cuatro novelas.....	21
2.5. Lenguas mestizas.....	23
2.6. Relato individual, relato colectivo.....	27
2.7. Relatos masculinos.....	29
2.8. Discurso y control social.....	32
2.9. De objeto a sujeto.....	34
2.10. Contexto literario.....	37
CAPÍTULO 3	
3.1. Estigma.....	44
3.2. Abusos sobre el cuerpo, abusos sobre la mujer.....	47
3.3. Prostitución.....	53
3.4. Maternidad.....	56
3.5. Natalidad.....	58
3.6. Reproducción del discurso.....	60
3.7. La educación de las niñas.....	65
3.8. Grupo doméstico.....	67
3.9. División sexual del trabajo.....	69
CAPÍTULO 4	
4.1. Antropología del género.....	72
4.2. Los feminismos.....	75
4.3. Feminismo occidental.....	79
4.4. Misóviras.....	81
4.5. Mujerismo africano.....	83

4.6. Empoderamiento.....	86
4.7. Feminismo dialógico.....	89

CAPÍTULO 5

5.1. Condición de género.....	94
5.2. Producción y reproducción.....	96
5.3. Invisibilidad de las mujeres.....	98
5.4. Generización.....	100
5.5. Feminización de la migración.....	101

CAPÍTULO 6

6.1. Colonialismo y colonialidad.....	104
6.2. Feminismo y poscolonialismo.....	107
6.3. Migración y transmigración.....	112
6.4. Los mitos de la migración.....	117
6.5. Cruce de fronteras: Literatura, migración y género.....	123

CAPÍTULO 7

7.1. Identidades de partida.....	133
7.2. La nueva identidad.....	135

CAPÍTULO 8

8.1. El resultado en la literatura.....	142
---	-----

Conclusiones.....	144
Bibliografía.....	148
Referencias de la autora.....	164

INTRODUCCIÓN

África es un continente inmenso, plural y complejo, lleno de vida. He tenido ocasión de conocer algunos de sus diminutos poblados, de participar en las vidas cotidianas de sus gentes en distintas latitudes. Me ha sabido a poco, aunque en mis visitas no mantuviera la actitud de una viajera ocasional, el tiempo siempre me resultó escaso. Acostumbrada como estoy a medir los días hasta por minutos, la densa atmósfera africana llena de tiempo, de otro modo de ver los días, me inspira tanta curiosidad que no llego a saciarla. Por eso, cuando cayeron en mis manos cuatro novelas bien elegidas sobre las migraciones de mujeres, me las leí de un tirón.

Eran cuatro historias distintas no sólo por su forma literaria sino también por las vidas de mujeres que narraban. Mujeres que afrontaban con estrategias diferentes los desafíos de su condición, de las tradiciones, de las promesas de mundos lejanos, pero que tenían en común el bagaje de quien sale con fuerza de las dificultades, de la riqueza de la experiencia y de las soluciones personales. Había escuchado relatos africanos, pero éstos eran otra historia. De sus protagonistas me interesó su espíritu de cruzafronteras, de quienes no se paran en los límites impuestos. Con ellas pasé de una cultura a otra, del continente olvidado a éste tan mitificado, pero también de la literatura a las migraciones, de la psicología a la economía, del género al análisis del discurso.

Comencé por *Mi carta más larga* (1979), de Mariama Bâ, ya un clásico de la literatura africana. Con esta confesión epistolar desde Senegal, su protagonista se cuestiona el mundo que la rodea, las costumbres y tradiciones, mientras envidia y admira el camino personal de su amiga, que decidió cambiar de vida poniendo kilómetros por medio. Sus cartas le sirven para cruzar la frontera de su condición, para elegir su destino al margen de las obligaciones impuestas.

En *Las delicias de la maternidad* (1979), de Buchi Emecheta, reconocí la llamada de la ciudad que se plantea como el destino para su protagonista, la cual vive como una herida incurable, como un estigma, la muerte de su hijo primogénito. Llega a Lagos con un baúl con muy pocas pertenencias y una única manera de entender la vida, dentro de la tradición de su pueblo; sólo podía ser madre. Emecheta retrata a una mujer que paga con creces el precio de su responsabilidad sin ver cumplidas las promesas de la tradición.

De *Más allá del horizonte* (1991), de Amma Darko, me llamó la atención cómo retrata con crudeza el coste de la promesa de otra vida. Los mitos sobre Europa llevan a aceptar sin condiciones un viaje de remoto destino y futuro muy duro en la prostitución. Una experiencia desgarradora para una mujer educada en la sumisión y convencida de que los valores de su mundo la salvarían de cualquier desgracia.

La última de las novelas fue una sorpresa. Era un relato entre estos dos mundos; una crónica real desde posiciones relativas llena de riqueza y de matices en la que se comparte una misma experiencia: un partido de fútbol en lugares tan distantes y tan próximos como una isla frente a Dakar y París. *En un lugar del Atlántico* (2003), de Fatou Diome, era la novela más actual, la que mejor reflejaba las contradicciones y ambigüedades, las dificultades cotidianas de quienes viven en la tierra de nadie.

Eran historias locales y universales, contadas con voz propia. Por fin podía poner cara y sensaciones a todo aquello que había investigado: la sociología, la comunicación, los discursos. Estos temas ya me habían parecido piedras angulares del estímulo cotidiano que reciben cada día miles de personas y que las impulsan a desplazarse a largas distancias con promesas de paraísos inexistentes. En realidad, entre todas esas novelistas habían escrito una declaración de principios de las mujeres más sometidas y olvidadas.

Ahora, por el camino de la literatura, había descubierto cientos de detalles, asuntos cotidianos que daban luz y color a los ensayos y trabajos de campo que había estudiado durante años. La voluntad decidida de estas mujeres de tomar las riendas de su vida me impresionó, la lucha contra todos y todo, el árido camino de su crecimiento personal, a veces dentro del feminismo, otras ante el papel en blanco y siempre a través de la migración.

Así que me puse manos a la obra a investigar todos los detalles. Me interesé por sus autoras y por los mundos en que se criaron: dos de ellas senegalesas, Fatou Diome y Mariama Bâ, la nigeriana Buchi Emecheta y Amma Darko, de Ghana. Todas ellas tuvieron acceso a la educación por encima de las oportunidades que se les habían brindado a otras compatriotas y, a partir de ahí, se abrieron el camino propio compaginando en algún caso —como Buchi Emecheta— la crianza de sus hijos con sus estudios superiores. Excepto Mariama Bâ, que siempre vivió en Senegal y que cuenta la historia de la ruptura personal dentro de África, todas emigraron. Diome y Emecheta viven todavía en Europa; Amma Darko regresó de Alemania a su Ghana natal. Todas rompieron con su mundo, al que han devuelto riqueza humana, literatura y compromiso.

Estas novelas reflejan mundos próximos y lejanos. Cuentan historias que se desarrollan en ciudades europeas pero también otras de tierras lejanas, de países de la zona subsahariana. Desde aquí, aunque sea en el sur de Europa más próximo a África, vemos con confusión esas regiones y las simplificamos como si se tratara de una misma cosa. El desafío era evitar las reducciones, a la vez que encontrar los aspectos comunes de sus historias controvertidas, conservar la riqueza de sus experiencias y estudiar el impacto que para cada una de ellas tuvo el mundo que las acogió. Un mundo difícil, complejo y plural que hay que enriquecer con experiencias humanas y de mujer.

CAPÍTULO 1

1.1. Mundo complejo

Los relatos de mujeres africanas migrantes muestran, desde el primer momento, un mundo complejo y plural, un caleidoscopio de situaciones y referencias que se multiplican con los enfoques y puntos de vista de sus voces, con nuestras propias posiciones. Para entenderlo, hay que intentar superar las visiones universalistas, congeladas en el tiempo, fragmentadas, opuestas, deterministas, y la hegemonía de un modo de acceder al conocimiento, la búsqueda del orden y de la simplicidad; unas teorías en las que se fundaron las ciencias sociales en su paralelismo con el corpus científico del momento, cuya ambición era distanciar al máximo la realidad o el objeto de conocimiento del sujeto que accede a ellas para que no contamine el proceso y permanezca inalterable ante lo conocido. Ese objetivismo partía de la base de que el mundo se organiza al margen de los individuos que lo componen, los cuales se mantienen alejados y distantes de su orden. Sin embargo, esta ambición de hegemonía y de poder, que se generalizó para la explicación del mundo social, no serviría para adentrarnos en las vidas complejas de estas mujeres, en las realidades plurales que las habitan, ni en los mundos diferentes que las rodean.

La crisis del modelo simplificador y normativo de la epistemología se venía produciendo desde los años setenta y, más intensamente, en los noventa con la creciente aceleración del mundo globalizado que aporta innumerables causas. Mayra Espina (2004) señala entre estas causas la complejización creciente de las sociedades contemporáneas, la multiplicación y diversificación de los actores sociales, los ámbitos de relación, a escala macro (planetaria), mezo (regional-nacional) y micro (territorial-local-comunitario-familiar), los fuertes procesos de multiculturalidad e hibridación que acompañan la globalización de las relaciones socioeconómicas, la simultaneidad de tendencias globalizadoras y localizadoras y de integración y exclusión de dimensión múltiple (mundial, regional, nacional, local), y la posibilidad de emergencia de nuevas realidades no previsibles. En definitiva, un mundo plural y complejo que no admitía el corsé de las teorías reinantes.

Los grandes argumentos que habían guiado la construcción y la reconstrucción de la historia, los puntos de vista inequívocos que ayudaron a mantener la lógica de un orden social inmutable, la comprensión lineal y

causal del mundo, derrumbaron las ambiciones totalizadoras de un cuerpo teórico que se enfrentaba a la realidad plural y cambiante mientras crecía un movimiento que reconocía la diferencia y se alejaba de la norma.

La misma Mayra Espina afirma que "los aportes a este posicionamiento crítico vienen fundamentalmente de la teoría feminista, de los estudios culturales y de la teoría de los movimientos sociales, entre otras fuentes, cuyos objetos (sujetos) de estudio formaban parte comúnmente de lo diferente, de aquello que no puede ser comprendido a través de un patrón preestablecido, de lo que está fuera de la norma y es tenido, en esa lógica, como inferior, cuyos comportamientos se acercan más a la desviación. (Id., p. 15).

Precisamente, este es el marco teórico en el que se puede comprender esta historia plural, diversa, a caballo entre mundos y sociedades; el marco que me ha permitido acercarme a estas víctimas de su diferencia. Porque, como dice (Romero Bachiller, 2003, p. 35), "existe un paradigma de la normalidad en el que, la visión tradicional de clase se descubre androcéntrica, blanca, heterosexual, occidental y tiende a identificar trabajo con empleo, ignorando toda una serie de actividades y prestaciones de servicios que no se desarrollan en el marco de una relación salarial". Así, no hay más que admitir que las protagonistas de estas historias son las que acaparan el mayor número de etiquetas estigmatizadoras: mujeres, negras, africanas, trabajadoras, migrantes a las que, en muchos casos, se pueden añadir una o dos más: ilegales y prostitutas.

Pero además, son mujeres que aportan la base necesaria para explicar y comprender su mundo, para la nueva riqueza de la investigación social a través de la literatura. Son protagonistas de su historia, de sus novelas, de sus narraciones personales y ficticias, de la necesidad de explicarse y compartir experiencias; de construir su identidad y aportar un material muy valioso para la investigación social a través de sus novelas casi autobiográficas en las que se recogen los mitos, los discursos de poder, los sistemas de exclusión. Un ámbito en el que cada vez más debe moverse la investigación social; Espina (2004, p. 17) afirma que desde esta óptica, las ciencias sociales deberían ser sustituidas por constructos retóricos que narran la vida y la significan", cuya utilidad sería "mostrar la diversidad y no aceptar la imposición de una visión única totalizadora del mundo".

1.2. Mundo sin fronteras: Interculturalidad e integración

Estas novelas en las que trato de profundizar se fraguan en el mundo complejo y dinámico: en él se mueven sus protagonistas, sus escritoras, en él se leen y desde este mundo o estos mundos se las estudia; sin olvidar que, para adaptarse a la rica pluralidad de sus vidas, hay que contemplar sus sociedades de origen, los esquemas patriarcales que sustentan sus lógicas, el pasado de esos territorios, los impactos del mundo global, los factores que las impulsan hacia la migración, las razones de su toma de conciencia, la apropiación de su palabra, el dominio de sus cuerpos, el mundo que las acoge, los discursos de poder, las lógicas económicas, las nuevas oportunidades, las identidades en tránsito, y un larguísimo etcétera. Son elementos esenciales para la comprensión del fenómeno completo del que sólo creo que hay explicaciones desde un planteamiento interdisciplinar, con la confianza en la permeabilidad de las fronteras entre campos del conocimiento; al igual que estas mujeres han sabido aprovechar las grietas del sistema que ha blindado las fronteras políticas entre países y sociedades. Este cruce transversal, transdisciplinar (Thompson, 2004, p. 30), recoge una amplitud de miras dentro de los campos interdisciplinares, pero también atraviesa las grandes disciplinas científicas.

El enfoque transversal es un punto de vista que enriquece el proceso de formación y desarrollo del conocimiento, de la misma forma en que se contempla el fenómeno por parte de los individuos, tal y como defiende Espina (2004, p. 20):

El sujeto, al conocer, transforma y es transformado, concede significados, interpreta según estructuras preestablecidas y que él produce y esta acción de *significación*, de *objetivación*, forma parte también de la realidad. Es la reafirmación de lo existente como relacional, como interactuante. Si se concibe la realidad de la relación, es porque se asume la existencia, la realidad, de lo que se relaciona, no se elimina o reduce ninguno de los dos elementos, supone, por el contrario, asumirlos en su complejidad, multidimensionalidad, interacción y diversidad.

Esta subjetividad es imprescindible para completar la perspectiva del mundo complejo: realidad y pensamiento social se apoyan en la riqueza que el sujeto incorpora al mundo de las ciencias sociales, de las que había estado excluido, y sirve de puente entre el objeto y el conocimiento, como parte transformadora de ambos mundos (Carrizo, 2004, p. 20). Para Espina no es una limitación sino un factor de enriquecimiento:

La centralidad de la subjetividad y su comprensión como productora de realidad no constituye un relativismo ético individualista, ni la negación de la contingencia externa, sino que pretende resaltar la no existencia de oposición sujeto-objeto, la relación que entre ambos términos se da en la práctica y la dimensión activa del conocimiento". Por tanto, esta integración del sujeto será activa y multidimensional ya que aporta la forma de entender el mundo y de producir su comprensión, la transformación que se ha producido en su cambio (Espina, 2004, p. 20).

De una forma muy esclarecedora, los Grinberg (1984, p. 82) describen, desde el campo de la psicología y la psiquiatría, cómo se incorpora la subjetividad al individuo en la migración: "'Ser' emigrantes es, pues, muy distinto a 'saber' que se emigra. Implica asumir plena y profundamente la verdad y la responsabilidad absolutas inherentes a esa condición".

Y, en este caso, para hablar de mujeres africanas migrantes, el concepto más adecuado que he encontrado es el de interculturalidad (Malgesini y Giménez, 2000, pp. 253-258) que, más allá que el de multiculturalidad, introduce el factor dinámico y de interrelación que permite la evolución y el cambio social. La vida de estas mujeres se desarrolla entre mundos diferentes; sus influencias en cada uno de ellos, las transformaciones sociales de su ausencia en sus lugares de origen, los impactos en los de destino y los imparables cambios que fruto de estas y otras muchas interacciones transforman lo que nos rodea.

Linda McDowell plantea el viaje, el movimiento, como un prisma de reconstrucción que sería aplicable a la situación de estas mujeres:

El enfoque en el viaje permite, por ejemplo, desestabilizar una concreta visión de la historia, como hacen, de unas décadas a esta parte, las feministas, junto a los teóricos posmodernos y poscoloniales. La concepción teleológica que domina también nuestra disciplina desde hace mucho tiempo —la vía única de progreso, que sólo conduce a la modernización, la occidentalización y la urbanización—Se enfrenta ahora la multiplicidad, al viaje, a los movimientos que se entrecruzan y, lo más decisivo, a la descolonización. (McDowell, 2000, p. 306)

Este análisis plural y transversal me sirve para integrar el eje entre sujeto-realidad-conocimiento. Pero no sólo eso, sino también la incorporación entre los distintos campos del conocimiento y entre los distintos mundos que se superponen en sus experiencias, de las que estas mujeres migrantes esperan el reconocimiento de la ciudadanía y la integración. Sujeto, realidad y conocimiento es el campo en el que se construyen estas identidades en evolución a las que hace referencia Stuart Hall cuando defiende que así se disuelven los enclaves defensivos y excluyentes (Id., 2000, p. 323). Se articulan nuevos espacios sociales que ya había propuesto el pensamiento posmoderno, tal y como ha recordado García Canclini (2004, p. 75):

“El pensamiento posmoderno (no sólo el neoliberal, también el que sostiene una crítica social) ha destacado la movilidad y desterritorialización, el nomadismo y la flexibilidad de pertenencias. Todos, aun los migrantes y exilados, viviríamos oscilando con fluidez entre lo global y lo local”.

CAPÍTULO 2

LITERATURA

2.1. Literatura en la investigación social

Estos análisis interdisciplinarios ayudan a visibilizar el universo de esquemas y discursos que sustentan las lógicas de poder, las relaciones familiares, los repartos desiguales del mundo, así como también los símbolos y narrativas que apoyan la realidad social y la construyen. Es aquí donde el análisis del discurso¹, el estudio lingüístico, textual, la investigación de las narrativas, la comprensión de las metáforas que describen y hacen realidad me han parecido esenciales para esta investigación. La defensa que Morejón (2005, p. 1) hace de estas fuentes en el análisis teórico social de realidades complejas resulta muy interesante:

Todo esto nos lleva al campo de la Sociología de la Cultura, la que tiene su origen en el hecho de que el hombre parte no sólo de una estructura y un sistema de relaciones, sino que además es productor de símbolos y significados con los que, si bien construye historias que le dan sentido a su identidad, también contribuye a formar elementos muy diversos en los caminos de la comunicación y el intercambio.

La sociocrítica se ocupa de las estructuras de los textos y su relación con la sociedad: la creación artística hay que entenderla dentro del conjunto de las relaciones sociales y todavía más, de las relaciones de poder. El sujeto, la ideología y las instituciones son parte del objeto de estudio de la sociocrítica:

¹ Teun van Dijk ha propuesto diferentes esquemas de análisis crítico del discurso en su abundante bibliografía sobre el tema, centrada sobre todo en el estudio discursivo de las élites: ideología, política y medios de comunicación.

Hay que relacionar la práctica de la escritura con otras prácticas y procesos sociales, para ver cómo lo ideológico está textualmente representado, dado que toda actuación discursiva, todo posicionamiento del sujeto, se efectúa dentro de un entramado histórico de discursos llamado formación discursiva o interdiscurso: toda práctica de escritura involucra series de discursos sociales contrapuestos a una formación discursiva y al enfrentamiento ideológico y social. De este modo se lleva a cabo un doble juego: el paso de la práctica discursiva a la práctica textual y el funcionamiento autónomo de la textualidad (Ramírez, 2002, p. 11).

Este ejemplo ilustra que la investigación social se abre progresivamente a nuevos campos, procedentes también de otras disciplinas, para ganar capacidad y profundidad analítica de los complejos fenómenos que estudia. Durante los últimos años, los métodos cualitativos aplicados a las ciencias sociales, en especial aquellos que aportan conocimiento y explicación íntima de los individuos y colectividades, y que habían quedado relegados desde el positivismo de los cuarenta, han ampliado su campo de acción.

2.2. Historias de vida

De todos los métodos cualitativos, la historia de vida es el más potente para conocer las explicaciones íntimas de las personas no sólo por su carácter autobiográfico sino porque incorpora dimensiones cotidianas y hechos concretos a su relato. Las historias de vida —o “historias de la vida”, como las califica Díaz Narbona (2002, p. 127)— en todos sus formatos y dimensiones se pueden interpretar como un campo de la investigación transdisciplinar que debe caracterizar a la sociología². En este caso, nos llegan a través de la literatura, en forma novelada, que hoy se entiende como uno de los instrumentos de estudio de la expresión de subjetividades, incluso indispensable en investigaciones de peso, como

² Es interesante analizar el documento de debate nº 70 UN del grupo MOST, Gestión de las transformaciones sociales, titulado *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social*, de Luis Carrizo, Mayra Espina Prieto, y Julie T. Klein.

defiende Pujadas (2000) después de recordar que hasta ahora había ocupado un terreno secundario en la antropología social y la etnografía.

En ese sentido, la perspectiva del investigador ya ha superado los límites del cientifismo que había heredado de las últimas corrientes decimonónicas. La subjetividad y la expresión vivida como propia en cualquiera de las manifestaciones de creatividad humanas se contemplan ahora como datos generadores de un corpus informativo con suficiente entidad epistemológica: “El aprendizaje de la autoobservación forma parte del aprendizaje de la lucidez” (Morin, 1999, p. 66).

La antropóloga Dolores Juliano es muy crítica con la metodología cualitativa, a pesar de que reconoce que permite enriquecer las explicaciones de nuestro pasado:

Al trabajar con discursos nos encontramos con el inconveniente de que éstos tienden a seleccionar en la memoria aquellos hechos y circunstancias que se corresponden con las expectativas sociales. Esto afecta a la investigadora y a la investigada, aunque la primera está más sobre aviso de esta posibilidad y procura contrarrestarla introduciendo elementos presuntamente objetivos en su análisis. (...) La entrevistada cuenta forzosamente “una historia” de entre las muchas posibles que puede extraer de sus experiencias, desde el presente que dé sentido a las erráticas experiencias anteriores, e incorpora y subraya aquellos aspectos que cree que se corresponden mejor con las experiencias de la investigadora. (Juliano, 2004, p. 156).

Sin embargo, hay ya una importante tradición científica en la que la incorporación de la subjetividad, su reconocimiento, se interpreta como garantía de objetividad (Guber, 2004; Morin, 1999).

La validación de las historias de vida dentro de la sociología procede en su origen sobre todo del trabajo realizado por Thomas —con el apoyo de la primitiva Escuela de Chicago— precisamente sobre un colectivo de migrantes, los polacos llegados a Estados Unidos. Se apoyó en su investigación en los relatos de esos inmigrantes y tomó en consideración una técnica cualitativa por su valor humanístico, después de comprobar el fracaso de otros métodos. Moreno (2002) recuerda que Thomas no logró por otra vía explicar los comportamientos de muchos miembros de este

colectivo que se salían de los modelos de generalización que habían aportado las técnicas cuantitativas:

Thomas, quien después de su doctorado viaja por varios países europeos de los que proviene buena parte de la inmigración, se pregunta si la explicación de lo que a él y a sus colegas les resulta difícil de entender no estará precisamente en la forma de vida de las comunidades de origen de esos mismos inmigrantes. [...] Thomas tiene en cuenta especialmente a los polacos, muy abundantes en la Chicago del momento, cuya conducta parece en extremo contradictoria: por un lado, aceptan sumisamente la autoridad con un comportamiento que para él [Thomas] es típicamente campesino, pero, por el otro, parecen pensar que la libertad en su nuevo país es ilimitada y en consecuencia entran en graves y permanentes conflictos con la policía. (Moreno, 2002)

El ejemplo apoya la propuesta con la que abordó esta investigación sobre las motivaciones individuales de estas mujeres migrantes a través de textos autobiográficos; también respalda el estudio de las formas epistolares como una alternativa al etnocentrismo, porque estos textos aportan la riqueza del punto de vista propio a la vez que incorporan un reflejo de sus mundos de origen. Su análisis se podría enmarcar en el interaccionismo simbólico, en la mutua influencia entre persona y sociedad así, como en la comprensión desde el individuo y sus significados.

El complejo mundo de las interacciones de la persona con el colectivo en la toma de decisiones gana transparencia si se formula en primera persona, como sucede en los relatos biográficos que se apoyan en interpretaciones subjetivas, a menudo olvidadas en los análisis clásicos de la metodología sociológica. Pero todavía más: si se trata de un estudio desde una perspectiva de género de las mujeres africanas migrantes, la investigación científico-social dominante a lo largo de la historia soslaya su presencia con mucha facilidad, a la vez que ignora su punto de vista y la idea que tienen de la configuración de su mundo. El discurso científico, al igual que el resto de los discursos que operan desde el dominio, ha prescindido de las minorías y es ahí donde se registra la deuda histórica para con ellas: a través de estas voces olvidadas, se alcanza la doble crítica —sesgada y unicista a la vez— de estas tendencias. En paralelo, actúa como un campo de movilidad para los patrones estereotipados de la

sociedad que son, en general, sobre los que se ha desarrollado la investigación sociológica.

Como alternativa, Isabel Carrera Suárez ha recogido algunas de las aportaciones de la que considera la autora más influyente de la teoría poscolonial, Gayatri Chakravorty Spivak:

El análisis cultural de Spivak cuestiona la separación entre “leer literatura” y “leer el mundo”, entre texto verbal y texto social, así como la separación entre lo privado y lo público (“Reading the World”, Spivak, 1988). Sus propios escritos, siempre en forma de artículos más tarde reunidos en libros, analizan el mundo de la literatura, el cine, la economía, la filosofía, y la responsabilidad del mundo académico ante todos ellos. (...) Si bien cualquier lector/a de Spivak es inevitablemente miembro de una élite, la autora nos invita a desaprender nuestro privilegio, percibiéndolo como la pérdida que representa al impedirnos otra forma de conocimiento (Spivak, 1996, p. 4) y hacer el esfuerzo de dirigirnos al otro, de mantener una relación ética con el/la, a procurar realmente que el subalterno hable. (Carrera Suárez, 2005, p. 14-15)

Spivak cuestionó el humanismo liberal, que nos convierte en centro del significado, como un campo en el que el sesgo en el conocimiento se debe a que no se reconoce la visión del otro en una situación³. Al igual que Thomas, Spivak había dado con una clave esencial para la investigación de colectivos alejados de la norma y con la superación de una de las limitaciones metodológicas que se atribuyen a las historias de vida.

Pero además hay otras limitaciones; validez, objetividad, veracidad, y confiabilidad. Para enfrentarnos a ellas, trataremos de buscar diferentes vías.

1.- Validez: los relatos de estas mujeres se realizan en voz propia, son narraciones de corte autobiográfico en las que el relato suprime las mediaciones.

2.- Objetividad de la observación: son las protagonistas de esa migración las que exponen sus situaciones y las enmarcan con sus novelas

³ La escritora de nacionalidad india también incide en la visión feminista en la separación de lo privado y lo público.

en un sistema de valores y de construcción de significados propios en el enlace en la línea sujeto-realidad-conocimiento que antes hemos mencionado. Por tanto, ésta será una historia de mujeres africanas migrantes vista por ellas mismas, suprimiendo el punto de vista de la investigación que, en caso contrario, sería la historia de estas mujeres africanas migrantes desde mi propia posición: mujer blanca europea con formación académica que no ha sido expulsada de su tierra para lograr otra expectativa de vida. Por esta vía, trato de disolver los prejuicios que se producen desde la propia perspectiva de estudio.

3.- La veracidad de los datos y situaciones la contrastaré con investigaciones sociales y fuentes de los países de origen de las migrantes así como con estudios sobre la migración, pero a través de una mirada transversal de género como clave de la explicación de las distintas variables.

4.- Por último, la confiabilidad del método se refrendará a través del uso de varias historias, de cuatro novelas de mujeres migrantes, así como de experiencias de la literatura y de la investigación social sobre otras mujeres que han emprendido el mismo camino. Arriaga aporta un argumento que ayuda a esta perspectiva cuando concluye que estas historias pueden aportar mucho en común:

Desde la psicología social, autores como Doise sostienen que la autodescripción está influenciada por normas sociales. Si aplicamos dicha teoría al terreno de los géneros autobiográficos, no parece descabellado concluir que la narración que diferentes autoras hacen de sí mismas, a pesar de encontrarse cronológica y culturalmente alejadas, puede ser parecida” (Arriaga, 2003, p. 37).

2.3. Autobiografía y literatura epistolar

La voz propia, la autobiografía y la literatura epistolar aportan, por tanto, matices y singularidades al cambio y a la estructura social cuando introducen la experiencia individual en estas narraciones, dentro de la visión de conjunto que debe dominar en el análisis de la realidad social. El recurso a la fórmula epistolar de las primeras novelas femeninas africanas se hace fundamental en la transformación; en su primera enunciación es tímida e intimista y del eco de su sonido renace un discurso en el que las

mujeres se explican y toman las riendas de los cambios sociales hacia posiciones de mayor igualdad.

Aplicando la lógica del antropólogo, se trataría de un acercamiento a los problemas sociales a través de los propios individuos (Pujadas, 2000, p. 132), enriqueciendo con este punto de vista la comprensión de la cuestión a estudiar; los elementos subjetivos conceden a la investigación una dimensión humana próxima y una mayor pluralidad de enfoques. Rosana Guber (2004, p. 55) defiende la subjetividad como parte del conocimiento: “El conocimiento es, así, un reflejo y, por ende, una reproducción o copia de lo real en la subjetividad”. Enfrentado a esta postura, recuerda Enrique Gil Calvo (2001, pp. 237-238), está Bourdieu, extremadamente crítico con los métodos biográficos por considerar que el individualismo olvida las interacciones sociales influyentes en las decisiones del individuo. Sin embargo, si atendemos al valor de la interpretación que da Ricoeur cuando defiende que el conocimiento de uno mismo, así como que el conocimiento en general debe pasar por la interpretación (Ricoeur, 1976), tenemos que el texto cumple una función mediadora para la comprensión del propio individuo hasta el punto de que entiende que la propia identidad es una identidad narrativa. Precisamente, en torno a este tema, Ricoeur mantiene que la autobiografía es una narración restauradora.

La sociología también ha considerado este campo que se establece entre la palabra y la identidad, así como la necesidad de reconstrucción personal que afecta a los migrantes. Armand Mattelart (2005, p. 107) lo recordaba así: “Ya a comienzos del siglo pasado, el sociólogo Georg Simmel observaba cómo los emigrantes, al inventar nuevas formas de reinterpretación de su universo cotidiano, construían una visión subjetiva e híbrida del mundo”.

El relato biográfico, como fuente en la investigación social, permite conocer de primera mano la experiencia que la literatura sociológica acostumbra a reflejar en tercera persona: “Una buena descripción es aquella que no malinterpreta, es decir, que no incurre en interpretaciones etnocéntricas, sustituyendo el punto de vista, los valores y las razones de los actores por el punto de vista, los valores y las razones del investigador” (Guber, 2004, p. 61).

En el caso de las novelas que nos ocupan, al estar escritas y protagonizadas por mujeres, supone una mirada común sobre los procesos sociales y sus interacciones:

El género como construcción social y al mismo tiempo simbólica es un concepto fundamental para entender por qué las autoras cuentan ciertas cosas de sí mismas y silencian otras. En esta narración se cruza la mirada propia con la potente mirada de la construcción social, se encuentra el acatamiento o la subversión del universo simbólico que les es asignado. A mayor razón cuando se habla de textos autobiográficos, puesto que el sujeto que aparece en ellos no es trascendental o abstracto, sino sujeto encarnado en sus relaciones sociales y materiales con el mundo. (Arriaga, 2003, p. 37)

Para Arriaga (Id., p. 42), la autobiografía permite también, en el plano social, dibujar una identidad, recrearla, con la que presentarse ante el mundo y ante los demás, una forma de describirse que sólo en ocasiones podría llegar a ser una reinención.

Miampika mantiene que son autobiografías ficticias de mujeres que “redefinen estrategias políticas, culturales e intelectuales posibles en beneficio del género femenino. Las escrituras de mujeres atestiguan, particularmente, las situaciones límite de la diferencia, de la confrontación de ella y el otro” (2005, p. 33)⁴. Inmaculada Díaz Narbona (2005, p. 36), por otra parte, ve en esta figura literaria una manera de gestionar la cuestión de la identidad: “La forma autobiográfica puede ser considerada como una salida al complejo problema de la alteridad y por tanto de la diferencia, ya que la propia existencia del texto garantiza la del sujeto”. También recuerda que la primera persona narrativa es la forma de expresión literaria más femenina pues “[...] la propia finalidad de esta narración se basa en una función política de hacer público aquello que era privado” (Id., p. 36).

La defensa de ese relato en su origen y de las motivaciones individuales nos devuelve a la cuestión de la objetividad a través de fórmulas como la que propone Pujadas (2000, p. 152): el uso de narraciones paralelas que permitan la revisión sistemática de los hallazgos de la investigación a través de la pluralidad de testimonios sustitutivos del estudio de un solo caso. Esta propuesta de análisis social de varios textos literarios multiplica las potencialidades de este campo reduciendo la limitación metodológica; las novelas de cuatro escritoras servirán de narraciones paralelas para el estudio en nuestra investigación. En todas

⁴ También en Miampika (2002, p. 162-182).

ellas se refleja una realidad actual, la de los pueblos de un continente tan plural como África.

2.4. Cuatro novelas

Esta selección de novelas aporta distintas voces, y no sólo las de sus protagonistas, sobre las mujeres africanas en su experiencia migratoria. Para la investigación se convierte en una fuente confiable próxima al campo de estudio, tal y como ha reflejado Rosana Guber (2004, p. 128): “La confiabilidad se fundamenta en la ausencia de mediaciones que pudieran distorsionar el sentido de cómo esa cultura era vivida por sus protagonistas”. El enfoque cualitativo resulta enormemente clarificador si se analiza de forma transversal, desde diferentes disciplinas: antropología social, economía, sociología, etnografía, psicología social... Estos campos han acuñado conceptos sobre los que existe una importante literatura científica que coincide con las preocupaciones fundamentales de las mujeres migrantes de estas novelas. La guía de Malgesini y Giménez (2000) permite concretar estos conceptos y conocer su evolución.

Los cuatro relatos nacen de la pluma de escritoras africanas que describen la realidad de sus coetáneas a través de fórmulas literarias correspondientes al género narrativo, como la novela biográfica o autobiografía, o la epístola o el diario íntimo. Las diferentes distancias y tonos de las narraciones acercan nuevas perspectivas al estudio del fenómeno migratorio, puntos de vista que las incorporan a los relatos, a la realidad y a lo cotidiano: “El investigador describe actividades y prácticas eligiendo, como el cineasta, un ángulo de visión o descripción. Aunque esta elección se opera en virtud del objeto de la investigación, ello no obsta para que el ángulo se vaya reformulando conforme avanza el trabajo de campo y el investigador se vaya incorporando a la cotidianidad” (Guber, 2004, p. 195).

Los títulos abarcan este recorrido y entre los cuatro se conforma el impresionante cuadro de las situaciones vividas ante el desafío del cambio, las estrategias culturales propias que se desarrollan y, en suma, un amplio mosaico de realidades paralelas en estas mujeres de África en y fuera de sus patrias y contextos ancestrales.

La propuesta del curso de doctorado del programa “Migraciones contemporáneas” de la Universidad de Cádiz, “La literatura africana migrante: visión de las escritoras”, pasa por una acertada selección de textos como documentos de investigación en el fenómeno de las

migraciones. La vida cotidiana, las costumbres y los códigos socio-morales, así vistos, retratan una realidad con frecuencia relegada en los estudios pluridisciplinarios sobre el tema, que consideran estas cuestiones como menores.

Mi carta más larga (1979) es el relato que realiza Mariama Bâ de la mujer senegalesa que se queda en su tierra natal, que evita la migración, si bien en Senegal vive su personal migración hacia el cambio, hacia otras propuestas sociales menos opresivas. Su relato ilustra el miedo al cambio radical, al traslado de tierra, a pesar de que se refleja como una posibilidad idealizada para la que existe el modelo de Aïssatou, su amiga y su otro yo, en el fondo. La novela arranca en el modesto tono de las cartas o incluso del diario íntimo, sencillo y asequible, pero toma fuerza en el argumento hasta convertirse en el camino del cambio personal y la crítica a las costumbres de la sociedad en que vive.

De Nigeria nos llega otra novela sobre la migración del campo a la ciudad, la disolución de las sociedades agrarias y la integración de sus individuos en una cultura urbana asalariada y dependiente que produce tensiones en los valores culturales propios. Se trata de *Las delicias de la maternidad* (1979), de Buchi Emecheta, en la que se cuenta cómo la mujer tradicional queda doblemente cuestionada y sometida en esa lucha por su integración social en el mundo urbano: “Mucha gente quedó atrapada en medio de aquel cambio: gente como Naife y su familia, familias que habían dejado sus comunidades en el campo para hacerse un hueco en las ciudades” (Emecheta, 1979, p. 189). La obra plantea el relato de la mujer que sólo alcanza el reconocimiento ante su sociedad a través de la biología y cómo esa identidad femenina no es suficiente bagaje para las exigencias del mundo urbano: “Parecía que todo lo que había heredado de su entorno rural era la responsabilidad, pero ni una migaja del botín” (Id., p. 205).

El gran interés que aporta al conocimiento de la experiencia migratoria *En un lugar del Atlántico* (2003), de Fatou Diome, es el reflejo en paralelo de dos mundos, el de salida y el de llegada, con sus contrastes que se relativizan mutuamente a partir de un doble punto de vista. Pero además muestra la constitución de nuevas identidades y relaciones, las familias transnacionales y el vínculo especial que se desarrolla entre individuos separados por la distancia física pero que mantienen la comunicación permanente.

La crónica más dura sobre la migración llega con la novela de la ghanesa Amma Darko *Más allá del horizonte* (1991), sobre la ida sin retorno: “En el burdel de Oves me he entregado a mi oficio, convirtiéndome en prostituta hasta la médula. No hay vuelta atrás” (Darko,

1991, p. 193) y, como vemos, del precio que el sueño migratorio tiene sobre los individuos convertidos en humanos de segunda categoría, desprotegidos de la ley y condenados de por vida a un futuro insospechado. Es una novela de explotación y violencia en la que la protagonista consigue permanecer en Alemania a cambio de entrar en el mundo de la prostitución; las circunstancias que conducen a Mara a esta experiencia la obligan a romper definitiva e irreparablemente con su mundo de referencia. La protagonista paga con el olvido, con la exclusión de lo que deja atrás, su derecho a permanecer en Alemania, una forma de trascender a la propia migración. En la novela, cuando Mara alcanza su objetivo, parece comprender algo que la acompaña y trasciende más allá de las fronteras, y es que es mujer y su felicidad está condicionada. El relato refleja la identidad de la protagonista dualizada en su realidad como prostituta y como madre de sus hijos que permanecen en África; idea, por otra parte, en la que se apoya la mayoría de los mitos migratorios en las sociedades de salida.

2.5. Lenguas mestizas

La antropología defiende el papel determinante que para la configuración del mundo juega la lengua, hasta el punto de que ayudará a resituar a nuestras protagonistas. Martín Casares (2006, p. 235) señala el valor ideológico de la lengua, que coincide con los pensamientos del grupo social en un punto de vista que incluye las interacciones y la evolución temporal: “Queda claro que las lenguas no son realidades estables, sino que cambian según el momento histórico y cultural, ya que son un producto humano”. También desde la psicología y la psiquiatría se desvela como instrumento de comprensión del conocimiento y la realidad: “El lenguaje ‘crea’ la imagen que nos hacemos de la realidad, a la vez que impone esa imagen” (Grinberg y Grinberg, 1984, p. 121).

Algunas lenguas originarias de distintas tribus africanas, de las zonas de procedencia de nuestras mujeres migrantes, no permiten designar al individuo ya que las palabras que lo nombran responden al plural, al concepto colectivo de su idiosincrasia: Por ejemplo, el hausa, la lengua más utilizada en África occidental, que no declina los verbos, o el akan, que no tiene género. También se detecta la imposibilidad de definir muchas de las situaciones de violencia que atraviesan las mujeres o de describir en condiciones de igualdad el matrimonio, tal y como veremos a la hora de estudiar conceptos de los feminismos. Pero también García Canclini (2004, p. 109) concluye de la lectura del magnífico estudio de

campo de Nigel Barley *El antropólogo inocente* una cuestión muy interesante sobre la capacidad de designación de alguna de estas lenguas: “¿Cómo entender la vida de un pueblo que siempre describe las cosas no como son, sino como deberían ser?”.

Nuestras mujeres africanas migrantes configuran un lenguaje mestizo en torno a sus vidas y experiencias. Sus lenguas nativas se ven relegadas a menudo por las coloniales —que en el ámbito de estudio de estas novelas son el francés y el inglés—, en las que conviven en su comunidades de origen para enfrentarse después a otras situaciones de mestizaje tras la aventura migratoria: de nuevo se cruzan las prácticas lingüísticas con nuevas realidades. La configuración de su mundo originario permanece indeleble, tal y como relatan Grinberg y Grinberg (1984, p. 129), desde una perspectiva psicológica: “Así como los recuerdos reprimidos nunca son olvidados por completo, tampoco las lenguas borradas desaparecen por completo: dejan huellas en el inconsciente”.

En la literatura de zonas colonializadas como el Caribe y África, Ana María Bringas (2000, p. 143) analiza el fenómeno de la imposición de una lengua ajena, que califica de desplazamiento y que considera “aplicable a la dislocación lingüística derivada de la discrepancia entre el entorno geográfico y cultural y la lengua (el inglés, en este caso) de que se dispone para describirlo, sea esta la lengua propia o la impuesta”. Sobre este impacto, Bringas también ha analizado la subordinación y dependencia de los habitantes de las colonias, así como la dislocación respecto al espacio y al lugar que sufren como elementos condicionantes de la literatura que se ha generado.

Tras este análisis de Ana María Bringas, resulta llamativa la coincidencia de dos preguntas que se cruzan en el mismo instante, el año 1988, procedentes de voces de mujeres de mundos coloniales de diferentes lugares del planeta en las que se cuestiona la propia capacidad para expresarse bien de forma oral o escrita. De una parte, la clásica pregunta que la hindú Gayatri Spivak plantea en su artículo “Can the Subaltern Speak?” (1988): “¿Puede hablar el subalterno?”. Y la de la chicana Gloria Anzaldúa “¿Quién nos dio permiso de realizar el acto de escribir?” (1988, p. 220). Realidades de mujeres atravesadas por la colonialidad que generan inquietudes muy similares.

Los estudios sobre la colonialidad de Mignolo (2000, p. 319) abundan en la cuestión de las lenguas como uno de los impactos destacados de la colonización en distintos lugares del planeta. Por eso define el fenómeno de criollidad como el habitar una lengua en la que no se ha nacido, una situación en la que coincide la vivencia cotidiana de las

poblaciones colonizadas con una expresión oral nativa diferente a la de su formación académica y a la vivencia pública y política.

Se trata de una dicotomía que explica muchas de las contradicciones de estas autoras y de sus novelas, y que Ciplijauskaitė ha estudiado como un denominador común en las novelistas francófonas de África y el Caribe, todas atravesadas por múltiples opresiones que han frenado su evolución personal antes de la migración:

La inmersión en la cultura “del enemigo” les facilita el uso de la palabra; adquieren cultura más amplia fuera de su tierra y lejos de sus tradiciones. Se encuentran entonces ante el dilema de hacer uso de lo aprendido en París, donde se han familiarizado con las teorías feministas y han adquirido maestría en la expresión escrita para interpretar el sufrimiento de las mujeres del país del que vienen, subyugadas por la tradición, o rechazar lo que les es ajeno. Si usan estrategias que les han ayudado a llegar a la concienciación, ¿significa esto traicionar a sus hermanas que nunca han salido y siguen en la posición de casi esclavas? Cuando escriben y lo hacen en francés, ¿a quién se dirigen? ¿A esas mujeres para abrirlas los ojos? (pero muchas ni siquiera saben leer, y sobre todo en francés) ¿O para el lector extranjero, es decir, el opresor, también para abrirle los ojos? (Ciplijauskaitė, 2004, pp. 323-324).

Las preguntas de Ciplijauskaitė reflejan las ambigüedades y mestizajes en los que viven estas autoras a caballo entre dos mundos y que, ante todo, aprovechan la oportunidad de hacer uso de la palabra.

Estas narrativas, las vidas de mujeres colonizadas y migrantes, se registran en la interacción con otras lenguas, al igual que hemos visto que ocurre respecto a otras culturas, y estas sociedades originarias viven contradicciones cotidianas fruto del contraste entre la lengua materna y la colonial, entre el mundo privado y público. Queda claro que también se produce una división lingüística en función del acceso a la educación, de forma que su narrativa está marcada por el uso de esta lengua. Pero además, hay otro fenómeno que se registra en torno al problema lingüístico y que Mignolo (2000, p. 310) ha definido como una cuestión geopolítica: “Mientras que durante el siglo XIX las migraciones se dirigieron desde Europa hacia África, Asia y las Américas, a finales del siglo XX se mueven en la dirección opuesta. Así los movimientos migratorios están

desarticulando la idea del lenguaje nacional, e indirectamente, de las alfabetizaciones y literaturas nacionales, tanto en Europa como en Estados Unidos”.

La geopolítica de la lengua se reproduce con la migración, con los cambios transnacionales fruto de la globalización a los que contribuyen los migrantes: “Lo que está permitiendo la fase actual de globalización (inconscientemente) es el desacoplamiento del lazo “natural” entre lenguas y naciones, lenguas y memorias nacionales, lenguas y literaturas nacionales. Así pues, se están creando las condiciones y se está fomentando la relocalización de lenguas y la fractura de las culturas” (Mignolo, 2000, p. 370). Se trata de otra de las asimetrías en las que se apoya la estructura de poder incluso después de la colonización; la lógica europea permitió la imposición de sus lenguas (francés, inglés, español, portugués) en los territorios colonizados mientras ahora, cuando estos países reciben a sus inmigrantes, se repite la cuestión, al exigir el conocimiento del idioma de la comunidad de destino. En estos países se insiste en la necesidad de que los migrantes aprendan el idioma de la sociedad que los acoge, mientras no se cuestiona la situación desde el punto de vista contrario (Id., p. 33), esto es, que los europeos aprendan los idiomas y lenguas de los extranjeros que reciben. Para estudiar este fenómeno propone el concepto de “lenguajeo” (Id., p. 329): “El lenguajeo, en cambio, localiza la interacción entre individuos, entre seres humanos, y no entre ideas preexistentes”.

El fenómeno, por tanto, se repite en migrantes que llegan a un nuevo país, en la comprensión ambigua y contradictoria de los mensajes que reciben como hostiles (Grinberg y Grinberg, 1984, p. 96) mientras califica de “castración psíquica” la pérdida de sus símbolos culturales: “El idioma propio, la lengua materna, nunca llega a ser tan investido libidinosamente como cuando se vive en un país que tiene un idioma distinto. Todas las vivencias infantiles, los recuerdos y sentimientos referidos a las primeras relaciones de objeto están ligados a él y lo impregnan de significados especiales (Id., p. 110). En situaciones de multilingüismo este patrimonio lingüístico produce modificaciones en las personas por la superposición de los códigos generando trastornos en la escritura y el habla (Id., p. 130). De hecho, el análisis psicológico de los migrantes ha detectado situaciones de ambigüedad, de contradicción en los mensajes que reciben que les llevan a sentirse invadidos y engullidos por el mundo hostil que les rodea (Id., p. 96).

2.6. Relato individual, relato colectivo

Los relatos africanos son los de la comunidad; en ella se apoyan y se configuran dado el concepto tan poco individualista de la persona —se entiende al individuo como parte de su entorno—, de una cultura tan socializada y colectiva (Pérez, 2005, pp. 39-41). Como afirma Nomo Ngamba, “el artista representa a la comunidad. La literatura tradicional se interesa más por los valores comunitarios susceptibles de reforzar la cohesión del grupo, y repugna acciones individuales que considera egoístas. El escritor africano cumple a la vez el papel de un mago, un profeta y un visionario que sirve de guía a su pueblo y que expresa sus aspiraciones más profundas” (Ngamba, 2005).

Ngamba deja ver en su estudio sobre la novela negroafricana poscolonial cómo la narración cumple la función de preservar la ética social, un valor fundamental tal y como muestran las narraciones orales en las que se incluyen consignas loatorias de la obediencia como remedio del fracaso. En este sentido hay que señalar el valor de la palabra hablada en este tipo de sociedades que no se han conformado con consciencia ni de su historia ni de su trascendencia “Tanto ella como su marido estaban mal preparados para una vida así, donde sólo la letra y no la palabra hablada servía para comunicarse” (Emecheta, 1991, p. 266).

Control social y disciplina son dos elementos del discurso que también analizó Foucault (1970, p. 38): “La disciplina es un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas”. Un sistema que en el discurso opera como una gran potencia porque se apoya en dos campos diferentes para su cumplimiento: “La doctrina efectúa una doble sumisión: la de los sujetos que hablan a los discursos, y la de los discursos al grupo, cuando menos virtual, de los individuos que hablan” (Id., p. 44). En la novela de Fatou Diome (2003, p. 48) se dice: “Asumir la función que se asigna a todo hijo entre los nuestros: servir de seguridad social a los suyos”.

Incluso desde un análisis más culturalista, Edgar Morin se refiere a esta cuestión destacando la forma en que se trasponen los valores del pasado, *el destino común*, a través de la propia cultura que los reactualiza:

Este destino común es memorizado, conmemorado, transmitido de generación en generación por la familia, los cantos, las músicas, los bailes, las poesías y los libros; luego por la escuela que integra el pasado nacional en el espíritu de los niños, donde resucitan los sufrimientos, los duelos, las

victorias, las glorias de la historia nacional, los martirios y hazañas de sus héroes. Así la identificación con uno mismo del pasado hace presente el común destino. (Morin, 2000, p. 19).

En este terreno hay que señalar que también las indumentarias tradicionales juegan este papel hasta el punto de que se ha transformado en un elemento común de culturas oprimidas, las cuales reviven la tradición con una norma social que apoya la vestimenta tradicional para las mujeres, mientras que los hombres de muchos de estos países visten orgullosos a la occidental.

Autores como Ziegler entienden que la fuerza de algunas de las construcciones sociales que remiten a la tradición y al valor de lo colectivo y la solidaridad permiten albergar esperanzas sobre el papel de estos pueblos en el futuro, ya que se han transformado en depósitos de significados que servirán de recurso incluso a los occidentales alineados:

En las menesterosas sociedades de África, Asia y América Latina, ajenas a la lógica de la acumulación, la vida se experimenta sin el soporte del dinero y los bienes, en contacto con los demás y con la naturaleza. Los valores de la vida predominan. Los objetivos de beneficio y de conquista son, por la fuerza de las cosas, limitados. El sentido de la vida comunitaria. La solidaridad entre hombres, el goce de un instante vivido y la dignidad, constituyen los tesoros de estas comunidades. [...] Para los occidentales alienados, privados de proyectos, el depósito de valores de las nuevas sociedades del tercer mundo toma así la dimensión de una salvación y un recurso. (Ziegler, 1988, p. 223).

Es una cuestión que relativiza José A. Pérez Tapias en *¿Identidades sin fronteras? Identidades particulares y derechos humanos universales* cuando plantea el problema de la identidad como parte de un discurso colectivo, fácilmente manipulable, y que se registra en distintas sociedades. Estos rasgos identitarios fuertes no sólo se articulan sobre valores tradicionales y religiosos, tienen la misma potencia cuando forman parte de cuestiones más actuales como la pertenencia a un equipo de fútbol o a un partido político:

El grupo puede ser religioso, político, étnico... y hasta un club deportivo —basta reparar en el potencial identitario del fútbol

en muchas de nuestras sociedades posmodernas—, con el agravante de que la demanda de una “identidad fuerte” suministrada por la colectividad, compensatoria de un “yo débil”, lleva a que, una vez absorbido el individuo por la comunidad, se intente que la comunidad absorba a la sociedad o le imponga sus pautas y valores. Es cuando aparece el riesgo totalitario de un comunitarismo irrestricto —más bien comunalismo—, que pretende hacerse con el poder político para promover la reconstrucción de toda la sociedad como comunidad, sea religiosa o nacional, o ambas cosas a la vez cuando lo religioso se entiende como rasgo definitorio de un nacionalismo etnicista o, aún peor, cuando alienta un fundamentalismo teocrático. (Pérez Tapias, 2000, p. 79).

De hecho se trata de un argumento que guía el espíritu transnacional de la novela *En un lugar del Atlántico*, donde el hermano menor de Salie se siente más fuertemente unido a su pasión por el fútbol y a un equipo extranjero que a su pertenencia social. La afición futbolística es uno de los hilos conductores de este relato que sirve para relativizar la cuestión de la identidad y la pertenencia.

2.7. Relatos masculinos

La narración colectiva en África se ha impuesto desdibujando a las mujeres —a través del discurso de dominación que Bourdieu desentraña— entre su papel tradicional y las obligaciones de su condición. Son relatos trazados por voces masculinas: “La ideología comunitaria prevalece sobre la corrección o, más bien, se erige como la propia base de esa corrección” (Diome, 2003, p. 177). La influencia de los relatos tradiciones sobre las construcciones simbólicas en lo que respecta a la mujer supone un impacto común a muchas literaturas:

La crítica literaria feminista ha denunciado que la tradición literaria consolida imágenes de personajes y comportamientos que incitan a aceptar la subordinación, bien sea ensalzándolas por actitudes que la cultura patriarcal ha acuñado y potenciado como típicamente “femeninas”, tales como la sumisión, la pasividad y la domesticidad, bien sea silenciándolas —la

literatura misógina de todos los tiempos es una gran especialista en la degradación sistemática de las mujeres—. (Suárez, 2000, p. 27).

Sobre el valor de las narraciones tradicionales gravita, para el caso de estas mujeres africanas, el impacto del discurso colonial que contribuye a la construcción de “la otra”, la mujer diferente a la blanca a la que se aplican cualidades exóticas:

Uno de los ejemplos más significativos es el caso de la mujer africana que, construida en el discurso del colonizador como la Otra, femenina, seductora y sensual, fue después reapropiada por los escritores africanos masculinos y reducida en los textos a una mera función simbólica, bien como una amante sensual y apasionada —con la variante de la prostituta como encarnación viva de la corrupción social traída por los colonizadores—, bien como la madre fecunda y abnegada de la tradición africana” (Bringas, 2000, p. 149).

Ana María Bringas teoriza sobre la construcción literaria anglófona en dos áreas atravesadas por la colonialidad, de las que extrae experiencias similares en las construcciones simbólicas. También Russell (2000, p. 42) encuentra similitudes en tres autoras feministas que le permiten detectar aspectos comunes, generalizantes, en el orden simbólico que oprime a las mujeres: “Esta ‘verdad totalizadora’ es la que representa el lenguaje del Orden Simbólico, una verdad que nombra el mundo en masculino, define a la mujer como reflejo del deseo masculino y ignora la diferencia sexual”. Esto también es común en las narrativas románticas, donde se refleja a la mujer como “incompleta” si no pertenece a un hombre.

Las narraciones africanas se construyen sobre un lenguaje masculino pero también sobre un orden social que responde a los mismos intereses de la patrilinealidad. Los relatos orales corren a cargo de mujeres en muchos pueblos de África, pero su razón de ser está en la reproducción del orden social de visión masculina. Sobre esta expresión literaria, oral, que es masculina y que aparece con la alfabetización de la población autóctona en la primera parte del XIX, se apoyan las primeras novelas africanas. La aproximación a otros discursos se produce en los escritores africanos al comenzar a trascender el relato de historias de las comunidades en las que habitan, creando señas identitarias más amplias

que las nacionales, más globales. La necesidad de redefinirse en el entorno del dominio político y económico de los Estados europeos comienza con la reivindicación de un pasado propio, ajeno a la realidad del momento y crítico con el sistema colonial y sus impactos en África.

Una trayectoria similar se puede descubrir en la apertura del mundo de la novela a las mujeres africanas que comienzan a surgir con voz propia: “Es a través de la oralidad como se crea y se desarrolla la identidad personal” (Gil Calvo, 2001, p. 247). La llegada de las mujeres a ese panorama se produce de forma significativa a partir de 1975 —año que Naciones Unidas proclamó como Año internacional de la Mujer—, pero configuran una generación literaria que da sus frutos en los años ochenta del siglo XX.

La escritura femenina aporta un valor social sobre el que ha teorizado María Novo con argumentos como que la capacidad reconstructora de la palabra —similar a la que se registra en los relatos autobiográficos, en los que ordena y reconstruye el pasado, y aporta nuevas soluciones— supone también la posibilidad de transformación social:

El discurso femenino viene creciendo así al calor de una *deconstrucción y reconstrucción autónoma* con la que se pretende sustituir los valores y roles impuestos por otros distintos de los dominantes. Este es un proceso lento y lleno de dificultades, en el que muchas mujeres han dejado su vida, pero capaz de *generar nuevas prácticas sociales*. La literatura se convierte por este camino en uno de los terrenos de la acción, al igual que la sociología en el desarrollo de la investigación-acción⁵ (Novo, 2003, pp. 6-7).

Al respecto, Hannah Arendt estudió la vinculación entre acción y discurso a la hora de definir a la persona que aparece en el reflejo de la palabra y los actos. Los hechos, las acciones, se realizan en la mayoría de los casos a modo de discurso y, en todo caso, están inevitablemente unidos:

⁵ Kart Lewis introdujo este término en 1944 para vincular la teoría a la realidad, diseñando programas y transformaciones sociales en los campos de estudio.

Sin el acompañamiento del discurso, la acción no sólo perdería su carácter revelador, sino también su sujeto, como si dijéramos; si en lugar de hombres de acción hubiera robots se lograría algo que, hablando humanamente por la palabra y, aunque su acto pueda captarse en su cruda apariencia física sin acompañamiento verbal, sólo se hace pertinente a través de la palabra hablada en la que se identifica el autor, anunciando lo que hace, lo que ha hecho y lo que intenta hacer. (Arendt, 1958, p. 202).

La vinculación entre palabra y acción, la construcción de alternativas para las mujeres que la desarrollan, permite una individuación y un reconocimiento propio sobre el que se asienta su construcción como sujeto en un desarrollo de tendencia igualitaria hacia un nuevo contexto social inclusivo, tal y como ha señalado María Novo (2004, p. 12): “Se hace posible entonces un encuentro que, más allá de las categorías masculino/femenino, en tanto que categorías construidas socialmente, da cabida a *nuevas formas de sentirnos y de estar en el mundo como sujetos...*”.

Entre los antecedentes de esta trayectoria está el de las mujeres humanistas europeas, cuyo papel analiza Cereceda (1996, p. 312), las cuales, ante el dominio patriarcal, encuentran —al igual que las mujeres africanas migrantes— un refugio en la literatura para su expresión y para su identidad: “Por eso, lo llamativo es precisamente cómo estas primeras mujeres humanistas se enfrentan a esta imposición y a esta prohibición de expresarse públicamente, afirmando su identidad y su palabra en el ámbito de la literatura”.

2.8. Discurso y control social

En la novela *En un lugar del Atlántico* (2003) hay muchos ejemplos de cómo esa ideología se convierte en el guión de vida de los individuos que forman parte de la comunidad describiendo con todo detalle su futuro: “A pesar de su juventud, muchos son ya cabezas de familias numerosas y se espera de ellos lo que sus padres no consiguieron: que saquen a los suyos de la pobreza. Se ven acosados por responsabilidades que los superan y los empujan hacia las más desesperadas soluciones” (Diome, 2003, p. 193). Como en este ejemplo, las obras del estudio describen biografías marcadas por el control social, por la orientación colectiva y por

la reproducción de pautas culturales y tradicionales. Ramatoulaye, en *Mi carta más larga*, se cuestiona su papel y su identidad en función del entorno y del ejemplo de su amiga trasgresora para dar tímidos pasos en su individuación, mientras que la protagonista de *Las delicias de la maternidad* reproduce fielmente las expectativas de su mundo social, dedicándose con abnegación a sus hijos y a su deber familiar, a la espera de una recompensa que no le llegará.

Foucault ha defendido la creación de un discurso al margen de los individuos a modo de una construcción simbólica que ignora al sujeto:

La transición hacia un lenguaje en que el sujeto está excluido, la puesta al día de una incompatibilidad, tal vez sin recursos, entre la aparición del lenguaje en su ser y la consciencia de sí en su identidad, es hoy día una experiencia que se anuncia en diferentes puntos de la cultura: en el mínimo gesto de escribir como en las tentativas por formalizar el lenguaje, en el estudio de los mitos y en el psicoanálisis, en la búsqueda incluso en ese Logos que es algo así como el acta de nacimiento de toda la razón occidental. [...] El ser del lenguaje no aparece por sí mismo más que en la desaparición del sujeto. (Foucault, 1966, p. 16).

Frente a ello, los escritos de estas mujeres presentan una narración alternativa a las lógicas de sus pueblos, al discurso hegemónico masculino monopolizador del sujeto femenino. La creación literaria marca, desde este punto de vista, la posibilidad de construcciones alternativas porque, como dice Vizer (1999, p. 242), “el último refugio de un orden represivo es la imaginación”.

La biografía que los hombres hicieron de estas mujeres las condenaba a jugar un papel pasivo, dependiente y subordinado, en el proyecto para la recuperación de la dignidad y de la cultura africana frente al retrato colonial que regresó a África desde las potencias europeas. La identificación de la mujer con la tierra, con la Madre África (Díaz Narbona, 2002, p. 121), había promovido su imagen unida permanentemente a la maternidad y en función de su condición sexual:

El trabajo de construcción simbólica, que se termina en un trabajo de construcción práctica, de *bildung*, de educación, opera lógicamente por diferenciación en relación al otro sexo socialmente constituido; tiende en consecuencia a excluir del universo de lo pensable y de lo factible todo lo que marque la pertenencia al sexo opuesto —y en particular todas las virtualidades biológicamente inscritas en el “polimorfo perverso” que es, de creer a Freud, todo niño pequeño—, para producir este artefacto social que es un hombre viril o una mujer femenina. El cuerpo biológico socialmente forjado es así un cuerpo politizado, una política incorporada. (Bourdieu, 1992, p. 25).

Esta concepción social comunitaria ha dominado en todas esas sociedades, y de ellos hay suficientes ejemplos en las novelas aquí analizadas; son muestras de la lógica colectiva que promueve las mujeres dependientes: “Querían mujeres que proclamaran que se sentían indefensas sin ellos” (Emecheta, 1991, p. 63). Muchas situaciones de estas novelas reflejan en lo cotidiano el poder del control social sobre las vidas de nuestras mujeres migrantes, y en ellas que queda patente que “el habla y la escritura son estrategias para orientar y manipular campos sociales de manipulación” (Mignolo, 2000, p. 301).

2.9. De objeto a sujeto

Por eso en cierto modo no dejan de tener razón aquellas feministas que, como Cristina Molina Petit, han señalado en este monopolio masculino del lenguaje la esencia misma del patriarcado. Pero este monopolio patriarcal del lenguaje no se extiende, como muchas feministas creen, a todas las formas de verbalización, anulando las posibilidades de la mujer de nombrarse a sí mismas. (Cereceda, 1996, p. 311).

Y aunque se puede admitir la precisión de Cereceda, lo cierto es que la cuestión es más compleja, porque el modelo masculino es también el que define el mundo, ya que el lenguaje tiene una capacidad configuradora de la realidad a la medida de su propia expresión.

Martín Casares (2006) ha reflejado este hecho como uno de los condicionantes epistemológicos de la antropología:

El antropólogo Edwin Ardener (1975) ha propuesto, justamente, la teoría de los grupos silenciados, según la cual los dominadores conciben y controlan los modos de expresión dominantes. Los grupos abocados al silencio, como las mujeres, constituyen los llamados grupos silenciados. Ardener pone de manifiesto que, incluso aunque las mujeres hablen y el antropólogo o la antropóloga estudie sus actividades, ello no impide que sigan “silenciadas”, porque su visión de la realidad, sus modos de interpretar el mundo, no se expresan según el modelo masculino dominante. (Martín Casares, 2006, p. 239).

Por eso adquiere importancia el cambio en las voces, un nuevo relato en el que se planteen nuevas posibilidades dentro de la economía, como el acceso a los recursos, una alternativa a los dominios simbólicos y un sistema diferente de comunicación. Estos son los tres campos del dominio y de los discursos de poder que precisan una nueva interpretación y una valoración diferente de la vida social que, por tanto, no puede venir de las mismas voces patriarcales que han dominado hasta ahora (Avendaño, 2002). En este terreno, María Novo (2003, p. 10) propone una reconstrucción del imaginario social en femenino, cuestionando valores, mundos y un nuevo concepto de lo cotidiano, más integrador con propuestas hacia nuevos valores; una cultura de la diferencia en que la mujer recupere su condición de sujeto.

Cereceda realiza un interesante estudio a través de la literatura femenina en *El origen de la mujer sujeto*, en el cual la protagonista es blanca y europea, pero en el que se encuentran coincidencias en el papel que la apropiación de la palabra supone para las mujeres. Desde un punto de vista etnocéntrico, también repasa cuestiones esenciales del patriarcado, entre las que llega a defender que “la afirmación de que la palabra les ha sido negada a las mujeres las sitúa próximas a un animal prelingüístico”. En la búsqueda de la tradición europea sobre esta cuestión, Cereceda (1996, p. 312) reconoce un uso femenino de la palabra aunque señala que es un uso que se ha minimizado y desprestigiado a través de la historia por innumerables misóginos.

La cuestión central, por tanto, está en el ámbito en que se utiliza la palabra, que, de nuevo, obtiene reconocimiento si trasciende el mundo de lo privado y se apropia de lo público:

En este sentido, considerar el momento histórico en que la mujer accede al uso público de la palabra, el momento histórico en que comienza a hablar con propiedad, es tanto como considerar el momento histórico del origen de su emancipación, puesto que empieza a ejercer la actividad que es propia de los hombres libres. (Id., p. 184).

Al igual que los Estados africanos, las mujeres del continente que tuvieron acceso a la alfabetización se apropiaron de su voz y su historia como parte del recorrido hacia su individualización, en paralelo a la experiencia de miles de mujeres en la misma situación opresiva:

Es así como desde la palabra literaria escrita, como suerte de autobiografía ficticia, las mujeres africanas hacen oír por primera vez su voz: a partir de la voz literaria, la mujer africana subvierte y pervierte el estatuto impuesto por prácticas seculares y la arrogancia falocéntrica. De los distintos géneros literarios, la narrativa es el género más utilizado como espacio de inscripción, como lugar legítimo de autopercepción, representación y designación de sí misma, proyectando un devenir diferente y una emancipación como mujer y desde la mujer. (Miampika, 2005, p. 18).

El análisis literario de Miampika coincide con el estudio psicológico del uso de la palabra que aporta Mar García (2002, p. 51) en *Una visión de las migraciones desde la psicología del género*: “Así, mujeres en situación de poder desarrollan códigos lingüísticos asertivos, y varones en situación de inferioridad o menos poder desarrollan habla dubitativa”.

Díaz Narbona (2005, p. 47) destaca el valor de protesta de las voces literarias de nuestras novelistas africanas: “La escritura de mujeres, en su corta andadura, se convierte así en un arma de protesta, en un elemento de subversión de la realidad. Su objetivo es transformar la sociedad en la que viven, empezando por la transformación de las mujeres, pero no ciñéndose exclusivamente a ellas” También Pérez (2005, p. 41) diferencia la evolución del concepto, al interpretar que hay etapas en las que la literatura femenina se plantea en tono de conflicto, mientras que en otras ocasiones aparecen las mujeres implicadas en situaciones activas.

La cuestión ha tenido un desarrollo paralelo en otros territorios atravesados por la colonialidad; el ejemplo de Gloria Anzaldúa (1988, p. 226) respecto a la creación literaria y del feminismo americano de color es muy elocuente: “Más y más cuando estoy sola, aunque todavía en comunión con cada una, la escritura me posee y me propulsa a saltar hacia un lugar sin tiempo, sin espacio donde me olvido de mí misma y me siento parte del universo. Esto es el poder”.

El punto de partida es la apropiación de esta arma y la toma de conciencia de la importancia que en las sociedades ágrafas adquiere. De ello hay un buen ejemplo en *En un lugar del Atlántico*: “Mi abuela me había enseñado que si bien las palabras son capaces de declarar una guerra, son también lo bastante poderosas para ganarla” (Diome, 2003, p. 83).

2.10. Contexto literario

Los conceptos de hegemonía y discurso (Gramsci), más allá de una forma de interpretar el mundo y de fijar la realidad social, consolidan el reconocimiento de las relaciones de dominación que configuran la sociedad, por una parte codificando el contexto en que se desarrollan y por otra imponiendo límites a su desarrollo: “El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 1970, p. 15). Son por tanto formas de creación de significados definitivas, que contribuyen a mantener en la misma situación a las mujeres en las sociedades africanas de partida⁶.

En este contexto entendemos el análisis de la literatura africana anglófona y francófona cuyos acentos adquiridos en el colonialismo sirven para revalorizar la cultura propia con una visión idealizada de la tradición, de los valores de la tierra y la feminidad⁷. Se trata de la construcción de la Madre África —que ya hemos visto anteriormente—, la designación del continente realizada por los hombres a partir de su intento de dignificar el retrato colonial que ha sufrido esa tierra. Así el retrato de mujeres resulta desde una perspectiva en que se las considera como seres pasivos, unidas

⁶ También en Bourdieu (1992).

⁷ Los temas de la literatura africana pasan por el pasado y presente de África; la tradición y la modernidad; lo autóctono y lo extranjero; los derechos y los deberes o el individuo y la sociedad; ideología política, el socialismo, el capitalismo; desarrollo y autosuficiencia; africanidad y humanidad, (Nomo Ngamba 2006).

indisolublemente a la maternidad y convertidas en objeto sexual. El resultado es el refuerzo de los estereotipos:

El hombre es el sujeto-ciudadano activo y la mujer el objeto-nación pasivo. Al idealizar la feminidad africana el escritor se olvida de la realidad de las mujeres en el continente, enmascara su subordinación y las excluye de ámbitos de poder y representación política reales que puedan transformar su sociedad. No es de extrañar que la “Madre África” no aparezca en la literatura africana de mujeres. (Pérez, 2005, p. 39).

Es importante destacar el papel que jugó para esta literatura la obra de Buchi Emecheta *The Joys of Motherhood* (*Las alegrías de la maternidad*, 1979) porque introduce un primer cambio de discurso, con un relato — alternativo a los vigentes en su entorno nigeriano— que constituye el pilar de la ruptura con el mito de la madre africana. Emecheta, considerada como “la primera novelista africana que articuló la opresión patriarcal de las sociedades africanas” (Bringas, 2000, p. 150), ya en su segunda novela *Double Yoke* aporta a este panorama una alternativa, con un relato en el que se hace compatible para las mujeres la educación superior con la familia.

La llegada de las mujeres a esta literatura se produce de forma que cuestiona su papel tanto en el relato como en la vida propia, a la vez que reivindica protagonismo en la construcción social:

La mujer como sujeto de su propia existencia o de su relato de vida reivindica desde ella misma una inserción real o reconocimiento en esferas muchas veces vedadas desde el punto de vista social, político e intelectual difícil dentro de las sociedades tradicionales. Su vida de mujer representa una travesía angustiosa frente a la violencia estructural y masculina, una travesía donde ella está marcada por experiencias psicológicas y sociológicas a la vez dolorosas y desarraigadoras, experiencias que tratan de revelar a través de la palabra escrita, con la presencia angustiada de su yo como sujeto negado y hasta entonces sin voz en la historia. (Miampika, 2005, p. 22)⁸

⁸ Ejemplo de esta violencia estructural podría ser cómo niega Akobi a Mara (Darko, 1991. 60-61).

Miampika profundiza de esta forma en un pensamiento que ya había sintetizado Gloria Anzaldúa (1988, p. 226) como editora de la primera antología de mujeres de color: “Nunca he visto tanto poder en la habilidad de conmovier y transformar a otras como el de la escritura de las mujeres de color”.

En la otra orilla del Atlántico, también en los años ochenta, cuando irrumpían nuestras escritoras migrantes en el mundo literario, se editaba la antología *This Bridge Called My Back* (1988) que se publicó en español con el título *Esta puente, mi espalda*, y en la cual se reunían voces múltiples del feminismo “bajo una opresión triple o cuádruple” y su fruto en la literatura; las razones para escribir: “En ese mero acto se encuentra nuestra sobrevivencia porque una mujer que escribe tiene poder. Y a una mujer de poder se le teme” (Anzaldúa, 1988, p. 225). Gloria Anzaldúa defendía la capacidad transformadora de esta literatura:

¿Por qué me siento tan obligada a escribir? Porque la escritura me salva de esta complacencia que temo. Porque no tengo otra alternativa. Porque tengo que mantener vivo el espíritu de mi rebeldía y de mí misma. Porque el mundo que creo en la escritura me compensa por lo que el mundo real no me da. Al escribir, pongo el mundo en orden, le doy una agarradera para apoderarme de él. Escribo porque la vida no apacigua mis apetitos ni el hambre. Escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo, para escribir nuevamente los cuentos mal escritos acerca de mí, de ti. (Anzaldúa, 1988, p. 223).

La crítica literaria se apoya en la capacidad que tanto poscolonialismo como el feminismo —sobre los que profundizaré en un capítulo más adelante— tienen para romper la lógica de estructuras de oposición binarias sobre las que se apoya el discurso hegemónico del poder, rompiendo este sistema de definición de la realidad: acabando con los moldes que construyeron el mundo sobre dicotomías como hombre-mujer, salvaje-civilizado, centro-periferia. Son ejemplos de antagonismos sobre los que el patriarcado y el colonialismo, entre otros, han basado sus estructuras de privilegio. Este es el motivo para que, dentro de la literatura, se haya producido una teoría específica, porque se considera su hecho diferencial. Pero es importante señalar que no se trata de una extensión de

la obra narrativa de los colonizadores, sino que tiene características propias, tal y como ha señalado Bringas (2000, p. 143).

Al respecto, Mignolo (2000, p. 184) localiza de nuevo la colonialidad en la producción teórica que la acompaña: “Si bien los productos literarios pueden fácilmente ser atribuidos a la producción cultural del Tercer Mundo, resulta más difícil justificar esto mismo con respecto a la teoría, ya que —de acuerdo con la distribución del trabajo científico analizada por Pletsch— el lugar de la producción teórica no es el Tercer Mundo sino el Primero”.

CAPÍTULO 3

CUERPO Y PALABRA

La identidad se cimienta en la literatura, en los recursos de la expresión verbal de donde surge el reconocimiento del propio cuerpo (Díaz Narbona, 2005, p. 38); hasta entonces figuraba cosificado de forma literariamente muy masculina⁹. Este nuevo tratamiento promueve el cambio social, pues se ofrece como oposición a la designación masculina que ha venido imponiendo como destino el sexual. “La reapropiación del cuerpo femenino, el redescubrimiento personal y público y la narración literaria será como en todas las literaturas femeninas de todas las culturas, el elemento que marque la evolución de las mismas” (Id., p. 39). El cuerpo es, por tanto, un escenario fundamental en las posiciones feministas universales; Isabel Carrera (2005) lo ha defendido así aplicado al caso de este movimiento europeo cuando repasa la obra de Spivak¹⁰: “Su itinerario recorre la filosofía europea actual, el feminismo occidental frente al tercer mundo, y el mundo académico y cultural en su responsabilidad global, incidiendo con frecuencia en el análisis del cuerpo femenino como lugar privilegiado de lucha y de manipulación patriarcal”¹¹.

La crítica literaria ha trabajado profundamente el tema ya que tanto en torno al cuerpo como a la palabra se han apoyado construcciones simbólicas y dominios de exclusión que se ha encargado de desarticular con una visión alternativa al patriarcado y al colonialismo, el campo en el que ha profundizado con excelentes resultados Isabel Carrera (Id., p. 5): “La importancia que el pensamiento del siglo veinte otorga al lenguaje, particularmente en el campo de la filosofía, no había incidido, sin embargo, en un punto fundamental para el feminismo y el poscolonialismo: los aspectos imperialistas del uso lingüístico, que no se reducen meramente el sexismo o racismo inscritos en el lenguaje, sino que se extienden a las formas más sutiles de colonización mental llevado a cabo por éste. La

⁹ Isabel Carrera repasa los usos simbólicos del cuerpo y el lenguaje como los que más teoría crítica han generado en torno al feminismo y el poscolonialismo (Carrera Suárez, 2005).

¹⁰ También está presente en el mismo sentido en Bourdieu (1992).

¹¹ La reapropiación del cuerpo, junto a la que buscan en el espacio público a través de la palabra y de la visión crítica de los hombres, son los temas que caracterizan a estas escritoras de los ochenta (Díaz Narbona, 2002, p. 116-137).

complicada política de la representación, los conceptos de voz y silencio constituyen áreas de investigación y práctica literaria”.

La construcción comienza antes a través de la visión biológica del cuerpo, un cuerpo sexuado sobre el que pesa el dominio, tal y como recoge Dolores Juliano (2004, p. 55): “El sexo es significativo en nuestras vidas; quien lo monopoliza deviene en importante”. En el campo de la literatura se muestra en los relatos masculinos, colectivos e, incluso, entre los de autoras femeninas por su referencia al hombre. El control de la sexualidad de la mujer es la clave que se oculta bajo el discurso dominante.

En el caso de las mujeres africanas se suma un doble dispositivo, la visión racial y sexuada, pero también un paradigma para su revisión crítica en el feminismo y el colonialismo:

En el tratamiento del cuerpo afloran las intersecciones de ambas teorías: el planteamiento abstracto coincide con frecuencia, pero la particularización produce conflictos de posición del sujeto; el feminismo, desarrollado con preferencia por mujeres blancas del mundo occidental, pasa por alto lo particular racial, omitiendo el análisis, por ejemplo, de la construcción de la negritud por parte de las propias mujeres blancas. Los aspectos raciales son aportados por los diversos movimientos feministas negros, procedentes de EE.UU. (Carby, p. 1987) o de las zonas geográficas que sufrieron, a través de la colonización, el racismo más evidente. (Carrera, 2005, p. 6).

Se trata, por tanto, del “cuerpo colonial, cuya imagen más inmediata es la del esclavo, se convierte en metáfora y en instrumento de análisis” (Id., p. 7) y es necesario un estudio desde diferentes disciplinas como la lingüística, la psicología, la historia o la antropología para hacer frente a una construcción casi universal y de tan larga trayectoria.

La mujer africana subvierte el dominio masculino que ha venido designando de forma tradicional su futuro con fuerza: “La primera cualidad de la mujer es la docilidad” (Bâ. 1979, p. 51); ella cambia con las palabras y los hechos la situación hasta acercarla a lo que legítimamente la convierte en sujeto capaz de nombrarse, definirse y tomar cuerpo verbal como un primer paso de su conciencia individual y de sus derechos. Es un trabajo silencioso de narraciones insistentes y repetidas que van tomando consistencia hasta que se transforman en grito contra la cultura y los valores que la han convertido en objeto: una conciencia que ha surgido,

precisamente, de la palabra. “Hace mucho tiempo, en una pequeña estancia muy poco iluminada, tal vez esos pensamientos fueron los míos, ante África y sus ritos. De mí hicieron un objeto, en objeto me convertí” (Diome, 2003, p. 150).

Para estas escritoras, el cuerpo será una de las claves de su narrativa y de su posición vital que arranca de la voluntad de recuperar esta propiedad -su propio cuerpo-, con la que se hace posible describir un nuevo destino de independencia por voluntad propia: “Con la conciencia libre de su cuerpo, la mujer africana se asume cada vez más como objeto de su propia sexualidad. Incluso muchas mujeres capitalizan las expectativas simbólicas de su cuerpo, que interviene como elemento de supervivencia, de distinción y de ascenso social. Es decir, muchas veces es una mercancía que se intercambia en un contexto de violencia estructural, de penuria material y de sometimiento social” (Miampika, 2005, pp. 27-28).

Dueñas de su cuerpo, pueden desafiar el orden establecido aunque sea desde una prostitución que, paradójicamente, las lleva a la independencia económica y sexual; es lo que sucede con Mara en *Más allá del horizonte* cuando toma conciencia de mujer prostituida y decide dar un cambio a su vida, empezando por la toma de decisiones propias más allá del uso patrimonial que su marido había hecho de su ella y de su cuerpo, en definitiva, cuando utiliza la prostitución —por difícil que parezca, como explicaré en un próximo capítulo— como arma contra los esquemas patriarcales.

Sin embargo, ese trabajo tiene una doble dirección, ya que el proyecto migratorio las enfrenta a la misma situación en otra cultura porque, en el fondo, por encima de las construcciones patriarcales y coloniales se encuentra el discurso de poder que actúa en todas las sociedades en su lógica de la exclusión: “Su cuerpo ausente en la comunidad de origen es sexualizado y convertido en metáfora, de la identidad nacional, del honor del esposo y lugar de expresión de la violencia simbólica. Pero también en su cuerpo sexualizado, racializado y culturalmente codificado se encarnarán significados desvalorizantes que pretenden su exclusión del espacio social en el contexto de inmigración” (Gregorio, 2000, p. 9).

Tenemos, por tanto, que el camino hacia la independencia y la liberación de estas mujeres se enfrenta, tras la migración, a otros discursos como los que ha recogido Aurelia Martín Casares (2006) dentro de las sociedades europeas en las que la tradición del pensamiento cristiano ha promovido una imagen de la mujer frágil, una debilidad corporal y física,

que contribuye a desvalorizar el trabajo femenino. Para muchas feministas, cuando se profundiza en estos escenarios de violencia (Imbert, 1992), el trabajo pendiente es el del cuestionamiento del poder en sí mismo, ya que de su uso surge la exclusión en todos los ámbitos: “La violencia simbólica implica una construcción desvalorizadora de la otra persona, colocarla dentro de una categoría estigmatizada y negarle la posibilidad de expresar o hacer valer las propias intenciones. Es entonces el prerrequisito para que la violencia material se manifieste sin dejar en evidencia su ilegitimidad” (Juliano, 2004, p. 68).

En este campo se suman múltiples construcciones sociales, políticas y legales para segregar a los migrantes desde el mismo momento en que construyen su proyecto personal, y todavía más si las víctimas del discurso son mujeres:

Irregularidad, “alegalidad” y estigmatización que, entre otras consecuencias, contribuyen al surgimiento de un mercado clandestino donde operan organizaciones delictivas, así como al desarrollo de mafias y redes de tráfico internacional; generan peores condiciones de ejercicio de la prostitución; incrementan la vulnerabilidad de las prostitutas a abusos de todo tipo (explotación, violencia), así como su situación de marginalidad y su indefensión frente a anteriores situaciones: imposibilitan o dificultan el acceso de las mujeres prostitutas a derechos sociales, laborales, sanitarios, etc. básicos; y nutren procesos de rechazo, exclusión y segregación racial. (Solana, 2005, pp. 250-251).

3.1. Estigma

La descolonización necesaria para la identidad de estas mujeres se hace difícil cuando, como he mencionado antes, sobre ellas, y como elemento común, presiona de forma permanente una superposición de etiquetas estigmatizadoras: mujeres, negras, africanas, trabajadoras, migrantes, ilegales y, hasta en algún caso, prostitutas.

“Estigma” es un concepto sociológico que teoriza Erving Goffman y en el que basa su teoría de la desviación. Por entonces, 1963, el término tenía un uso fundamentalmente físico y médico, de forma que su interpretación se enclavaba entre otros como hereditario, patológico,

crónico, y sobre el que pesaba además su origen etimológico entre la zoología (picadura), la religión (huella sobrenatural) y ligado a la esclavitud (marca impuesta con hierro candente), tal como apuntan Malgesini y Giménez (2000, p. 155-158). El concepto se había utilizado antes ligado a la conducta delictiva, aunque fue Goffman quien profundizó en él, al enmarcarlo en un proceso de construcción social sobre las identidades desviadas. Precisamente, Goffman logra para su definición un contexto dinámico: la interacción social.

Como mujeres, en sus sociedades originarias, ya han sufrido el estigma al quedar invisibilizadas en el discurso social dominante. El papel subsidiado que le otorga el orden patrilineal y la división sexual del trabajo promueve el escaso prestigio para ellas, oculta las actividades femeninas y su derecho de pertenencia. “Crecí con un sentimiento de culpabilidad, con la conciencia de tener que expiar una falta que es mi propia vida” (Diome, 2003, p. 239).

Goffman (1963, p. 14) lo definió así: “El estigma es, pues, realmente, una clase especial de relación entre atributo y estereotipo”. En estas mujeres vemos que algunos de sus atributos, negra y africana, se convierten en estereotipo y en estigma una vez salen de su tierra de origen y se suman a los llegados con ese cambio vital —migrante, ilegal, trabajadora— así como al que les acompaña de forma permanente con toda su carga de exclusión: mujer. Y precisamente porque se trata de una categoría global (Mignolo, 2000) de dominación.

La teoría de la desviación que defendió Durkheim se articulaba entre el control y el cambio social en una dinámica contradictoria que pervive todavía hoy. El respeto a la libertad personal y el auge del individualismo hacen que la desviación se generalice o, mejor, se extienda. Pero en el contexto geopolítico de la democracia, el concepto de desviación se ha trasladado y ahora bajo esa etiqueta figuran los no integrados y, más aún, las no integradas, por la exclusión de la ciudadanía. Mientras en las democracias triunfa el discurso de la integración y se diseñan políticas al respecto, la contradicción se traslada a las fronteras exteriores de estos espacios y surgen nuevas categorías estigmatizadoras en torno a la ciudadanía.

Los nuevos estereotipos, por tanto, funcionan de forma contradictoria porque también se articulan sobre la incoherencia existente entre democracia y exclusión que propone un modelo teórico de sociedad cosmopolita y transcultural enfrentado a diario con las lógicas de los discursos de poder. Una paradoja que recoge Fatou Diome (2003, p. 209): “Las frases del recepcionista bailaban en mi cabeza: “Bienvenida”, como si

el país no fuera ya el mío ¿Con qué derecho me trataba de extranjera, cuando le había mostrado un documento de identidad similar al suyo? Extranjera en Francia, era también recibida como tal en mi país: tan ilegítima con mi tarjeta de residente como con mi documento de identidad”.

La descripción de su persona que realiza la protagonista de esta novela está marcada por los rasgos que ha sintetizado Arriaga (2003, p. 41) y que está presente en otros fragmentos de estas novelas: “La contundencia a la hora de juzgarse, la falta de piedad hacia sí mismos es uno de los rasgos que caracteriza a los socialmente marginados y a los mentalmente deprimidos”. Pero además, la escena de Salie ante el recepcionista respalda el análisis de Goffman (1963, p. 64): “La visibilidad constituye, naturalmente, un factor decisivo. Lo que dicen acerca de la identidad social de un individuo aquellos que lo rodean, en todo momento de su diario vivir, tiene para él enorme importancia”.

Al respecto, Goffman argumenta una situación especial en la que se vive el estigma, cuando se produce, como en el caso de nuestras mujeres africanas migrantes, en un momento tardío de la vida: en la encrucijada que se abre desde el momento que llegan a la *tierra prometida* pero advierten que no son bien recibidas:

Los que en un momento tardío de la vida son víctimas de un estigma, o advierten que han sido siempre personas desacreditables —el primer caso no implica una reorganización radical de la visión de su pasado; el segundo sí—, ejemplifican una tercera pauta de socialización. Son individuos que han realizado un concienzudo aprendizaje de lo normal y lo estigmatizado mucho tiempo antes de tener que considerarse a sí mismos como personas deficientes. Es probable que tengan un problema especial en re-identificarse consigo mismos, y una especial facilidad para la autocensura. (Id., p. 48).

En las sociedades de acogida se produce un cuestionamiento de la identidad propia; estas mujeres saben cómo se las recibe, cómo su propia presencia e imagen se utilizan para la descripción completa de su persona, tal y como ha señalado Goffman, quien considera que en estas circunstancias se puede hablar de un tipo específico de estigmatización, en una definición que encaja perfectamente con la situación de la mujer migrada:

Las demandas virtuales (favorables o desfavorables) creadas por esta imagen pública pueden empequeñecer y deteriorar la imagen que el individuo presenta en su vida diaria ante las personas con quienes tiene un contacto habitual. Esto parece ocurrir especialmente cuando el individuo deja de estar implicado en acontecimientos de gran trascendencia, y debe enfrentar, donde quiera que vaya, la situación de ser recibido como alguien que ya no es más lo que en algún momento fue... (Id., p. 89).

En el campo de la literatura, hay elementos significativos de esta posición ya que aunque, como he mencionado, su camino en la narrativa se apoya en el uso de la voz propia como instrumento de cambio y acción, el logro es más intencional que real. Las novelas atraviesan en muchos momentos las ambigüedades de su papel social transformador, de su identidad cruzada por el estigma:

La desconfianza de estas autoras hacia sí mismas se convierte en un autografema inevitable, que denota el cruce de caminos en que se encuentra el "yo" mujer a la hora de escribir su vida, que sabe que no va a corresponder totalmente a la idea de feminidad tradicional, ni tampoco puede masculinizarse por completo. El titubeo de fondo que se aprecia en estos textos responde a la incertidumbre de un sujeto que tiene que traducir al lenguaje de la cultura un mundo que se encuentra fuera de él. (Arriaga, 2003, p. 40).

Las protagonistas de esta selección de novelas reflejan su *yo débil* en cada ocasión en que se dificulta su reconocimiento. Su aventura migratoria y literaria las reconstruye por el camino de la acción.

3.2. Abusos sobre el cuerpo, abusos sobre la mujer

La galería de situaciones de abusos que se desgranán en las páginas de estas novelas tienen su origen en los sucesivos estigmas que han vivido las mujeres del continente africano, sobre las cuales se exacerbó la violencia estructural durante la época colonial con el esclavismo, creando una cultura de explotación basada en la exclusión de derechos, tal y como

ha recogido Mar Gallego:

Entre estos derechos que se les negaban a las mujeres esclavas sistemáticamente estaban el control de su propio cuerpo, la maternidad, las relaciones afectivas y, por supuesto, la expresión de sus deseos o pensamientos. Precisamente fue esta negación institucionalizada de su propio yo la que condujo a algunas de esas mujeres a levantar la voz contra la opresión y el oprobio continuos. La ideología dominante que sustentaba el sistema esclavista consiguió además tejer la tela de araña que las atrapaba en una dicotomía de estereotipos denigrantes: o “bestia sexual” o “nodriza”, o lo que es lo mismo, se las demonizaba como animales que sólo buscaban el placer sensual o se las privaba de su femineidad condenándolas a una maternidad subsidiaria y secundaria con respecto a la “verdadera madre” blanca. (Gallego, 2003, p. 118)

En el caso de la zona subsahariana, de donde proceden las autoras de estas novelas, la antropóloga Dolores Juliano ha logrado incorporar la perspectiva de género al estudio de la esclavitud gracias a la cual aflora una nueva realidad significativa: la esclavitud de este origen fue fundamentalmente femenina (Juliano, 2004 y 2000; Martín Casares, 2006). Así es fácil detectar que la lógica de dominación ya era estructural y se ejercía con mayor violencia sobre las mujeres.

Pero, además, para el sistema productivo de estas comunidades de origen, en la mayoría de los casos, se convirtió en fundamental ampliar el número de trabajadores a través de la garantía de una larga descendencia, en la cual se ha apoyado la lógica de la poligamia:

Porque el dominio masculino es indispensable para la apropiación por parte de los hombres del producto de la fecundidad femenina: los hijos de sexo masculino. Así el poder reproductor de la mujer se ve requisado en beneficio de los hombres. La mujer es reclutada por el patrilinaje para un verdadero “servicio de procreación”. Para este servicio, el dominio masculino es indispensable. Indispensable también una disociación entre sexualidad y afectividad, pues esta última podría someter al hombre a la mujer, como en la época del mito. El matrimonio sólo tiene como fin, en las sociedades

patriarcales y también en el Islam, garantizar la reproducción social. (Lacoste-Dujardin, 1993, p. 83)

La poligamia tiene una incidencia muy alta en los países de origen de nuestras escritoras. El porcentaje de mujeres entre 15 y 49 años casadas en régimen de poligamia es: Senegal, 47 %; Nigeria, 41 %, y Ghana, 33 %, según el *Atlas Akal del estado de la mujer en el mundo* (2001, p. 19). Aurelia Martín Casares atribuye a Meillassoux la explicación económica que ha permitido el sostenimiento de la poligamia y del control sexual y reproductivo de las mujeres:

La poligamia permite, a través de la exploración de las capacidades productivas de varias mujeres, el acceso a uno de los recursos principales: contar con numerosos trabajadores, o lo que es lo mismo, linajes muy numerosos. Para Meillassoux, una de las preocupaciones fundamentales de la comunidad doméstica es su propia reproducción, por lo que el control de las mujeres es fundamental. (Martín Casares, 2006, p. 202)¹².

Se trata, sin embargo, de un modelo que se cuestiona con la migración y genera problemas y resistencias a la aculturación (Diome, 2003, p. 216), como recogeré en el capítulo *La nueva identidad*. En las sociedades europeas en las que se integran estas mujeres, se condena la poligamia, lo que supone un freno para la integración de los y las inmigrantes; mientras, en cambio, muchos Estados europeos se cuestionan la familia tradicional con nuevos modelos más flexibles como la monoparental o los matrimonios homosexuales.

El interés por el control social de las mujeres es universal, alcanza también a culturas donde la poligamia no está generalizada, y se desarrolla especialmente en el terreno sexual como llave del control reproductivo. En caso de sociedades musulmanas, se vive con tal intensidad que incluso domina la idea de la sexualidad como deber social y religioso cuando se trata de mujeres. Camille Lacoste-Dujardin (1993) describe en su interesante estudio *Las madres contra las mujeres. Patriarcado y*

¹² Las cuatro novelas están plagadas de referencias sobre la poligamia. De ellas destaco la dura condena que realiza Ramatoulaye en la carta a su amiga: “Creo que es simple el problema de la poligamia. Los que viven con ella conocen las limitaciones, las mentiras y las injusticias que pesan sobre sus conciencias por la felicidad efímera del cambio” (Bâ, 1991, p. 108).

maternidad en el mundo árabe cómo esta idea de control se transforma en dominio:

En este terreno de la sexualidad, como en otros terrenos, la mujer debe estar totalmente sometida a su marido. Las iniciativas femeninas se considerarán fuera de lugar; un comportamiento de este tipo es propio de prostitutas (en el mejor de los casos de concubinas). Las mujeres deben prestarse a las relaciones sexuales a voluntad de los hombres, estar siempre disponibles y no negarse jamás... (Lacoste-Dujardin, 1993, p. 154).

Se trata de un contexto de violencia para el desarrollo de la experiencia sexual en el que incluso se consagra la práctica del abuso sexual.

También a través de estas novelas se conocen detalles sobre otro de los campos del dominio masculino como es el control del comportamiento sexual apoyado en la virtud femenina incluso dentro del matrimonio: "Sabía que la chica no aceptaría enseguida una felación o un cunnilingus, pero qué más daba, era de buena familia y estaba educada para ser una esposa sumisa; con el tiempo, acabaría modelándola a su guisa" (Diome, 2003, p. 34). También es *En un lugar del Atlántico* (Id., p. 64) donde se refleja el concepto de la sexualidad unida a la maternidad a la hora de rechazar los métodos anticonceptivos: "¿Qué boca se habría atrevido a nombrar la píldora ante ellas, sabiendo que eso suponía ganarse su desprecio para siempre? Si les hubiese dicho que en Europa es posible programar y limitar los nacimientos lo hubiesen considerado una provocación". Fatou Diome insiste en este tema para llamar la atención sobre la importancia de las mentalidades en la construcción de factores de sometimiento:

(...) siempre que los señores feudales que les sirven de maridos dejaran de medir su virilidad por el número de hijos. También eso, muchachos, es subdesarrollo y se determina en las mentalidades. Intentad no reproducir los errores de vuestros padres y ya veréis que, incluso sin ir al extranjero, tendréis más posibilidades de que las cosas os salgan bien aquí. (Diome, 2003, p. 191).

Dentro de muchos hogares africanos, como en los de todas las culturas patriarcales, se esconden realidades que quedan difuminadas por el discurso patriarcal, por la tradición y por la identidad, pero que presionan a las mujeres en busca de otros derechos y también, en muchos casos, hacia la migración aunque éste es un trayecto que, como veremos más adelante, puede resultar contradictorio e igualmente opresor. De hecho, Elena Beltrán (cit. por Maquieira, 2006, p. 56) mantiene que la defensa de la privacidad de los hogares es una muestra de la ficción que se mantiene mientras se refuerza el control jurídico y legal de la familia y la natalidad —cuestión en la que profundizaré en un capítulo aparte—. De esta forma, se oculta otra estrategia opuesta, en el caso de las violaciones o los malos tratos, con la que se ha venido obstaculizando la intervención legal en el ámbito doméstico.

Las cuatro novelas de estas historias de vida reflejan multitud de situaciones de maltrato y violencia, a veces relatadas de pasada, sin que aparentemente tengan consecuencias sobre sus víctimas, y en ocasiones planteadas de forma más clara y directa. También reflejan el maltrato emocional que suele acompañar al físico, como por ejemplo en *Las delicias de la maternidad*, en la que la protagonista sufre esta situación durante su primer matrimonio aunque la justifica por su incapacidad de tener hijos. Sin embargo, no se plantea hacer frente a estos maltratos, sino que le sirven para acatar con obediencia y sumisión un segundo matrimonio en el que todo está justificado por la maternidad. También la novela de Amma Darko, *Más allá del horizonte*, recoge la violencia y el maltrato en todo momento, antes y después del paso por la migración, incluso hasta la violación.

El catálogo de abuso y violencia de estos relatos es muy extenso, pero sirvan como ejemplo algunos de los temas que se tratan: la violencia doméstica (Darko, 1991, pp. 22 y 65), el control de la natalidad (Diome, 2003, p. 64), el abuso sexual (Darko, 1991, p. 24), la violación dentro del matrimonio (Id., p. 120), la prostitución (Diome, 1991).

El aborto o la maternidad como relación y experiencia femenina no habían figurado en la literatura masculina africana, a pesar de que ésta se había centrado en la figura de la madre como elemento esencial del patriarcado. Así, cuando se mencionaban estos temas era bajo la perspectiva del tabú y la obediencia de la mujer impuesta por el hombre. Ahora, estas escritoras “se niegan a utilizar la tradición como excusa para amparar lo inexcusable” (López Rodríguez, 2005, p. 97). Sin embargo, resulta curioso destacar que en ninguna de las novelas de este corpus aparecen referencias a la mutilación genital femenina, a pesar de la

importante incidencia que tiene en países como Senegal y Ghana —donde la sufren entre el 20 y el 40 por ciento de las niñas y mujeres— o Nigeria — con entre 50 y 79 por ciento de afectadas—, de donde son originarias estas autoras. Este silencio, este daño no confesado y no reconocido por la palabra se convierte así en una herida innombrable que parece responder al olvido de una parte del cuerpo que ya no les pertenece.

Para Miampika (2005, p. 24), estas temáticas relacionadas con la situación de las mujeres son parte de una búsqueda de identidad “como sujeto histórico y de discurso, un sujeto, en definitiva, que propone una reflexión sobre el funcionamiento de las sociedades africanas”. También hay referencias al concepto en Pereyra (2005).

La antropóloga Juliano (2004, p. 65) recuerda que Spencer mantiene que la violencia no es una situación casual o aislada porque se apoya en la necesidad colectiva de mantener la estructura social, un hecho que muestra su estructura colectiva y el refrendo del grupo. La reflexión no se puede aplicar, desde luego, sólo a las sociedades originarias de estas mujeres, tal como hemos visto.

La situación de estas mujeres migrantes es de vulnerabilidad ya que sobre ellas —marcadas por sucesivos estigmas como he señalado antes— se descarga un sistema de exclusión apoyado, como ha definido Foucault (1970), en la unión de poder, sexualidad y violencia; es decir, un dispositivo de exclusión que muestra las jerarquizaciones sociales a base de desigualdades e inequidades:

A esta vulnerabilidad por razones de género, resultado de estructuras discriminatorias e inequitativas vinculadas con las geografías genéricas del poder, se añaden vulnerabilidades específicas para hombres y mujeres relacionadas con prácticas, momentos, espacios y zonas de riesgo por los que ambos transitan en diferentes momentos de sus vida y que, asimismo, están marcadas por particulares sesgos de pertenencia étnica y socio-económica. (Mora, 2003, p. 11).

Mora traza un esquema de análisis para profundizar en su dimensión y que resulta de la relación entre vulnerabilidad, género y frontera, sobre el cual concluye:

Las mujeres no acompañadas y las mujeres jefas de hogar enfrentan el mayor riesgo de violencia sexual. Una vulnerabilidad adicional para las mujeres se relaciona también con la necesidad, en determinadas circunstancias, de realizar trabajo sexual temporal o permanente en condiciones de gran riesgo para su integridad física y su salud. (Mora, 2003, p. 12).

De todos los colectivos, Mora (2003, p. 18) destaca el de las migrantes indocumentadas como el más expuesto a los riesgos, ya que el sistema las pone en manos de las redes de traficantes y también del personal de fuerzas de seguridad, de inmigración.

3.3. Prostitución

La asociación entre inmigración y prostitución domina en el imaginario colectivo blanco, que ha generado un discurso controvertido y complejo en el que se entrecruzan tradiciones e intereses.

Pero la prostitución no es el origen del problema, sino la consecuencia de nuestro modelo social, incapaz de dar salida a diversas situaciones de discriminación y exclusión, que él mismo genera, y que afectan especialmente —pero no sólo— a las mujeres. Un modelo que dualiza no sólo en el terreno de lo económico y social, sino también en el de las ideas y la moral, y en particular en el de la consideración de las relaciones sexuales, afectivas, etc. Un doble sistema de cánones morales que recrea la estigmatización y termina convirtiendo a estas mujeres en responsables de sus propias insatisfacciones. (Arjona, Checa y Ación, 2005, p. 136).

En este terreno, Francisco Javier León (2002) ha indagado en los orígenes de la estigmatización para las mujeres blancas como un limitador a su autonomía personal:

La trata de blancas se ha utilizado como un limitador en la búsqueda de la independencia familiar de las mujeres. Así, las historias sobre la trata y el peligro de explotación sexual, han servido para introducir el miedo en aquellas mujeres, especialmente jóvenes, que pretendían abandonar la protección de la familia. (León, 2002, p. 66).

La prostitución es un campo de contradicción y ambigüedad que afecta de forma muy negativa a las mujeres que vulneran la norma social, mientras que a los hombres, no. A través de la exclusión de mujeres que viven al margen de las leyes de la patrilinealidad, se refuerza el patriarcado a través de la superposición de mecanismos de exclusión y estigma.

Su impacto en las migraciones es enorme como ha detectado Dolores Juliano:

La abusiva pero reiterada asociación conceptual de la inmigración femenina con el trabajo sexual, y de éste con el delito, aumenta la vulnerabilidad de este sector y lo coloca en situación de indefensión ante las arbitrariedades policiales, al mismo tiempo que los designa como receptor preferente de la ira y de los prejuicios de la ciudadanía. No puede producir extrañeza entonces ver que la lucha de las trabajadoras sexuales se entra en ser reconocidas como marginales, es decir aceptadas aunque en condición de desventaja, en lugar de ser excluidas, que es la política que plantean los movimientos abolicionistas con sus propuestas de “reinserción social” y su negativa a considerar su actividad como un trabajo. (Juliano, 2004, p. 39).

Esta investigadora, que ha estudiado profundamente la prostitución (2002), aporta importantes cuestiones para su análisis y para desarticular la estigmatización que sufre; mantiene que en sí misma la prostitución es sólo un síntoma visible de la situación de la mujer en la sociedad. De hecho, interpreta que se trata de una opción laboral para muchas mujeres que sólo tienen como alternativa la actividad doméstica, es decir, trabajar gratis, en interminables jornadas laborales y sin reconocimiento (Juliano, 2004, p. 164). En *Las delicias de la maternidad* aparece una reflexión de Nnu Ego sobre el cambio que experimenta Adaku, después de su migración a Lagos, cuando se dedica a la prostitución, en la que compara sus posiciones relativas:

¿Por qué iba a engañarse a sí misma? Aquella mujer vivía mucho mejor que ella; sólo sufriría el desprecio social. Nnu Ego se dijo a sí misma: “Puede que a mí me respeten, pero ¿de qué me sirve?

No tengo dinero para comprar comida, por no hablar de los vestidos de *abada* para ir a las reuniones y a la iglesia. (Emecheta, 1979, pp. 254-255).

Pero para las otras mujeres cuyas opciones laborales son todavía menores porque como mujeres ya están marcadas por la marginalidad, las salidas son hacia la delincuencia o la prostitución: de entre éstas eligen la prostitución, sobre la que ejerce menos peso la ley pero que tiene más estigma social:

No podemos desconocer que la opción hedonista resulta atractiva, cuando es la opción que (con menos riesgos y mejores resultados) hemos realizado todas las mujeres en las últimas décadas, limitando el número de hijos e hijas y reservándonos autonomía económica y libertad sexual. (Emecheta, 1979, p. 169).

Para muchas de las mujeres migradas a Europa no hay otra opción; se trata de un camino sin regreso como el que atrapa definitivamente a la protagonista de *Más allá del horizonte*, Mara, quien de una situación impuesta hace una voluntad propia al convertir su situación en una oportunidad para sus hijos. Las condiciones de la migración y la entrada clandestina ya las sitúa en una posición de vulnerabilidad; sus alternativas laborales son escasas y desreguladas, en muchas ocasiones en el servicio doméstico. Ante este panorama, a veces, la única posibilidad de sobrevivir es la prostitución (Arjona, Checa y Ación, 2005, p. 133). Solana matiza que se trata de una decisión activa, al igual que la de migrar, aunque no sea libre, ya que está condicionada por la falta de expectativas ante las circunstancias (2005, p. 242).

En muchos países la prostitución está prohibida para las mujeres autóctonas, como refleja Sassen (2003, p. 59), y en otros, como Holanda y Suiza, sólo se permite la actividad a las extranjeras. Esto ha llevado a una alta cifra de prostitutas inmigrantes que supera el setenta y cinco por ciento en países como Alemania. Los datos refrendan la interpretación de Juliano (2004) al respecto:

En la última década se está produciendo un cambio en la valoración social y la aceptación legal de las prostitutas. Este cambio refleja la reacomodación social ante dos factores nuevos: la creciente capacidad de organización y de reivindicación de las prostitutas del Primer Mundo, y la sustitución progresiva en el trabajo sexual callejero —pero también en el que se realiza en los locales de alterne y el que se anuncia por la prensa— de las prostitutas autóctonas por inmigrantes del Tercer Mundo. (Juliano, 2004, pp. 190-191).

3.4. Maternidad

La maternidad es uno de los temas esenciales y complejos en torno a los que se articulan numerosos intereses procedentes de la tradición que limitan el ámbito de individuación y libertad de las mujeres. Esta cuestión es de las referencias temáticas más frecuentes dentro de la narrativa que nos ocupa; el peso del imaginario tiene relación con ello, ya que configura en muchas sociedades de África la maternidad como la esencia de la función femenina, estrictamente reproductora, para la que no hay ninguna alternativa: “Puesto que su padre no tenía ningún hijo varón, ella había sido ofrecida a los dioses para procrear hijos en su nombre, pero no en el de ningún esposo” (Emecheta, 1991, p. 36). Para Inmaculada Díaz Narbona (2005, pp. 44 y 47), el tratamiento en esta literatura reciente genera una imagen negativa de la concepción, porque es contraria a los valores que sus protagonistas quieren construir como alternativa a los que encierran a las mujeres en su papel simbólico y político tradicional.

Desde los feminismos de la diferencia hasta los movimientos posmodernos críticos con las tradiciones han manifestado suspicacias y rechazos a la hora de abordar este tema:

Si en este marco, la posmodernidad pretende deconstruir lo universal para que emerjan las diferencias, lo único que aparece en este caso es un reino que las mujeres conocen muy bien: el de los pañales y biberones, el de la doble jornada, el de la mujer tradicionalmente entregada al cuidado de los demás. (Sánchez, 2000, pp. 13-14).

Las teorías maternalistas suponen también un esencialismo ya que reduce a las mujeres a su capacidad de desempeñar el papel de madres que se toma incluso como descripción completa de su persona, o como un rasgo común de la identidad femenina, como un campo casi exclusivo en el que se valora a la mujer. En este último aspecto, Cristina Sánchez (Id., p. 9-10) encuentra una valoración positiva social en cuando a su aportación a la ciudadanía en la que queda inserta, “lo que constituiría el argumento estrictamente *político*”.

El valor de la mujer en las sociedades originarias de nuestras mujeres migrantes se mide por su capacidad para procrear, capacidad que, a su vez, se transforma en un importante dispositivo de la opresión sobre las mujeres. Es una maternidad absolutamente biológica y corpórea en la que la superstición y los estereotipos ayudan al sometimiento: “Cuando una mujer es virtuosa, no tiene problemas para concebir un hijo” (Emecheta, 2004, p. 56). En el desarrollo de su novela, Buchi Emecheta había dejado claro que en la mentalidad tradicional nigeriana no había otra posibilidad: “Nunca se duda de la capacidad masculina en este terreno” (Id., p. 58). Para la mujer, Emecheta aporta vías de reconocimiento en el relato de su novela porque la maternidad supone una fuente de poder y autoridad ante su marido y la sociedad, así como la propia trascendencia (Bringas, 2000, p. 150).

La vinculación entre mujer y procreación justifica la existencia de aquella y, de esta forma, la maternidad se convierte en una obligación y una responsabilidad, como describe Diome (2003):

Es cierto que en la sociedad africana, de forma general, la mujer suele cargar con la culpa de la esterilidad de la pareja sin que se llegue a cuestionar la posible esterilidad del hombre. La maternidad favorece la aceptación social, por ello, la esterilidad es una muerte moral y social, que en muchas comunidades, es vista como una calamidad trágica que conlleva una exclusión simbólica o real de la comunidad” (Miampika, 2005, p. 27)¹³.

Por esta razón se produce una identificación entre madre e hijo absoluta que incluso, como en este fragmento, llega a negar a la madre: “Es bien sabido, el estómago de una madre está en el vientre de su hijo” (Diome, 2003, p. 135).

¹³ También en Aragón Varo (2005, p. 90).

Elizabeth Russell (2000, p. 43) define la situación que se registra en la reproducción del patriarcado como un intercambio de mujeres entre padres y maridos en el que hay una desapropiación de la mujer: “Esta situación reduce a la mujer a una economía libidinal femenina que la define como un “don”, ella no puede buscar su propio “yo” si no es a través de una paradoja: su capacidad de desapropiarse de sí misma”. También en algunas de las novelas de nuestro estudio se identifica esa ausencia de poder cuando se refiere a un plan de vida propio, al margen de la maternidad: “No sé hacer otra cosa en la vida que ser madre” (Emecheta, 1991, p. 329).

Pero, además, la prevalencia del patriarcado articula las relaciones entre sexos a modo de enfrentamiento en la que la sexualidad se convierte en el arma principal: “Aunque las mujeres estén excluidas de la política, del control de la organización social, siguen siendo indispensables por su facultad procreadora. Por eso, las mujeres y su actividad sexual procreadora quedan encerradas en el espacio doméstico. Y los hombres guardan las fronteras” (Lacoste-Dujardin, 1993, p. 162).

3.5. Natalidad

La cuestión del control social sobre la natalidad, como decía, es universal y se mantiene desde los sistemas de dominación patriarcales. En la historia hay ejemplos notables como la situación que se generó en Europa tras la Segunda Guerra Mundial cuando, con el objetivo de la reactivación de la tasa de natalidad, se impulsó el abandono de las fábricas por parte de las mujeres y la vuelta a los valores tradicionales y religiosos, propiciando de esa manera el regreso a un sistema cultural apoyado en la lógica del aumento de la población.

Las instituciones internacionales también tratan de incidir sobre este tema en la actualidad y logran un gran impacto en las mujeres del tercer mundo. El criterio se establece como prioritario en las políticas públicas, por encima de la defensa de la salud de las mujeres, y no se corresponde con la que se mantiene sobre los aspectos sanitarios de las migrantes en otros terrenos, tal y como Carmen Gregorio (2004) ha detectado:

¿Por qué a las administraciones públicas les parece preocupar tanto las pautas reproductivas de las mujeres inmigrantes a la luz de la creación de programas específicos de información sobre control de la natalidad, obviando que estas mujeres pueden utilizar sus propios medios de control de su fertilidad? (Gregorio, 2004, p. 16).

Incluso en este enfoque, se muestra cómo el discurso de dominación está presente en estos programas de control de la natalidad, ya que sólo se trabaja sobre la fecundidad de las mujeres sin que, en casi ningún caso, los programas vengán acompañados de otros cambios sociales y económicos. De esta forma se traslada a los individuos y, en especial, a las mujeres las responsabilidades del colectivo y de la sociedad en general. Mora (2003) apoya esta idea:

Los derechos sexuales y reproductivos pueden constituirse en las llaves que abran las agendas y las políticas migratorias de los países de origen y de destino para posicionarlas plenamente en la vanguardia de un enfoque universal e integral de derechos humanos capaz de hacerse carne ante cuestiones como el abuso sexual o las prácticas contra la dignidad así como la salud de las mujeres migrantes, refugiadas, desplazadas y traficadas". (Mora, 2003, p. 14)

Carmen Gregorio (2004) resume a la perfección las aportaciones de Yuval-Davis sobre las políticas natalistas en las que aparece reflejado ese discurso que presiona a las mujeres a favor de otros criterios e intereses. De una parte distingue el criterio de la *población como poder* que las compromete en sus políticas pronatalistas; de otra, el *discurso eugenésico* que da prioridad a la calidad de la población promoviendo prácticas racistas, clasistas o sexistas (China podría ser un ejemplo) con enormes costes para las mujeres; y por último, el *discurso maltusiano* que obliga a aplicar políticas restrictivas de natalidad. En todos los casos, la presión se ejerce de forma unánime sobre las mujeres sin que se planteen otras alternativas de intervención social y económica. Un discurso opresivo al que de una forma visceral se atreven a responder algunas mujeres atravesadas por la colonialidad, como es el caso de Parker (1988):

Referente a la cuestión del aborto, me asombro ante las presunciones de los hombres, la cuestión es si tenemos el control o no de nuestros cuerpos, que por turno quiere decir el control de nuestra comunidad y su desarrollo. Yo creo que las mujeres Negras somos tan inteligentes como las mujeres blancas y sabemos cuándo tener bebés o no (Parker, 1988, p. 197).

3.6. La reproducción del discurso

El discurso se reproduce con autonomía, por mecanismos que pasan desapercibidos, apoyados en la alteridad hombre/mujer que les ha servido para resituarse como mujeres. Es ahí precisamente donde tiene lugar el mayor potencial de pervivencia de este factor de opresión ya que frente a un pasado en que la reproducción del discurso se mantenía inmutable, ahora se abren otras posibilidades:

Los hombres hacen que parezca que debemos aspirar a tener hijos o morir. Por eso quería morirme cuando perdí a mi primer hijo, porque no estuve a la altura de las expectativas que los varones, mi padre y mi marido, habían puesto en mí; y ahora tengo que incluir a mis hijos varones. Pero, ¿quién creó la ley para que no pongamos esperanza en nuestras hijas? (Emecheta, 1991, p. 277).

Los mecanismos de esta reproducción de papeles aparecen reflejados en todas las novelas con una dinámica que se establece con fuerza entre madres e hijas: “Mi padre dice que haciendo de mamá puedes ganar el paraíso, y es mucho mejor que el dinero” (Diome, 2003, p. 198). Y otro ejemplo de la misma autora: “La llamaban ‘la calabaza rota’, incapaz de contener el porvenir, pues sus siete hijas eran sólo fragmentos de ella misma: ¡sólo chicas! [...] “Alimentar hijas es engordar vacas cuya leche no se tendrá nunca”. O también: “Pastor sin toro acabará sin ganado” (Id, p. 154).

Para el estudio del dominio simbólico que perpetúa una lógica de poder, como es este caso, vuelvo a recurrir a Bourdieu, uno de los autores que más profundamente han tratado el tema y que encuentra numerosos

mecanismos que aunque aplica a las familias burguesas, ayudan a entender la situación:

Como encuentra su principio y las condiciones sociales de su reproducción en la lógica relativamente autónoma de los intercambios, a través de los cuales se garantiza la reproducción del capital simbólico, el dominio masculino puede perpetuarse más allá de las transformaciones de los modos de producción económicos, habiendo afectado la revolución industrial relativamente poco la estructura tradicional de la división del trabajo entre los sexos: el hecho de que las grandes familias burguesas dependan en buena medida, aún hoy en día, de su capital simbólico y de su capital social para el mantenimiento de su posición en el espacio social, explica que perpetúen, más de lo que sería de esperar, los principios fundamentales de la visión masculina del mundo. (Bourdieu, 1992, p. 41).

Esta generación de escritoras abre cambios que, aunque a veces parezcan tímidos y sutiles, abren la posibilidad a transformaciones más profundas. El mejor ejemplo entre estas novelas de los cambios que se operan sobre la identidad de las mujeres en relación a sus hijas, *Mi carta más larga* es quizá la novela que más profundamente trata el tema. Ramatoulaye reproduce en principio muchas de las pautas educativas que se esperan de ella dentro del sistema de dominio cultural de su tierra; pero a la vista de las consecuencias en sus hijas, cuando las sorprende fumando o, y sobre todo, con el embarazo de una de ellas, se abre a la necesidad de renegociar las normas sociales y los principios, admitiendo que una mujer puede tomar la iniciativa de la ruptura (Bâ, 1991, p. 14) “¿Era yo la responsable al conceder un poco de libertad a mis hijas?” (Id., p. 119). Su posición en este tema pasa por muchos estados diferentes: desde la indignación por el “robo” de la virginidad, la necesidad de disimular el embarazo, el sentimiento de vergüenza y el afecto que termina dominando la relación.

Las hijas y las madres desarrollan relaciones de conflicto que, por encima del tema que las suscita, a menudo familiar, evidencia el enfrentamiento entre la tradición y la modernidad: “Las bases más profundas de nuestra sociedad actual están socavadas, divididas entre la atracción de vicios importados y la resistencia tosca de viejas virtudes” (Id., p. 113). El cuestionamiento de Ramatoulaye supera el sistema de

reproducción cultural que se registra en innumerables sociedades y sobre el que existe un rígido control en el caso de las que viven una cultura de tradición musulmana. Camille Lacoste-Dujardin ha realizado una de las investigaciones más esclarecedoras sobre el tema en su libro *Las madres contra las mujeres. Patriarcado y maternidad en el mundo árabe*, donde refleja cómo el discurso de poder patriarcal ha calado en las mujeres, que ven la única oportunidad de promoción de sus hijas en el acatamiento de esa lógica, a pesar de sus costes: “Si las madres, con esta iniciación a la servidumbre, esperan de buena fe preparar a sus hijas para soportar su futura condición de oprimidas, en realidad funcionan como agentes del dominio masculino del que se convierten en cómplices” (1993, p. 73).

El refuerzo social de la patrilinealidad supone el control estricto de la fecundidad femenina, la prohibición absoluta de las relaciones fuera de matrimonio (en algunas zonas concretas se llega a castigar con la lapidación) y el alto valor de la virginidad, que tiene carácter de hecho social ya que es la familia la responsable de su conservación (Id., p. 77). Esta estrategia obliga a unos patrones educativos que anulan la resistencia: “La pasividad es la aliada objetiva de la inculcación de la ideología patrilineal. El honor de la familia reclama la negación de un posible deseo individual ante un interés colectivo” (Id., p. 80). Pero frente a la idea generalizada, esta no es una característica exclusiva de las sociedades musulmanas, Carmen Gregorio (1998) también lo ha detectado y lo refleja en su estudio *Migraciones de género* en otro contexto, en el que los estudios de caso están centrados en la migración dominicana a España:

En el proceso de socialización los comportamientos sexuales de hombres y mujeres son diferenciados desde edades muy tempranas. Así, por ejemplo, las niñas son continuamente reprimidas cuando muestran conductas corporales ausentes de recato y pudor. Por el contrario los niños son estimulados a que muestren su sexo y sus capacidades sexuales, enseñándoles movimientos corporales relacionados con la cópula desde edades tempranas. (Gregorio (1998, p. 110).

Camille Lacoste-Dujardin (1993) resalta el papel que la religión musulmana juega para mantener este sistema cultural, pero lo relativiza ya que no es exclusivo, como hemos visto en las referencias anteriores:

La religión cristiana, otra religión adoptada en sociedad patriarcal, ¿no ha desposeído también a la mujer de su poder creador? Según ambas religiones, sólo Dios tiene el poder de concepción; según ambas religiones, la mujer más digna de la consideración masculina, e incluso del culto, es virgen. En ambas religiones, la función procreadora y la función sexual están disociadas, y una está sacrificada a la otra, pero a la inversa. La virgen María es una Santa Madre, y la inmaculada concepción la dispensa del pecado sexual [...] Tanto en una religión como en otra, es como si una de las dos funciones femeninas fuera exclusiva de la otra; es como si los hombres son pudieran aceptar que las mujeres asumiesen al mismo tiempo las dos funciones que las hacen indispensables para los hombres, y sólo eligieran una de las dos, obrando de modo que no puedan acudir a ningún contrapoder. De este modo, los hombres sueñan con liberarse de las mujeres, los cristianos condenando la sexualidad y erigiendo la castidad en virtud, los musulmanes dando a las mujeres rango de objetos de consumo de los hombres, al mismo nivel que la fruta, la sombra fresca y el agua corriente (Lacoste-Dujardin, 1993, p. 169).

El resultado de este sistema —en el que el discurso, la práctica y el control social se refuerzan— es que las madres cumplen a la perfección la encomienda que la sociedad les asigna: la reproducción, y no ya sólo en su función económica sino también respecto a la transmisión de pautas culturales, del patriarcado o también de la pobreza. Cualquiera de estos sistemas logran su reproducción a través de la educación, gracias a la intervención de las madres que desarrollan el modelo a la perfección y asumen que fuera de la lógica de patrilinealidad, de asumir los intereses del colectivo por encima de los individuales, no hay ninguna posibilidad de un plan propio de vida para sus hijas, que quedarían marcadas por la exclusión social.

Pero, como decía, estas novelas aportan claves de un cambio singular que se produce paulatinamente por el cuestionamiento del sistema en cuyo blindaje se han abierto brechas. La reconfiguración identitaria de la madre se refleja, en el caso de *Mi carta más larga*, también en el tema de la sexualidad: “No quería dar a mis hijas el arma de la inmunidad del placer. El mundo está al revés. Antiguamente las madres predicaban la castidad. Sus voces autorizadas estigmatizaban cualquier ‘episodio’ extra-conyugal” (Bâ, 1991, p. 136). De hecho, la protagonista

Ramatoulaye es la que más abiertamente habla del deseo, trasgrediendo la norma social de pasividad y timidez con que se educa a las mujeres: “Todo en mí consentía” (Id., p. 27), mientras que los personajes de otras novelas como Ona en *Las delicias de la maternidad* llega a negar sus propios deseos: “Ella quiso gritar para dejar salir el ardor de su cuerpo ¿Cómo podía traicionarla su propio cuerpo?” (Emecheta, 1991, p. 39).

A pesar de esta apertura, todavía se mantiene el sistema que encuentra una nueva encrucijada cuando se inicia la aventura migratoria; la reproducción de las pautas sociales a las que se han entregado las mujeres cumpliendo fielmente el cometido que les fue asignado, también juega en su contra. La migración supone, en la mayoría de los casos, como en *Más allá del horizonte*, el abandono de sus hijos —por el que sienten una gran culpa— mientras, en muchas ocasiones, se encargan de la descendencia de las mujeres de la sociedad de acogida para hacer frente a sus necesidades económicas:

Quando son los hombres los que emigran y dejan a sus familias en el país de origen, se asume que siguen cumpliendo su rol de “cabeza de familia”; sin embargo, cuando se trata de las mujeres, deben soportar el estigma y la culpabilidad de no poder hacer frente a sus obligaciones reproductivas. Se enfrentan a la ambigüedad de que ser una “buena madre” es procurar el sustento económico para la familia y, al mismo tiempo, estar cerca de sus hijos. Pero la internacionalización de la reproducción supone nuevas formas de entender la maternidad no sólo en las sociedades de origen sino, lógicamente, también en las de destino. (Parella, 2003, p. 131).

De hecho, la migración es una oportunidad en la que las mujeres se cuestionan el modelo educativo que han recibido, pero que también tiene un enorme impacto en las sociedades de origen cuando los hombres ven cómo ellas cambian sus actitudes. El blindaje sobre el que se sustenta la patrilinealidad no admite cambios porque afectan a sus estructuras:

Ahora bien, cuando el cambio amenaza con hacer estallar las estructuras del patrilineaje, cuando otros modelos presentan posibilidades diferentes, perspectivas diferentes, cuando un poder superior cuestiona las virtudes de la procreación al servicio del patrilineaje y el mecanismo tan bien engrasado se ve

afectado, aparecen contradicciones que cuestionan papeles hasta entonces no cuestionados, revelando sus efectos que pasan a ser perniciosos” (Lacoste-Dujardin, 1993, p. 141).

Esta investigadora explica de qué forma el modelo necesita reforzarse y ofrece toda su resistencia al cambio, de forma que se transforma en un sistema integrista, rígido e implacable apoyado en la religión y los sistemas políticos: “La corriente política y religiosa islamista se alimenta del conservadurismo de resistencia que, en otros tiempos, sirvió para defender unas identidades amenazadas. Actualmente, y por lo que se refiere a las mujeres, alimenta fidelidades al modelo tradicional de la madre-ante-todo” (Id., p. 270).

En estas tensiones, entre el cuestionamiento del modelo —la lucha contracorriente— y la reproducción de las pautas, estas mujeres se enfrentan, tras la migración, a un sistema social en el que además se mueven de nuevo en la misma disyuntiva. Su integración en países occidentales supone en muchos casos la renuncia a su cultura de origen que la sociedad de acogida censura:

En este sentido, cuando las mujeres de países en vías de desarrollo migran a países occidentales, para adquirir un estatus como ciudadanas se les exige renunciar a su cultura de origen. Desde esta perspectiva se vuelve a ofrecer una igualdad pero desde la homogeneidad, ocultando las demandas de mujeres de otras minorías culturales o sin niveles académicos, poniendo obstáculos y barreras a su inclusión social” (Puigvert y Redondo, 2005, p. 210).

3.7. La educación de las niñas

La educación se convierte en una referencia constante a lo largo de la epístola que escribe Ramatoulaye en *Mi carta más larga*, con comentarios en los que se deja ver la mentalidad dominante de la sociedad frente al derecho de las mujeres a acceder a la educación —“no hay que forzar la instrucción de la mujer”—, los contrastes entre las tradiciones y la educación en el mundo que les rodea, penetrado por otras lógicas disuasorias del pasado. La mención al papel de la instrucción en el caso de su amiga Aïssatou —“los libros fueron los que te salvaron; se convirtieron en

tu refugio y te apoyaron” (Bâ, 1991, p. 54)— se hace en tono de admiración.

Para Asunción Varo (2005, p. 86) este es uno de los temas fundamentales en las novelas de muchas de estas escritoras, pero las referencias son en muchos casos contradictorias, a diferencia de cómo se plantea la cuestión de la formación en el caso de los hijos varones. Por ejemplo, en *Las delicias de la maternidad* (Emecheta, 1991, p. 259), la protagonista hace planes sobre sus hijas: “Las gemelas tendrán que dejarlas para ayudarme con la casa y con el negocio. Si tienen suerte, también irán al colegio cuando vuelva vuestro padre. No hace falta que se queden mucho en el colegio, sólo uno o dos años más”. No es, sin embargo, una postura constante, sino que se plantea de forma contradictoria, pudiendo encontrar en un mismo diálogo reflexiones opuestas: “Estoy empezando a pensar que hay un futuro para las mujeres con estudios [...] Lo más importante para ellas es conseguir buenos maridos” (Emecheta, 1991, p. 281). En realidad, este último pensamiento es el que está más próximo a la mentalidad de la protagonista Nnu Ego, que es incapaz de trascender su papel tradicional de madre de hijos varones, sin el cual se siente *fracasada* (Id., p. 100): “En cuanto a mis hijas, tendrán que aprovechar sus propias oportunidades en este mundo” (Id., p. 251). Mariama Bâ (1979, p. 132) es, de las cuatro escritoras, la que en más ocasiones defiende la necesidad de la formación para las mujeres, incluso frente a la función tradicional de madre: “Su hija Aïssatou volvió a clase después de tener a su bebé”.

Para analizar si la educación y, sobre todo, la educación de las niñas es el remedio contra la reproducción del discurso, he buscado datos que lo corroboraran. Para UNICEF (2003), la educación de las niñas se convierte en el principal motor de desarrollo en todos los países de África Subsahariana, pero los índices dibujan una situación bien diferente: 62 por ciento de los niños y 57 por ciento de las niñas¹⁴, con cifras que muestran que la brecha aumenta conforme el nivel educativo es superior. La perspectiva integradora y social de las mujeres en su acción y comprensión de la realidad lleva a resultados que para UNICEF suponen el freno a la pobreza, el SIDA y otras cuestiones básicas relacionadas con la salud, así como frente a la mortalidad infantil. Pero además se genera una economía más solidaria. Una mujer adulta con formación —que ha sido una niña con educación de calidad— tiene como resultado en la inmensa mayoría de los casos una familia en la que todos los miembros reciben educación y

¹⁴ Datos de UNICEF (2003).

formación. Por eso, Naciones Unidas considera esencial fomentar la igualdad en el acceso a la educación si se quieren lograr los objetivos de mejora de las condiciones de vida y de reducción de la pobreza.

La estructura patriarcal de estas sociedades fomenta la escolarización entre los varones así como excluye de la formación de más nivel y calidad a las mujeres. El resultado está en la reproducción de prácticas tradicionales y el empobrecimiento económico y moral de estas tierras:

La carga que supone la pobreza se transmite de madres a hijas en generaciones sucesivas; y lo peor es que la salida de esta situación resulta verdaderamente difícil para ellas por la imposibilidad de conseguir un empleo. De este modo, la transmisión de la pobreza se convierte en muchos casos en un círculo vicioso” (González, 2001, p. 104).

3.8. Grupo doméstico

Del análisis transversal también surgen otras revisiones relacionadas con los temas clásicos en la narrativa africana; entre estas dimensiones, destaca el tema paradigmático de la familia: “Son todas las familias, ricas o pobres, unidas o rotas, premeditadas o improvisadas, las que constituyen la nación. El éxito de una nación pasa por tanto, irremediamente por la familia” (Bâ, 1979, p. 140). El discurso hegemónico refuerza a diario en las olvidadas tierras de África esta institución, que es la que justifica la división sexual de tareas y somete a la mujer a su condición excluyente de madre. Los cambios de la sociedad africana con el colonialismo y el poscolonialismo han tenido un gran impacto en la familia, una institución fundamental de solidaridad en las sociedades africanas.

Desde la antropología y la sociología surge un criterio de análisis que repercute en la visibilización del trabajo femenino, en su valoración y cuantificación económica. Se trata del concepto grupo doméstico que se ha convertido en esencial a la hora de estudiar las migraciones a pesar de que, como señala Carmen Gregorio, se ha simplificado a la hora de aplicarlo en este campo:

La utilización del grupo doméstico como unidad de análisis nos va a permitir, por un lado, tomar en cuenta con toda su importancia la reproducción —que había sido olvidada desde los enfoques anteriores— y por otro incluir las relaciones ideológicas de género que aparecen dentro del grupo doméstico. Ambos aspectos son claves para el estudio de las migraciones desde un enfoque feminista. Sin embargo, gran parte de los desarrollos teóricos de esta perspectiva han olvidado este último aspecto, al incluir en la definición de grupo doméstico sólo las relaciones materiales de producción y reproducción. (Gregorio, 1998, p. 32).

Verónica Sassen (2003: 70) califica el trabajo femenino de *invisible* que, a pesar de que ha permitido soportar la *modernización* de la economía en muchas zonas del mundo, los estudios lo han tratado como un sector de subsistencia que sólo el feminismo ha permitido aflorar.

Visto desde los factores de expulsión a la migración, la familia es un elemento fundamental. Para Ribas (2005, p. 105), la ideología familiar es un criterio esencial para aplicar a la estructura de los movimientos migratorios, que a la vez legitima la movilidad femenina, mientras que Parella (2003, p. 99) lo considera un elemento determinante: “La necesidad de mejorar la renta familiar es probablemente el principal determinante de las migraciones femeninas”. En este aspecto coincide con Sassen (2003, p. 74) cuando mantiene que “el trabajo de ‘las mujeres y los inmigrantes’ ha reemplazado a la categoría fordista del salario familiar”. Pero Parella (2003, p. 101) también sintetiza otras teorías que interpretan el cambio migratorio como una posibilidad de autonomía y movilidad social, como una ruptura de las relaciones familiares o como una transferencia de las relaciones patriarcales de una comunidad a otra.

El trabajo reproductivo es un ámbito en el que ya se registra tradicionalmente su explotación sistemática a través de una serie de pautas que describe Martín Casares (2006, pp. 204-205) centrándose en el trabajo de Tabet: por una parte, privando a la mujer de la gestión de las condiciones de trabajo (bien por la imposición de la pareja, bien por el tiempo que se dedica al trabajo o por su ritmo); también, al imponer al producto final o la legitimidad, las características étnicas o genéticas, el sexo deseado; mediante la expropiación simbólica de la capacidad y el trabajo reproductivo (cuando se asemeja a la mujer con la tierra pasiva); y, por último, expropiando el producto al agente reproductor.

La propuesta de Carmen Gregorio (1998, p. 38) permite el análisis de la situación a través del grupo doméstico, lo cual obliga a conceder importancia a aspectos invisibles: de una parte, el simbólico, que establece diferente valor para los espacios público y privado, que da categoría de subalterno al trabajo femenino y garantiza los mecanismos de control. De otra parte, las relaciones internas de poder en el propio grupo doméstico, en las que se apoya el desigual acceso a los recursos, la toma de decisiones y el mantenimiento del prestigio y la autoridad. Un tercer aspecto condicionado por la migración es la actitud con la que se comprende esta situación, que puede llegar a interpretarse, cuando se trata de migración femenina, de abandono del hogar, pero que pasa también por el control sexual y de comportamiento social influido por la nueva sociedad. Además, es definitiva en el esquema la actitud ante la maternidad y la paternidad y en cuanto a la solidaridad interna del grupo doméstico. Por último, Gregorio (Id., pp. 32-38) añade la clave transnacional, ya que de la interrelación e interconexión de los dos mundos surge el cuestionamiento de todo el sistema, una nueva realidad.

3.9. División sexual del trabajo

La migración permite a muchas mujeres establecer un cambio importante en sus expectativas laborales ya que, en muchos casos, rompe el criterio de la división sexual del trabajo si lo analizamos desde el punto de vista del grupo doméstico, o sea, desde la oferta. Sin embargo, hay elementos definitivos que condicionan también este acceso laboral en la sociedad de acogida, donde las pautas discriminatorias se mantienen y de nuevo, pero ahora asalariadas, asumen tareas reproductivas en hogares ajenos: “La inserción de las mujeres en el mercado de trabajo internacional no depende exclusivamente de la demanda, sino que en ella están también implicadas las relaciones materiales e ideológicas referidas a la división sexual del trabajo” (Gregorio, Id., pp. 257-258). Un aspecto en el que coinciden muchos autores: “Lo que viene sucediendo es que *este trasvase de las tareas reproductivas de una mujer hacia otra reproduce los sistemas de división sexual del trabajo*” (VV. AA., 2004, p. 60).

La migración es una oportunidad para descubrir cómo muchos de los factores que he mencionado a lo largo de estas páginas condicionan la división sexual del trabajo, ya que se trata de una construcción social universal en la que “la forma que adopta varía significativamente de una sociedad a otra” (Martín Casares, 2006, p. 189). Este factor permite un análisis transnacional de la cuestión, siguiendo a la antropóloga Carmen

Gregorio (1998) (quien estudia las migrantes dominicanas pero que ha elaborado un esquema de análisis que es extrapolable a otras sociedades). Gregorio defiende que es un rasgo que se mantiene de forma muy consistente en los grupos domésticos. Incluso en el caso de que las mujeres migrantes se conviertan en el principal sustento de su familia, los hombres se siguen manteniendo alejados de los trabajos relacionados con la reproducción de forma que se produce una encrucijada discriminatoria en la que tanto en la comunidad de origen como en la receptora el perjuicio contra las mujeres se mantiene.

En el fondo de la cuestión se puede detectar que es un elemento discursivo e ideológico el que condiciona la percepción del trabajo de las mujeres, que se recibe como una *ayuda*, un argumento este que sirve para frenar la participación de ellas en la toma de decisiones dentro del grupo doméstico, así como para limitar su acceso a lo público. Fruto de esta mentalidad, son los hombres los que en muchos casos reciben las remesas o el beneficio económico de la incorporación de la mujer al trabajo asalariado; esto supone, según defiende Carmen Gregorio (1998, p. 266), que esos hogares están peor administrados, ya que los hombres suelen destinarlo en mayor medida a gastos personales, mientras que las mujeres tienen un concepto más social y familiar de la administración de su dinero. También lo menciona Sassen (2003, p. 103).

Por parte de estas mujeres se produce también un proceso de reflexión y comparación cuando llegan a su destino migratorio, donde posan su mirada crítica en aspectos relacionados con la división sexual del trabajo dentro del grupo doméstico, la relación de poder dentro de la pareja, el poder de decisión dentro del grupo doméstico, su rol como trabajadoras fuera de sus hogares, la autonomía financiera, las pautas reproductivas, la relación conyugal, la participación en la sociedad y las relaciones sexuales (Id., pp. 253-255). Son cuestiones que, en su observación, abren posibilidades transformadoras ya que reflejan una organización social y otros mundos posibles. Sin embargo, se mantiene el control sexual de las mujeres de la comunidad, que reciben el rechazo de familiares y sociedad de origen al detectar las transformaciones que su inserción en la sociedad de acogida ha supuesto para sus hábitos.

La cuestión, observada desde el lado de la demanda, se convierte de nuevo en un sistema de exclusión, que en las sociedades de acogida se concreta en la falta de recursos asistenciales, la desregularización del mercado de trabajo (a veces incluso también en la sociedades opulentas) y la misma estructura de división sexual del trabajo. Se crea así un mercado laboral étnico para las migrantes:

Los bajos salarios ofertados están en relación, a su vez, con niveles de renta de los empleadores situados en el arco de las clases medias, cuya capacidad de consumo no es tan elevada como para remunerar de forma adecuada a su empleada. Asimismo, también la empleadora está a menudo sujeta a condiciones de flexibilización y disponibilidad en su propio empleo, de manera que lo que se produce es una repetición o trasvase de estas condiciones a su empleada (VV. AA., 2004, p. 59).

CAPÍTULO 4

FEMINISMO Y GÉNERO

4.1. Antropología del género

El análisis de género se ha mostrado, junto al de la sexualidad, especialmente eficaz para desarticular la realidad y desmontar distorsiones. Son por tanto formas de desentrañar las omisiones, los sesgos y las construcciones simbólicas, ya que el género tiene la capacidad de atravesar diferentes campos de conocimiento y hacer aflorar otras realidades fruto de la nueva mirada. Blanca Cabral (2000, pp. 64-65) desmenuza cada uno de estos campos que van desde la experiencia de vida, el análisis crítico o la metodología.

Por tanto, tenemos una perspectiva especialmente esclarecedora para considerar la situación de estas mujeres, dado que las pautas opresivas se reproducen en lo global y es la antropología de género la que nos muestra un análisis de las construcciones sociales que justifican este estado de situación. Se trata de un campo que se resiste a la deconstrucción de forma especialmente significativa, tal y como ha destacado Aurelia Martín Casares:

Actualmente, en mayoría de las corrientes antropológicas, la raza cuando menos, se debate, si no se niega, mientras que el sexo (y el dimorfismo sexual) apenas se discute como entidad estrictamente biológica y prácticamente no se niega; desde luego, no existe ninguna intención de suprimirlo del vocabulario [...]. Esta persistencia nos lleva a preguntarnos: ¿son más necesarias las diferencias de género en las sociedades de clases para el mantenimiento del orden social y, por ello, más difíciles de reconstruir? Probablemente, la deconstrucción del sexo sea muchos más perturbadora que la deconstrucción de la raza. (Martín Casares, 2006, p. 214).

Incluso la propia antropología fue en su mayoría androcéntrica de una forma abrumadora hasta los años ochenta del siglo XX (Stolke, 1996, p. 336), y sólo tras la segunda guerra mundial incorporó tímidamente algún

estudio de género, centrado en algunas comunidades africanas como Rhodesia o Camerún. Los primeros estudios de la antropología de género se desarrollaron precisamente en lugares que habitan algunas de las mujeres de las que se ocupa este estudio, como Nigeria. Dos pioneras de la antropología de género —en principio sólo se encargaron de este asunto las mujeres antropólogas—, Mary Smith y Laura Bohannan, se ocuparon de pueblos de este país como los hausa y, especialmente, en la zona norte, donde se registraban condiciones sociales y culturales similares a las que nos han descrito nuestras novelistas. Es curioso señalar que Bohannan optó por novelar su experiencia —se publicó bajo el seudónimo Eleonore Smith Bowen: *Return to Laugther: An Anthropological Novel*, en 1954—, a la vista de sus dificultades para deshacerse de la carga emocional que le había aportado esta experiencia; un ejemplo del desprecio con el que el mundo científico trataba lo subjetivo y lo emocional.

Desde la década de los ochenta del pasado siglo, cuando comienza a tomar cuerpo la disciplina, su evolución ha sido imparable, hasta el punto de que Martín Casares (2006) repasa la transformación del concepto género en los últimos veinte años a través de cuatro rupturas: la de la identificación entre sexo y género; la de la dualidad genérica, la de la dualidad sexual y, por último, la que se ha producido en torno a la heteronormatividad. Y ése es el contexto actual a la hora de analizar el género a través de las relaciones, la estratificación, los roles, la identidad y la generización. Todo un trabajo para combatir los esquemas de dominio simbólico que permiten la exclusión:

Las simbolizaciones humanas persiguen generalmente la estabilidad de las jerarquías y el orden social imperante. Los símbolos de género nacen con una intención y un propósito determinados, que suscitan sentimientos y provocan comportamientos; no se trata de una mera forma de nombrar la realidad. Precisamente, la simbolización binaria, en forma de oposiciones, es una de las más simples porque restringe, simplifica y oprime el pensamiento humano. (Martín Casares, *Id.*, p. 231).

De esa epistemología y de esa realidad surge una situación que precisa explicación, ya que su diagnóstico es enormemente desigual. Martín Casares (*Id.*, p. 256) recoge estos datos sobre la población mundial:

A pesar de que las mujeres representan más del 50 % de la población mundial, aportan una tercera parte de la fuerza laboral oficial y cumplen con dos tercios de todas las horas de trabajo, poseen menos del 1 por 100 de las propiedades del mundo y reciben sólo una décima parte de los ingresos mundiales. (Martín Casares (Id., p. 256).

Pero son situaciones que no afectan a todas las mujeres por igual; como siempre, la realidad se hace más dura en contextos de pobreza, de exclusión, donde los dominios simbólicos operan sin un aparato crítico.

En la literatura, también la perspectiva de género permite una lectura de los textos que lleva a conclusiones sobre la posición relativa de las mujeres migrantes a la vista de la experiencia en los dos mundos. Asunción Aragón lo ha recogido de esta forma:

Así, las protagonistas de sus novelas se deben enfrentar al choque cultural que supone el desencuentro entre las culturas occidentales y las autóctonas africanas durante el periodo colonial, pero al mismo tiempo a las contradicciones y aporías que se desprenden de su situación como unas mujeres que deben responder, por una parte, a las exigencias de la tradición africana y por otra, a las nuevas demandas y normas que la sociedad poscolonial introduce en la cultura africana (Aragón, 2005, p. 71).

Tanto es así que el impulso de la migración y la globalización permite una revisión de la familia y de las posiciones relativas de las mujeres, tal y como Miampika entiende cuando habla de la desestructuración familiar como consecuencia del cuestionamiento del patriarcado (2005, pp. 25-26): “La experiencia en ámbitos urbanos o en Europa modifica la percepción de los valores familiares tradicionales y permite encarar de otros modos la confrontación de la alteridad hombre/mujer”.

La sociedad de origen de estas mujeres migrantes es, como he repetido en ocasiones anteriores, de patrilinealidad como un valor excluyente y de dominación masculina. Una realidad que opera con tanta fuerza y tanta insistencia que no es de extrañar que el hombre ocupe un lugar destacado en los relatos de estas novelistas y, todavía más, en una etapa anterior. Son historias con las que quieren debatir sobre su condición

en la búsqueda de un nuevo lugar para el reconocimiento. Por ello, la cuestión más recurrente es su relación con el hombre, ya que de ella depende dentro de las culturas de origen su propia identidad y su valor social. Incluso después de la experiencia migratoria, cuando alguna de estas mujeres se replantea su identidad, lo hace invocando al marido: “¿Por qué no podía asumir el control de mi propia vida si en definitiva era casi una mujer sin marido?” (Darko, 1991, p. 165). El lenguaje de esta mujer muestra los daños en la autoestima de las personas estigmatizadas, ya que, a la vez que invoca al marido, se minusvalora introduciendo el adverbio casi al referirse a sí misma.

Díaz Narbona (2005, p. 52) considera que se trata de una de las principales características de esta literatura. “El universo que reflejan es un mundo de mujeres aunque construido por hombres. La realidad es descrita desde una óptica violentamente comprometida contra el sistema”. La llegada de las mujeres a la narrativa africana permitió un nuevo camino que en ocasiones se ha criticado por considerarse marcado por que la relación recurrente con el hombre. Para Verónica Pereyra (2002), sin embargo, no se trata de un tema principal, además de que está justificado pues se utiliza como un vehículo para la denuncia.

4.2. Los feminismos

Años después del inicio de los movimientos feministas en diferentes lugares del planeta, la crítica permite cuestionar muchos de los supuestos y enfrentamientos tradicionales de la lucha de las mujeres desde diferentes premisas con el objetivo de unificar criterios. El feminismo occidental ha tenido que revisar sus supuestos a nivel global (Mignolo, 2000, p. 393), y, en la medida de lo posible, desprenderse del etnocentrismo de su enclave cultural, que a lo largo de las últimas décadas ha desencadenado las críticas del feminismo negro: “Nosotras, tan acostumbradas a ser ‘las otras’, descubrimos que hay ‘otras’, y son todavía más subordinadas, y si no lo remediamos, serán subordinadas también frente a nosotras” (Zabala, 2006, p. 121). De esta forma, Zabala reivindica un feminismo liberador que se origina en la exigencia de los derechos de todas las mujeres sea cual sea su origen y nacionalidad.

Pero para las feministas negras, el análisis del feminismo occidental se ha apoyado en una distancia de los problemas de otras mujeres que ha impedido su evolución: “Su aislamiento respecto de grupos de mujeres de otra clase y raza les impidió tener una base comparativa inmediata con la

que poner a prueba sus presupuestos básicos sobre la opresión común” (hooks, 2004, p. 39). El sesgo se mantiene en muchos contextos, e incluso cuando se trata de desarticular el patrón, es frecuente que en muchos casos los protagonistas sean las mujeres blancas y los hombres negros. En ellos, según hooks (Id., p. 49), se entrecruzan sistemas de opresión, el racismo y el sexismo, contra los que los movimientos de liberación no han operado en simultáneo.

La síntesis de Zabala (2006, p. 130) indaga en los aspectos convergentes de los feminismos en su trabajo de deconstrucción de algunas realidades comunes a todas las mujeres:

Podemos llamarla opresión de género, discriminación sexista, dominación patriarcal, subordinación de las mujeres, predominio de los hombres, o de infinidad de maneras; y quizá no estaremos de acuerdo en todo su contenido, ni en su extensión, ni en sus manifestaciones concretas, pero la evidencia no deja lugar a dudas: en cualquier parte del mundo las mujeres están inferiorizadas respecto a los hombres, por ellos mismos y para su beneficio”.

Los temas universales, a juicio de esta investigadora, son los que han motivado las marchas mundiales de mujeres de 2000 y 2005: la violencia y la pobreza, cuya generización condiciona la vida de millones de mujeres en el mundo. Sin embargo, la propuesta de Zabala está falta del reconocimiento del contexto como un elemento esencial que condiciona la intensidad de estos agravios sobre las mujeres, ya que esas realidades no operan de la misma forma en mundos opulentos que en los empobrecidos de la periferia.

Resulta desde luego interesante comprobar que cada una de estas lacras tiene su origen en la dominación masculina que apoya el patriarcado: la pobreza se origina en la división sexual del trabajo, y la violencia, en la apropiación del cuerpo de las mujeres. La dinámica patriarcal se ha expandido impregnando en muchos casos no sólo a los individuos en la lógica de género sino que ha alcanzado a todo tipo de instituciones —empresas, estados, organizaciones no gubernamentales, iglesias fundamentalistas—, que tratan de dirigir el debate sobre cuestiones como la natalidad.

Y es que las mujeres del Tercer Mundo han vivido la experiencia de la aplicación de criterios y lógicas de forma impositiva, llegadas de más allá

de sus fronteras, que reproducen sistemas de dominio: “Algunas discusiones previas sobre el colonialismo, el capitalismo y las prácticas estatales, sugieren que las prácticas de gobierno, coloniales, imperialistas, sexistas y racistas de los Estados Unidos, están ofuscadas por la retórica y la ideología de la Democracia” (Alexander y Mohanty, 2004, p. 166). La ideología de la democracia, contradictoriamente, también desarrolla sus exclusiones porque responde en realidad a los intereses capitalistas y del libre mercado, contra los que también han desarrollado una actitud crítica ya que el modelo siempre supone un retroceso en sus condiciones de vida.

Por eso, frente a esta posición se registra una crítica no limitadora ni basada en oposiciones binarias:

Cuando desde el movimiento feminista más universal se están reivindicando los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, no se está hablando de igualdad, ni de equiparación a los derechos de los hombres, ni siquiera de reformulación de unos derechos ya tenidos por los hombres. Se está hablando del derecho al propio cuerpo, a la propia sexualidad, a la decisión de maternidad en toda su extensión, que está siendo negado de forma constante. Esta formulación tiene que atravesar la situación y el reconocimiento expreso de la realidad que viven las mujeres cuando son agredidas por los hombres, o cuando su capacidad reproductiva es negada por las instituciones o por los diferentes poderes. (Zabala, 2006, p. 133).

Esta misma autora (Id., p. 134) propone la fórmula conocer, reconocer y reconocerse; una mecánica que, aplicada a las mujeres individual o colectivamente y en diferentes lugares del planeta, permitiría superar las limitaciones en la comprensión de todos los feminismos.

Por ello, resulta interesante analizar el último documento gestado por el feminismo mundial con objetivo integrador en la Declaración del VI Encuentro Internacional de la Marcha Mundial de las Mujeres:

Nosotras luchamos por erradicar la pobreza y la violencia y por la construcción de un mundo basado en la libertad, igualdad, justicia, solidaridad y paz. Unimos nuestras fuerzas para contrarrestar la impunidad, las intervenciones y agresiones extranjeras y para lograr nuestra soberanía alimentaria.

Actuamos en alianza con otros movimientos sociales, que como nosotras, están resistiendo y tomando acciones en todos los rincones del mundo. Nosotras creemos que es posible crear este mundo.

Para las mujeres, esta globalización neoliberal y patriarcal se traduce en un retroceso en todas las esferas de su vida, tanto en lo público como lo privado. Se vive un aumento del sexismo, de los fundamentalismos religiosos, del conservadurismo, de la xenofobia y del racismo. Los derechos sociales, sexuales y reproductivos que las mujeres han logrado en los últimos años, por ejemplo el acceso legal y seguro al aborto, están siendo cuestionados en varios estados. Las mujeres tienen cada vez menos acceso a obtener un trabajo digno, de justa remuneración, mientras continúan haciendo el trabajo doméstico. Se incrementan las discriminaciones contra las lesbianas, mujeres migrantes, mujeres que viven con incapacidades de todo tipo y contra otras mujeres marginadas. La pobreza de las mujeres aumenta, incluso dentro de los países llamados "ricos" (Declaración, 2006). La Declaración de Mujeres de 2006 sirvió, además, para denunciar feminicidios y la utilización del cuerpo de mujeres como mercancía, terreno de batalla y botín de guerra, dando un muy buen diagnóstico de la situación de las mujeres en muchos lugares del planeta.

Tenemos por tanto que de ese encuentro, el de mujeres de distintos feminismos y sometidas a diferentes exclusiones, surgen voces que denuncian temas permanentes de opresión de la mujer sobre los que la globalización ha actuado todavía de forma más intensa. El modelo propuesto ahora es transformador y también integrador ya que, según McDowell, se trata de un nuevo conjunto de relaciones sociales y formas de representación.

Se vislumbra un futuro que no dependerá de las distinciones binarias y jerárquicas; un futuro que no será el mundo blanco, masculino, colonial y capitalista que soportamos en el presente, ni tampoco la lucha constante contra él, pero debe ser un mundo más complejo y fluido, con posibilidades de eludir y transgredir las antiguas divisiones" (McDowell, 2000, p. 323).

La propuesta de Carmen Gregorio Gil (2000, p. 15) pasa por apoyar la diversidad y la diferencia cultural. Incluso, hay autoras que defienden una nueva construcción del mundo a partir de los postulados feministas como un sistema integrador e igualitario: "La liberación de la humanidad como una feminización del mundo, de tal manera que el aporte femenino

no sólo sirve a la mujer sino también al hombre; se asocia con la no violencia creativa, trasciende las posiciones de género” (Novo, 2003, p. 13). Pero, incluso en este terreno, hay una reconstrucción por parte de otras excluidas que promueven la integración del feminismo poscolonial desde un planteamiento diferente, vinculando las practicas feministas en lo local con procesos trasnacionales más amplios, con mirada desdcentralizada que olvide la construcción periférica del Tercer Mundo (Karakola, 2004, p. 14).

Como punto de partida para el cruce de fronteras dentro del feminismo, al que dedicaré las próximas páginas, podemos recordar que Naciones Unidas reconoció en su informe sobre desarrollo humano de 1995 que “no hay actualmente ninguna sociedad donde las mujeres dispongan de las mismas oportunidades que los hombres”. Además, la evolución de los feminismos acerca un punto de vista en el que las relaciones sociales tienen un enorme impacto en la vida de las mujeres en función de su posición en las estructuras de poder (Maquieira, Gregorio y Gutiérrez, 2000, p. 433). El generalizante concepto de mujer, de origen marcadamente biológico, tiene que abrir paso a una galería completa de matices de situaciones sociales y geográficas que las aprisionan. De alguna forma, las corrientes feministas, tanto las intelectuales, blancas o negras, como las cotidianas y sencillas responden en su conjunto a esta necesidad y, en ocasiones, coinciden en sus planteamientos desde puntos de partida distintos, mientras que en otras se posicionan enfrentadas para encontrar respuesta a las diferencias. La síntesis, de momento, parece que se encuentra en el feminismo dialógico al que dedicaré también un apartado.

4.3. Feminismo occidental

Con la literatura de esta generación de escritoras de los 80, se alcanzan criterios propios frente al análisis del feminismo occidental y se buscan posiciones adecuadas a los planteamientos de las y por las mismas mujeres africanas. Hay ejemplos en estas novelas de cómo se reciben los mensajes liberatorios del feminismo en los personajes de mujeres de los relatos: “Le gustaba pasar horas y horas hablando con su dulcinea de las grandes figuras históricas que mantuvieron algún tipo de resistencia, incluida la del feminismo. Era pues natural que Sankèle, aunque analfabeta, hubiera adquirido el sentido de la rebeldía” (Diome, 2003, p. 36); o bien: “Las irreversibles corrientes de liberación de la mujer que sacuden al mundo no me dejan indiferente. Esta sacudida que viola todos los sectores, revela e ilustra nuestras capacidades” (Bâ, 1979, p. 139).

Dos de las novelas de esta selección, publicadas originalmente en 1979, se pueden encuadrar en esta corriente. *Mi carta más larga* y *Las delicias de la maternidad* son prototipos de la expresión de mujeres en el proceso de liberación de la dominación masculina, parten de una lógica propia y diferente de las fórmulas feministas occidentales. Las dos narraciones presentan algunas coincidencias, comparten experiencias y vida en nombre de las demás, y mientras tanto revisan su papel en las sociedades de origen.

En África, para luchar contra su doble opresión, la mujer busca posiciones nuevas en la subjetividad con el fin de desarticular los esquemas patriarcales: abre, así, un mundo femenino, cultural y étnico propio. En ocasiones, se trata de una oposición frontal a este feminismo, ya que estas escritoras entienden que el camino de la liberación puede tener otra trayectoria. La posición sumisa y callada que a menudo se retrata en estas novelas, trae igualmente logros en sus cuotas de independencia y mejora de la estima social, aunque, merece la pena insistir, sin transgredir los valores sociales de forma abierta.

Mientras la denuncia es común a los feminismos, la de la mujer africana se aleja del estilo occidental, cuyas estrategias se enfrentan a sus lógicas culturales, tal como indica Mohanty (1991, p. 3). A fin de cuentas, el feminismo occidental proviene de una larga tradición burguesa en la que, como refiere Stolcke (1996, p. 341), hay un sesgo importante hacia las mujeres de color en la naturalización de su desigualdad: “Tendemos a atribuir exclusiones y desigualdades sociales a defectos inherentes, ‘genéticos’, en ciertas circunstancias denominados ‘raciales’, de aquellos que padecen la inferioridad”.

El feminismo occidental, especialmente el que ha dominado en la teoría feminista, resulta para aquella otra cultura desafiante, pero sobre todo está articulado como una estrategia en la que las mujeres quedan de nuevo atrapadas, ahora por ser negras o por la otredad:

Las experiencias de las mujeres son relacionales, por cuanto las categorías hombre/mujer de ‘color’ sólo tienen significado poniendo en contraposición una con la otra. En consecuencia, carece de sentido referirse a un sujeto femenino genérico, puesto que la esfera de lo femenino en una categoría internamente fragmentada por la clase, la raza y las características étnicas o la edad. (Parella, 2003, p. 62).

Isabel Carrera Suárez (2005) aporta esta clave explicativa que resulta esencial y que enriquece: “Por su parte las mujeres aportan, desde su feminismo específico, la perspectiva de género a la que el poscolonialismo ha cerrado tradicionalmente los ojos”. En este mismo aspecto insiste Asunción Aragón (2005, p. 67) cuando reivindica el contexto geográfico e histórico en el análisis de la situación de estas mujeres.

4.4. Misóviras

Los cambios para estas mujeres están llenos de interrogantes y su resultado está en la visión crítica con que, por primera vez, enjuician a los hombres con una voz propia, como en este fragmento de *Más allá del horizonte*: “Me quedé mirándole perpleja, y dudando si alguna vez llegaría a aprender qué era lo que le hacía enfadar. Sencillamente no le conocía. Vivía y dormía con un hombre al que sencillamente no conocía” (Darko, 1991, 35). El ejemplo ilustra el concepto de misóvira de Werewere Living (1983) con el que define a las mujeres que no conocen hombres dignos de su admiración.

Verónica Pereyra también recoge la posición de las misóviras a la vez que ilustra las dificultades de muchas mujeres africanas para afrontar la expresión oral sobre su exclusión y sobre sus derechos. Lo hace con un interesante análisis sobre construcciones simbólicas y lingüísticas de algunas sociedades africanas que dificultan la percepción y la lucha de estas mujeres; tan interesante que merece incluirse completo:

El feminismo acérrimo de la ghanesa Ama Ata Aidoo le hace decir: “El más tonto de los hombres vale siempre más que una mujer. En todo caso, es lo que él piensa” y fustiga el machismo africano, por ejemplo, cuando su heroína trata de traducir la expresión violación conyugal al akan, igbo o yoruba y su conclusión es, como siempre, dolorosamente sarcástica: “Nuestras sociedades no pueden tener una voz vernácula para la ‘violación conyugal’. Hacer el amor es un derecho que el hombre puede exigir de su mujer. Sin importar ni cuándo ni dónde”. Este sentimiento de repudio aparece también en *Sous la cendre le feu* (1990) de la camerunesa Evelyne Mpondi Ngolle: “Cuando hablo ‘del hombre que he desposado’, sé que cometo un grave delito contra nuestras costumbres... Debiera decir ‘el hombre que me ha desposado’. En efecto, si en francés,

una y otra expresión son válidas y significan lo mismo, esta idea de reciprocidad no se refleja en la mayoría de las lenguas de mi país: es el hombre quien desposa a la mujer y lo contrario es una aberración. (Pereyra, 2002).

En este contexto se comprende mejor que la cuestión feminista entre estas mujeres necesita otra lógica y otro registro. Asunción Varo (2005, p. 67) encuentra dos vías diferenciadas: una, apoyada en los valores propios contrapuestos a los de las feministas blancas, y otra, el mujerismo africano, que busca las diferencias específicas de las mujeres negras en general:

Estas autoras defienden en líneas generales un feminismo que no excluya a los hombres puesto que ambos comparten una historia común de colonialismo, racismo y un presente neocolonialista o imperialista". La perspectiva resulta más integradora en el caso de las sociedades africanas en las que la exclusión forma parte del pasado muy reciente de todos los colectivos¹⁵. (Varo (2005, p. 67).

Otras coincidencias con este planteamiento constructivista, en el que la palabra tiene un enorme valor y que está basado en la cooperación y la solidaridad, se pueden hallar en dos de las autoras analizadas, Buchi Emecheta y Amma Darko:

La crítica de estas autoras se dirige así hacia un modelo global de sociedad marcado por los valores imperialistas, militaristas y sexistas de la dominación y hacia el ejercicio del poder entendido como represión, crueldad y castigo. Sus contrapropuestas, en consecuencia, enfatizan el valor del diálogo, de la solidaridad, del talante anti-jerárquico y dinámico que marca a las protagonistas femeninas de estas novelas cuando son capaces de rebelarse finalmente contra la opresión. Esto, sin embargo, no se traduce en una afirmación ingenua sobre la bondad intrínseca de la condición femenina" (López Rodríguez, 2005, p. 109).

¹⁵ Además, aporta una definición del feminismo de Buchi Emecheta (Aragón Varo, 2005, p. 69).

Un enfoque que añade argumentos a los temas comunes de todos los feminismos por “su rechazo a los valores sexistas, militaristas y al uso del poder represivo, así como en su apoyo a la cooperación, el diálogo y la solidaridad. Curiosamente, son los mismos temas de *Tres Guineas*, una de las obras de la escritora Virginia Woolf fundamental para el desarrollo del feminismo occidental” (Benítez, 2007).

4.5. Mujerismo africano

El feminismo negro aporta una de las cuestiones más interesantes por su potencialidad integradora. La cuestión racial articula un proyecto que no se define por oposición a las mujeres blancas, sino para desarrollar un proyecto común que englobaría diferentes feminismos de la periferia, también con matices diferenciales entre ellos:

En la medida en que ‘mujeres negras’ conformaba una categoría altamente diferenciada en términos de clase, etnicidad y religión, e incluía a mujeres que habían migrado desde África, el subcontinente asiático y el Caribe tanto como a nacidas en Inglaterra, lo negro en el ‘feminismo negro’ implicaba una multiplicidad de la experiencia, a la par que articulaba una posición de un sujeto feminista particular” (Brah, 2004, p. 18).

Se trata de una construcción de solidaridad racial (Alexander y Mohanty, 2004, p. 139) pero en el que la mujer negra tiene una experiencia propia: “La mujer negra está simultáneamente ubicada en dos discursos racializados” (Brah, 2004, p. 117).

Fruto de esa posición, surge otro punto de vista que se enriquece con propuestas concretas: “Las discusiones acerca del feminismo y el racismo se centran a menudo en torno a la opresión de las mujeres negras más que en explorar el modo en el que el género de las mujeres negras y blancas se construye a través de la clase y el racismo” (Id., p. 113), pero sobre todo tan plural y diverso como integrador que se configura en la única vía de futuro para el entendimiento de la cuestión, su reconocimiento y la búsqueda de soluciones comunes desde la marginalidad para la que hooks (2004, p. 50) propone un nuevo potencial positivo: “crear una contra-hegemonía”.

El feminismo negro ha abierto otras formas de comprensión de muchas cuestiones, especialmente de la sexualidad y la violencia doméstica, ya que frente a otros ataques externos por parte de individuos, sean hombres o mujeres, o familias blancas, se genera una contradictoria solidaridad en las familias negras que difumina la violencia ejercida contra las mujeres de color, el hecho de que ellas se enfrentan con miedo a sus hogares (Bhavnani y Coulson, 2004, p. 59).

En este mismo sentido, la crítica de bell hooks¹⁶ profundiza en la cuestión cuando defiende que las mujeres negras soportan lo más duro del clasismo, del patriarcado y del clasismo:

Un principio central del pensamiento feminista moderno es el de que «todas las mujeres están oprimidas». Esta afirmación implica que las mujeres comparten una suerte común, que factores como los de clase, raza, religión, preferencia sexual, etc., no crean una diversidad de experiencias que determina el alcance en el que el sexismo será una fuerza opresiva en la vida de las mujeres individuales. El sexismo como sistema de dominación está institucionalizado, pero nunca ha determinado de forma absoluta el destino de todas las mujeres de esta sociedad. Estar oprimida quiere decir ausencia de elecciones. [...] Si las mujeres negras de clase media hubieran iniciado un movimiento en el que se hubieran calificado a sí mismas de «oprimidas», nadie las hubiera tomado en serio. (hooks, 2004, pp. 37-39).

Igualmente dirige sus críticas a las feministas que reconociendo la situación de las mujeres negras, mantienen todavía una actitud paternalista que las convierte también en sujetos:

Esto no es sorprendente, dada la frecuencia con la que su discurso se dirige solamente a una audiencia blanca y se centra tan sólo en cambiar actitudes, antes que en situar el racismo en un contexto histórico y político. Nos convierten en el 'objeto' de su discurso privilegiado sobre la raza. Como 'objetos', continuamos siendo diferentes, inferiores. Incluso aunque estén preocupadas de forma sincera por el racismo, su

¹⁶ La escritora prefiere que este seudónimo se escriba todo en minúscula.

metodología sugiere que no se han liberado del paternalismo endémico de la ideología de la supremacía blanca” (Hooks, 2004, p. 46).

Desde muchos puntos de vista todo nos conduce a un origen ideológico de estas construcciones que respalda la investigación de las formas discursivas de poder y de igualdad como campo abierto para este reto; para ello es necesario ganar profundidad y matices, ya que la cuestión de la diferencia articula la detección del problema y su cuestionamiento: “Resulta fundamental, entonces, abordar la cuestión sobre qué matrices ideológicas o campos de significación y representación están en juego en la formación de sujetos que difieren, y cuáles son los procesos económicos, políticos y culturales que inscriben experiencias históricamente variables” (Brah, 2004, p. 122).

Uno de los rasgos singulares de la posición de estas mujeres —que sirve para aumentar la complejidad y la potencia de su feminismo— es el respeto de la diferencia, con estrategias comunes para hacer frente a los sistemas de poder promovidos por el racismo, el patriarcado y las desigualdades de clase. Ellas son mujeres que han vivido numerosas diásporas históricas, a las que ahora se une la migración; su realidad está a caballo entre varios mundos y en todos ellos siempre se repiten los sistemas de opresión.

La lucha nacionalista por la independencia en muchos países africanos retrasó —sobre todo en las zonas más desfavorecidas en lo económico— el desarrollo de teorías feministas (Bringas, 2000, p. 146), pero también la solución a otros problemas de subsistencia de este continente tras la descolonización. Estas situaciones, a las que antes he hecho referencia, han provocado asimismo una evolución desigual en su desarrollo en todo el continente, presionado por las realidades sociales y políticas.

Cada uno de los escenarios locales ha recibido con diferentes enfoques la implantación de estas teorías y de movimientos en la práctica. La Organización de Mujeres de Procedencia Asiática y Africana (Organization of Women of Asian and African Descent, OWAAD) se ha articulado en torno a teorías y movimientos con la intención de buscar un punto de partida común para cada una de las formas de opresión a las que se enfrentan las mujeres negras (Brah, 2004, p. 108).

La cuestión identitaria ha tapado muchas veces la intervención y la consideración de problemas sociales sobre muchas de las prácticas sexistas

en comunidades subsaharianas fuertemente apoyadas en la tradición y con un clima social muy poco crítico con las formas de discriminación:

Otras mujeres sostenían que, si bien la afirmación de la identidad cultural era realmente crucial, de igual importancia resultaba la necesidad de abordar las prácticas culturales en sus formas opresoras. El problema de la violencia masculina contra mujeres y niños, la desigual división sexual del trabajo en el hogar, las cuestiones de la dote y los matrimonios forzados, la clitoridectomía, el heterosexismo y la supresión de las sexualidades lesbianas: todos estos asuntos exigían atención inmediata; y aunque la mayoría de las mujeres de la OWAAD (Organization of Women of Asian and African Descent) reconocían su importancia, existían, sin embargo, diferencias cruciales sobre las prioridades y las estrategias políticas necesarias para enfrentarse a ellos” (Brah, 2004, p. 109).

La puesta en práctica de sus postulados en algún país concreto, como es el caso de Nigeria —el escenario de Las delicias de la maternidad— que utilizamos como ejemplo, muestra las dificultades para su práctica una vez que el país sufre los ajustes poscoloniales y un Estado en conflicto y militarizado. Women in Nigeria (WIN), afectada por sus contradicciones internas entre la militarización del Estado y el desarrollo de la política poscolonial, se enfrenta a la dificultad para intervenir en la situación de marginación de las mujeres en el ámbito social y político de forma que en muchas ocasiones queda relegado el objetivo mismo de esta organización que pasa por el cambio democrático de las relaciones sociales en lo que se refiere a las diferencias de género (Alexander y Mohanty, 2004, p. 180).

4.6. Empoderamiento

Nairobi 1985 es el origen de este concepto para las mujeres del sur, donde la red feminista DAWN presentó esta propuesta y la crítica a las políticas macroeconómicas, vistas precisamente desde estos países que habían recibido todo su impacto en el empobrecimiento (Menacho, 2006, p. 14). Ahí, en Nairobi, la apropiación de la palabra —el origen del término “empoderamiento” está en el acuñado por Michael Foucault y es apoyado

también por el feminismo occidental— por parte de las mujeres de las tierras olvidadas se logró en una perspectiva que coincide, en la mayoría de los casos, con su práctica cotidiana en lo que se refiere a su concepto de lo colectivo: “Este concepto, impulsado por las mujeres del Tercer Mundo, implica que éstas ganen poder por y para sí mismas, de forma individual y colectiva, favoreciendo acciones participativas que desemboquen en la presencia de mujeres en puestos de decisión” (Martín Casares, 2006, p. 256).

El concepto ganó un impulso definitivo con la Conferencia de Pekín, en cuyo epígrafe 13 se recogió como uno de los pilares de transformación social: “El empoderamiento de las mujeres y la igualdad entre las mujeres y los hombres son condiciones indispensables para lograr la seguridad política, social, económica, cultural y ecológica entre todos los pueblos”. A partir de esta Conferencia se ha tratado de incorporar a las políticas de desarrollo:

Se trata de la estrategia del empoderamiento y del llamado *mainstreaming* de género. Ambas propuestas hunden sus raíces en la reflexión feminista sobre la evaluación de las políticas de desarrollo respecto a las mujeres. Se trata de conceptos complementarios encaminados a impulsar el proceso de cambio hacia una mayor igualdad en las relaciones de género, buscando mejorar la condición y posición de las mujeres” (López, 2005, p. 15).

Para su logro López (Id., p. 21) se considera fundamental su inclusión también dentro de los objetivos de la educación por su alto poder de transformación social a medio plazo.

El calado que alcanzó el concepto de empoderamiento en la Conferencia de Pekín ha resultado trascendental, ya que se ha incorporado a las agendas de los organismos internacionales; también la propia Unión Europea, en su directiva 2000/43/CE del Consejo de 29 de junio de 2000, ha reconocido la necesidad de recuperar la propia dignidad de la mujer, el derecho a la toma de conciencia del poder individual y colectivo así como su dimensión política, subrayando la importancia de que las mujeres estén presentes en los lugares donde se toman decisiones.

El empoderamiento, en definitiva, trata de impulsar la participación y el cambio social a través de la toma de posiciones respecto al poder. Su

carácter novedoso se debe a que aborda el logro del poder¹⁷ pero con una estrategia diferente a la occidental; sin necesidad de reducir las atribuciones de los poderosos, promueve cambios significativos para la autonomía, la libertad y la estima individual. La transformación de la propia conciencia es una trayectoria que pasa por modificar las relaciones dentro de un sistema hegemónico a través de la participación, la transparencia, dando fuerza a los poderes de los excluidos. La convicción en la capacidad individual para resolver y enfrentarse a las situaciones es de la que se obtienen los mejores resultados¹⁸:

Se trata de una estrategia de movilización de abajo hacia arriba, en la que las asociaciones y organizaciones de mujeres y la articulación de sus intereses y alternativas juegan un papel central, ya que, si bien las políticas dirigidas a las mujeres han conseguido mejorar sus condiciones materiales de vida, han sido mucho menos efectivas en lo que se refiere a la mejora de su poder económico y social respecto a los hombres, en el contexto del desarrollo. (López, 2005, p. 16)

Vemos, pues, cómo el empoderamiento se incorpora a las políticas públicas como una propuesta de capacidad transformadora que, aunque se enfrenta a resistencias sociales y simbólicas, permite desde luego una nueva posición para la cuestión de género, a la que se otorga por fin un sentido ético, pero también político. Su fuerza reside en la capacidad de promover una alternativa en el desarrollo humano a través de la

¹⁷ Las luchas en este campo son las que propician los cambios culturales, según ha defendido Bourdieu (1988).

¹⁸ El debate se centra en si el *empoderamiento* a partir de la toma de conciencia individual es una estrategia singular o colectiva, es decir, si es necesario renunciar a la lógica de la colectividad para la toma de poder propio. Desde luego, la transformación a través del *empoderamiento* se logra desde el conocimiento de la posición relativa dentro de una comunidad, que es la que apoya el interés personal o colectivo. El otro debate que centra esta tendencia es el de priorizar la lucha contra la dominación por razones de género sobre la dominación de carácter económico, que muestra las distintas corrientes que en estos momentos centran el debate sobre el desarrollo respecto a las posiciones de Naciones Unidas. De estos puntos de vista surgen las principales tendencias actuales sobre el empoderamiento de las mujeres (León, 2000). Para combatir la “persistencia de desigualdades estructurales por motivos de sexo”, se han elaborado dos perspectivas operacionales de intervención, la primera conocida como *discriminación o acción positiva*, es decir “la aplicación de medidas específicas a favor de las mujeres” y la segunda como *transversalidad* que consiste en “tener en cuenta las preocupaciones, necesidades y aspiraciones de las mujeres, en la misma medida que las de los hombres, en el diseño y aplicación de todas las políticas” (Definiciones del Consejo de la Comisión de las Comunidades Europeas).

perspectiva de género, con el objetivo de su transformación hacia un modelo más equitativo:

Ello implica el cuestionamiento de relaciones sociales e instituciones establecidas y arraigadas históricamente, implica cuestionar tradiciones y sentimientos identitarios y, sobre todo, implica una nueva comprensión del poder, menos en términos de dominio y opresión y más en términos de empoderamiento o desarrollo de la autoconfianza y capacidad de influir en el entorno que nos toca vivir” (López, 2005, p. 6).

Si aplicamos el concepto a las migraciones, tenemos el análisis de Mora, que se centra en el estudio de las interacciones que se registran en torno a la movilidad geográfica y que realiza desde una perspectiva de género. Mora (2003, p. 10) concluye que en ellas se registra un impacto en el empoderamiento¹⁹ de las mujeres, ya que supone un campo de autonomía para las mujeres migrantes que inician esta aventura como un proyecto individual pero también para su consideración en las sociedades que abandonaron. A sus familias, que permanecen en las comunidades de origen, les llegan las noticias y las remesas venidas de un mundo que goza de un gran prestigio simbólico en estas tierras empobrecidas. El hecho de que la migración convierta a estas mujeres en muchos casos en cabezas de familia facilita su aceptación y su prestigio.

4.7. Feminismo dialógico

Frente al feminismo que se había alejado de las propias mujeres, de muchas de ellas, surge una corriente integradora que busca el diálogo entre sociedades, que contempla también a las olvidadas de anteriores movimientos: mujeres de escasa formación, mujeres de otros países, mujeres sin recursos, mujeres que han trabajado por la igualdad desde lo cotidiano. Pero el feminismo dialógico es todavía más, se trata de un estilo integrador que quiere transformar la realidad desde el diálogo y que aspira a alcanzar la esfera política creando un modelo alternativo de resolución de problemas. Es un feminismo que surge en la sociedad de la información

¹⁹ Interesante estudio de su impacto en las migraciones en Bridge, *Género y Migración*. Colección de recursos de apoyo.

e incorpora un sistema de relaciones más igualitario, que reconoce la interacción como una forma de progreso social.

Su principal logro ha sido el de integrar a mujeres que, por la vía de los hechos, habían quedado alejadas de los movimientos feministas anteriores, que estaban basados en un discurso de oposiciones y enfrentamientos en un ámbito intelectual y económico del que estaban alejadas la gran mayoría de mujeres de escasos recursos y poca formación. Son ellas, las “otras mujeres” las que tienen una visión más integradora:

Su lucha une la búsqueda de la igualdad de género con iguales derechos y reconocimiento cultural; un reto imprescindible en nuestras sociedades multiculturales. Hay un creciente número de grupos de mujeres que están trabajando, en diferentes sociedades, para redefinir los derechos humanos, reclamando respeto y reconocimiento hacia sus culturas. (Puigvert y Redondo, 2005, p. 214).

Sin necesidad de grandes escenarios públicos, sin sentirse obligadas a seguir el camino de anteriores luchas feministas, utilizan su propia posición —excluidas en lo social y en el feminismo de la diferencia— para desarticular el estado de la cuestión y encontrar un nuevo cauce de integración después de su crítica al posmodernismo: “Si la entrada del posmodernismo en los movimientos sociales impulsó el abandono de los valores positivos que habíamos conquistado, el feminismo dialógico los recupera para profundizar en su consecución” (Puigvert y Redondo, 2005, p. 215). Y lo hacen desde el día a día, mientras resuelven los problemas cotidianos, enfrentándose a las estructuras de poder que las excluyen, y a la vez afrontando las batallas cotidianas de la búsqueda del bienestar para sus familias, convencidas de que se trata de un modelo de vida que habla desde los hechos: “Desde el aprendizaje dialógico, las ‘otras mujeres’ construyen interacciones basadas en el diálogo, igualitario, creando sentido en sus vidas porque pueden abordar los temas que afectan su día a día” (Id., p. 218).

Puigvert y Redondo desgranán los principios que articulan el movimiento y que pasan por el diálogo igualitario, fluido y basado en los argumentos por encima de la formación académica de las mujeres; reconoce la inteligencia cultural de cada persona, con independencia de la sociedad de la que proviene, como fruto de una experiencia propia formada de interacciones de todo tipo y nivel intelectual; se apoya en la

capacidad de transformación de los individuos y especialmente de las mujeres, como sujetos de cambio de lo social a la vez que sujetos a transformar; las mejoras en su formación y la participación igualitaria permiten redefinir la propia vida de forma que crea sentido propio; el principio de solidaridad como transformador de situaciones desiguales y orientado hacia la integración de individuos y minorías; así como su rasgo más característico, la igualdad de las diferencias: “La lucha por la igualdad no pasa por la homogeneización, sino por el igual derecho de elegir cómo queremos vivir” (Id., pp. 218-219).

Las propuestas de este feminismo que se han articulado después de que la realidad cotidiana marcara su existencia y su creación se convierten en el contexto necesario para la integración de nuestras mujeres migrantes africanas, ya sea en las sociedades de acogida como en el regreso a las de origen, según unos principios orientadores que forman parte de la esencia de la democracia y que, sin embargo, han quedado excluidos en su realidad social, de forma que su nuevo enunciado busca su actualización: “El giro dialógico en la sociedad, al que nos hemos referido, los valores que las ‘otras mujeres’ promueven —igualdad, solidaridad y libertad— se convierten en elementos cruciales, reclamados y extendidos para asegurar una vida social y personal más igualitaria y democrática” (Puigvert y Redondo, 2005, pp. 225-226). De nuevo, las mujeres migrantes africanas se enfrentan a la contradicción de que estos valores democráticos se convierten en inalcanzables para ellas porque la lógica democrática occidental los ha ocultado bajo discursos de poder que hay que desarticular.

CAPÍTULO 5

PROPUESTAS SOCIALES. PEKÍN 1995

La generación de escritoras africanas de los años 80 del siglo pasado coincide cronológicamente con la incorporación de las mujeres al fenómeno migratorio, en un principio de forma ocasional y de forma permanente ligada al proyecto masculino de emigrar; parte de una posición, por tanto, subsidiada y secundaria —y también invisible en el discurso social y mediático hasta los años 70-80 del siglo XX, como indican Jolly y Reeves (2005, p. 4)— hasta llegar a la absoluta independencia: “La feminización de las corrientes migratorias responden asimismo a estrategias de resistencia de las mujeres ante las situaciones de pobreza y exclusión impuestas a gran parte de la población de estos países” (Vega y Gil, 2003, p. 18).

La pobreza es, desde luego, el resultado sobre el terreno de los discursos de exclusión y del dominio simbólico y, al igual que los anteriores, tiene una dimensión global porque se repite en todos los lugares del planeta. Para su estudio, La Parra (2001, pp. 146-147) considera que su campo debe ser el de la estructura familiar —concepto que se aproxima al que vimos antes de grupo doméstico. Su tamaño, los cambios en su estructura, y las normas familiares pueden llevar al aumento de la pobreza.

En torno a la reproducción de la pobreza a través de las mujeres y las niñas, Tortosa (2001) plantea una dicotomía que resulta muy interesante para analizar la cuestión y en la que tienen un enorme impacto los efectos de la globalización:

Así, por ejemplo, convendrá ver si no hay que distinguir entre “feminización de la pobreza” y una perspectiva de género sobre la pobreza, es decir, entre una perspectiva que pone a las mujeres entre “las más pobres de los pobres” o nueva “infraclase” y la que intenta analizar los procesos de empobrecimiento de las mujeres y de los hombres, diferenciadamente, pero no de forma separada como si las mujeres fuesen el “caso especial”. (Tortosa, 2001, p. 29).

En cualquier caso, de nuevo resulta muy clarificadora para entender en su conjunto esta perspectiva que se incorporó al PNUD en su informe en el año 95 como un instrumento de análisis de las desigualdades al generar un índice de desarrollo relativo al género que rompe con muchos conceptos de la economía clásica y disuelve las mediciones a las que se somete la economía productiva en las que no aflora en trabajo femenino como una aportación a la riqueza del país (Id. p. 28). El resultado de esta incorporación se traduce en el criterio de Tortosa (Id. p. 22) en consecuencias políticas claras: “La monetarización de la pobreza lleva a políticas que incidan sobre la renta y la utilización de un umbral no permite afrontar la cuestión de la desigualdad dentro de la sociedad.”

Las migraciones de mujeres aparecen impulsadas, entre otros factores que veremos, de nuevo por el reparto desigual de las funciones y de sus consecuencias con la feminización de la pobreza, es decir, cuando la responsabilidad sobre el mantenimiento de la familia se convierte en exclusiva para ellas, una vez que el modelo masculino no consigue superar la barrera de la subsistencia en numerosas comunidades. Es el caso de la protagonista de *Las delicias de la maternidad*, Nnu Ego, cuya vida queda marcada por esa responsabilidad: “En Lagos, donde tenía que enfrentarse a la dura realidad de sobrevivir a la miseria, ¿tenía razón su marido cuando le recordaba su responsabilidad? Parecía que todo lo que había heredado de su entorno rural era la responsabilidad, pero ni una migaja del botín”. (Emecheta, 1991, p. 205).

Tortosa (2001, p. 10) defiende la necesidad de potenciar el género e incluso el empoderamiento de las mujeres como un instrumento para luchar contra la pobreza o, al menos, reducir su impacto. Se apoya en el papel que la mujer juega dentro de las sociedades en los terrenos de la salud y la educación, como campos prioritarios para el desarrollo humano.

Laura Oso (1998, p. 38) estima que entre el veinte y el treinta por ciento de los hogares africanos están dirigidos por una mujer y que esa posición se mantiene también, en concreto, en los países impulsores de migración hacia España, entre los que se encuentran Nigeria o Ghana. Destaca, además, la investigadora, la importancia del feminismo occidental para la aparición de la categoría “mujer inmigrante”²⁰, pues con ella nace una nueva unidad de análisis del fenómeno migratorio al que le concede una visión más plural y próxima.

²⁰ Una construcción que, siguiendo a Mohanty (1991), también se podría interpretar como fruto del feminismo occidental.

En el terreno de la investigación científica y académica, la visibilidad de las mujeres en el análisis de las migraciones aparece a partir de la incorporación de datos en los censos, en los estudios académicos, en los retratos del fenómeno reflejados en los medios de comunicación, así como en la literatura. Una vez que la perspectiva de género está presente en estos terrenos, es posible iniciar el análisis transversal. De hecho, género, etnicidad e igualdad son los ejes sobre los que se articula el debate sobre la ciudadanía, en el que la visibilidad ha jugado un papel importante gracias a la feminización de las migraciones (Maquieira, Gregorio y Gutiérrez, 2000. p. 372).

Podemos estudiar estas migraciones desde algunos de los conceptos impulsados por el feminismo en las cumbres de Naciones Unidas en Nairobi (1985), Río (1992) y Pekín (1995): la condición de género, producción y reproducción, invisibilidad de las mujeres, generización y feminización de las migraciones.

5.1. La condición de género

Este tema se convierte en un argumento esencial en las novelas de referencia, ya que son relatos escritos por mujeres que en su mayoría emigraron a Europa; retratan a mujeres migrantes en distintas circunstancias, pero coinciden en articular un conjunto de relaciones en el contexto de la desigualdad que se produce en el mundo que las expulsa y en el que las recibe. El sistema de dominación masculina apoyado en el patriarcado está presente en las dos culturas y se mantiene tras las transformaciones identitarias y sociales fruto de la migración, ya que actúa como un elemento involucionista. En realidad, se puede interpretar que el sistema de dominación se amplifica y superpone, es decir, que desde una perspectiva sistémica amplifica sus efectos por la suma de los elementos.

La condición de género es el argumento fundamental de estas novelas, pero también, como he intentado mostrar a través de estas páginas, un instrumento de análisis de la realidad en el que se viene trabajando desde muchos campos de acción. Hay importantes contribuciones desde instituciones internacionales, como es el caso del Programa de Acción de la Conferencia de Durban de 2001, que llama la atención sobre la necesidad de atender a las cuestiones de género en referencia a las migraciones, y no sólo en la lucha contra la violencia que sufren las migrantes o por los atentados contra los derechos humanos de que son objeto, sino a la hora de reflejar la aportación de las mujeres a las

economías de los dos mundos, de partida y de destino, en los informes que elaboren.

Son muchas las estrategias discursivas que han restado importancia al fenómeno a la vez que lo han tratado como un agregado al fenómeno masculino: “Se tiende a minimizar el impacto migratorio femenino considerándolo numéricamente menos importante de lo que es, o se le quita especificidad considerándolo un epifenómeno de la migración masculina, o se lo desliga del ámbito de las conductas femeninas voluntarias, asignándolo a decisiones familiares o de las mafias que ellas no controlan. Sin embargo, los hechos son tenaces y la migración de las mujeres es un fenómeno mucho más extendido en el espacio y en el tiempo de lo que nuestros modelos nos permiten conceptualizar” (Juliano, 2004, p. 175).

El fenómeno migratorio visto desde la perspectiva de la condición de género es un instrumento de transformación de las percepciones y de la realidad. De una parte, se visibiliza la verdadera composición de la migración que ha quedado oculta al considerarla como accesorio al fenómeno masculino migratorio, y de otra, recupera el verdadero valor en la economía del trabajo realizado por las mujeres ya no sólo en la esfera reproductiva, sino también en la productiva. Las aportaciones económicas para la sociedad de origen, incluso cuantificado de forma monetaria, o los envíos de remesas a sus familias tienen un efecto social importante, ya que redundan en todos los miembros de la unidad familiar.

En las comunidades de origen, hay un impacto claro para las mujeres cuando el sistema de poder es mayoritariamente masculino o hay un predominio, que es habitual, de sus patrones de control. Carmen Gregorio (1998, p. 195) mantiene que se trata de una vía para relajar el control masculino sobre ellas, a veces por la influencia que sobre él ejercen los valores de la sociedad de acogida, y que se traduce en una mayor igualdad sexual. Frente a este efecto, también refleja la situación que se vive en estas comunidades en las que el poder está monopolizado por manos masculinas: “El poder está tan concentrado en manos de los hombres que cualquier cambio en la posición de las mujeres, por mínimo que sea, no va a ser fácilmente tolerado. Los hombres ven mermado su poder porque las mujeres que llegan les superan en poder económico e incluso cultural y, como dice el hombre anterior, *comienzan a tomar decisiones*, e incluso algunos hombres se sienten menospreciados por ellas” (Gregorio, 1998, p. 237).

Si aplicamos la perspectiva de género a la condición clandestina de buena parte de la migración, se alcanza una nueva visión, en la que asoma

que la exclusión y la opresión aumentan de forma estructural y, con ello, los factores de riesgo no sólo a la hora de contemplar las violaciones de los derechos humanos, sino también las situaciones de violencia de género, de máxima vulnerabilidad.

5.2. Producción y reproducción

La división sexual del trabajo —que se concreta en un reparto desigual e injusto entre producción y reproducción— es, en el terreno cotidiano, el marco de relaciones que permite la pervivencia de la exclusión y que, además, multiplica su efecto en el tiempo: “La distinción entre producción y reproducción es la que permite plantearse en toda su profundidad el sentido del concepto *feminización de la pobreza*, porque mientras esa distinción sea operativa la pobreza estará ligada a la reproducción y por ello feminizada” (González, 2001, p. 98). Para Maquieira (2006, p. 44), este reparto desigual lleva a una acumulación genérica del capital del que se benefician los hombres, mientras en los ámbitos familiares, sociales y políticos se promueve un lugar para las mujeres y una misión que se apoya en “el valor del *tiempo para otros*, cuyas consecuencias se manifiestan en el deterioro de su salud, integridad y seguridad”.

El reparto tradicional de tareas se convirtió en un elemento más excluyente si cabe a raíz de la revolución industrial ya que reforzó la discriminación por género. De una parte, el trabajo productivo, remunerado, visible y con reconocimiento social, o sea, del ámbito público —es éste el campo donde se desarrolla la actividad de los hombres presentes en el relato de estas escritoras—; y, de otra, el trabajo reproductivo, la maternidad, el mantenimiento del colectivo así como las actividades de supervivencia dentro de la economía sumergida —especialmente en el Tercer Mundo, estudiado en profundidad por Bourdieu— que no cuenta con reconocimiento ni remuneración y pertenece al ámbito privado. Todas las protagonistas de estas novelas ocupan su vida en estos temas y sólo acceden a la economía sumergida, sin lograr un trabajo regularizado²¹.

La integración laboral de las mujeres en la sociedad de acogida viene discurriendo en paralelo a la revisión de conceptos relacionados con

²¹ De esta división se ha ocupado Pierre Bourdieu en *La dominación masculina* —al ahondar sobre la constitución de esta diferencia y el uso de lo cultural y lo simbólico en favor de su mantenimiento— en la que aporta su visión de la violencia simbólica (1992, p. 6-9).

la producción y reproducción: la doble jornada —de la que hay un interesante ejemplo en Bâ (1979, p. 38) —, el reparto de tareas domésticas y, últimamente, la corresponsabilidad en la educación. Estos planteamientos marcan la evolución del discurso hacia una mayor independencia y reconocimiento social. Pero sobre este planteamiento pesan limitaciones ideológicas, ya que su aportación al grupo doméstico dentro del hogar se considera de naturaleza femenina, degradando su valor, e incluso cuando supone una aportación salarial por un trabajo exterior se califica de ayuda para el colectivo familiar:

Sobre las ideologías de género se añaden las de parentesco, que definen todo el desempeño de la mujer, madre y esposa, en el marco de su relación afectiva de carácter altruista con los diferentes miembros del grupo doméstico. La aportación económica que hacen las mujeres a sus hogares, como consecuencia de esta ideología, no es reconocida, ni por ella misma, ni por su sociedad. Por el contrario, la aportación monetaria del hombre se sobrevalora y constituye una fuente de prestigio. (Gregorio, 1998, pp. 83-84).

Para combatir este estado de cosas, y a partir de 1995, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) incorpora medidas de protección a las mujeres como una condición para que el crecimiento humano sea un proceso más justo. Se incorpora el índice de desarrollo relacionado con la mujer (IDM), que respecto al índice de desarrollo humano se centra en las desigualdades de género, así como el índice de protección de la mujer (IPM), que mide la participación política y pública así como su capacidad para obtener ingresos monetarios (González, 2001, p. 94).

Pero también en el gasto de las remesas enviadas por una mujer migrante se produce una clara diferencia de género en el patrón de gasto porque, como he mencionado antes, las mujeres envían más dinero y tiene más fines colectivos si quien lo recibe y lo administra es una mujer (Gregorio, 1998, p. 168)²².

²² Carmen Gregorio lo ha estudiado para el caso de las mujeres dominicanas: “Ha sido en los hogares donde la mujer ha enviado el dinero a sus esposos donde han surgido con más fuerza. Por el contrario, en aquellos hogares donde la mujer migrante ha enviado dinero a otra mujer, fuese su hermana, madre o hija, no se ha dado este conflicto. En este aspecto, el tipo de hogar que se ha constituido como consecuencia de la migración de la mujer ha sido un factor clave para asegurar el gasto de las remesas dentro de los propios intereses de la mujer migrante. Así, en los hogares en

En las sociedades de acogida tiene su impacto la migración femenina por el acceso a puestos de trabajo desregulados y que consolidan la ausencia de igualdad en las tareas de reproducción:

Así, el trabajo doméstico (nunca repartido) se transfiere a otras mujeres mal pagadas, lo que enmascara nuevamente el mito del igualitarismo marital y de la emancipación femenina a través del empleo, mientras mantiene intactas las estructuras patriarcales del hogar y del trabajo. (Vega y Gil, 2003, p. 19).

5.3. La invisibilidad de las mujeres

Moreno Sardá (1987) propone una cronología de análisis que resulta muy esclarecedora para el caso: una literatura e historiografía androcéntrica, una gestión de la memoria que silencia las aportaciones femeninas en la historia y en la actualidad, y la intervención de colectivos que han mantenido el estado de cosas. El concepto de invisibilidad es esencial para el estudio de los grupos sociales y los sistemas económicos, así como las representaciones de los marginados o la forma de construir las instituciones dentro de cada grupo humano. La idea coincide con las aportaciones de Bourdieu (1992) sobre el discurso hegemónico, un dispositivo del que afirma que también administra la visibilidad porque genera prestigio y reconocimiento.

En el estudio de las migraciones, su invisibilidad, parece que va asociada a un estereotipo de lo doméstico: “Los desplazamientos de las mujeres se han ignorado siempre, precisamente porque se daba por descontado su permanencia en la casa” (McDowell, 2000, p. 304).

Ya hemos visto los efectos que la falta de visibilidad ha impuesto sobre la percepción de la problemática de las mujeres y cómo no aparece hasta que se incorpora al discurso feminista, a la investigación científica, a su representación mediática, y a la incorporación de valores y datos en la información oficial: “Amnistía Internacional recuerda que el empadronamiento es único cauce para visibilizar a las personas que habitan en un determinado municipio, y permitirles con ello el acceso a los

que la mujer se ha servido de sus redes de parentesco femeninas para poder asegurar la reproducción de su propio hogar, las decisiones que ella ha tomado referidas al gasto del dinero han sido ejecutadas según sus prescripciones” (Gregorio, 1998, p. 168).

derechos fundamentales inherentes a toda persona, con independencia de su situación administrativa” (AI, 2003).

La ausencia de datos segregados por género es común a muchos campos de investigación y supone un sesgo importante a la hora de percibir la actividad femenina incluso en los mundos más desarrollados económicamente, así que, cuando se trata de mujeres africanas a las que hay que añadir en la mayoría de los casos su condición clandestina, la invisibilidad es todavía mayor, actúa como un elemento implacable, un caldo de cultivo para ejercer la violencia. Por este motivo, la Relatora Especial de la ONU sobre la violencia contra la mujer trabaja contra la invisibilidad de las mujeres, ya que es el camino para evitar que pasen desapercibidos los actos de esa naturaleza. En su informe²³ llama la atención sobre la necesidad de promover registros públicos e institucionales en los que se desagregue por género la mayor parte de variables.

Esa información dista mucho de ser una realidad en el caso de los grupos vulnerables, como las mujeres víctimas de violencia (doméstica o ejercida por su país de origen, por ejemplo). Una consecuencia de esa falta de información cualitativa y cuantitativa es la pérdida de eficacia de los programas de ejecución (AI, 2003)²⁴.

Sin embargo, según señala Sassen (2003, p. 51) el contexto actual contribuye a la invisibilidad de muchas situaciones que atraviesa la mujer migrante:

El desempleo femenino, pero también el desempleo masculino en los sectores tradicionales, ha multiplicado la presión que se ejerce sobre las mujeres para encontrar modos de asegurar la supervivencia doméstica. La producción alimenticia de subsistencia, el trabajo informal, la emigración, la prostitución. Todas estas actividades han adquirido una importancia mucho mayor como opciones de supervivencia para las mujeres.

²³ Relatora Especial de la ONU sobre la violencia contra la mujer E/CN.4/1999/68/Add.2, párr. 192.

²⁴ También en Nash. (2001, p. 29-30).

5.4. Generización

Además, podemos encontrar otros parámetros de análisis en los estudios de género como es el concepto de generización²⁵.

He utilizado el término *generización* en la caracterización del proceso migratorio estudiado para diferenciarlo del de *feminización*, al que se ha venido atendiendo en los últimos años en la literatura producida en España y en otros países sobre migraciones y género” (Instraw, 1994; Solé, 1994). El primero, generización, surge de la adopción de una perspectiva feminista en el estudio de las migraciones, al contemplar la influencia de los sistemas de género como principios organizadores de ésta. El segundo, feminización, pone el énfasis en el estudio de un sector de la sociedad —las mujeres— y da cuenta de un fenómeno creciente en importancia en términos numéricos, cuyas raíces pueden llevar o no un análisis feminista (Gregorio, 1998, p. 264).

Para este análisis de la perspectiva feminista de las migraciones, es decir, para estudiarlo desde la generización, hay que visibilizar los sistemas sociales de los países de origen y algunas instituciones como la poligamia, el desempleo femenino, las relaciones matrifocales —en que la mujer es quien mantiene la unión familiar, afectiva y de intendencia— que dan lugar en muchos casos a la expulsión de las migrantes. Si nos centramos en los motivos concretos que proyectan a las mujeres hacia la migración —como las restricciones culturales, las normas de género abusivas, la gestión desequilibrada de las responsabilidades y los recursos—, encontramos en todas nuestras protagonistas causas sobradas para buscar un nuevo camino en el destino migratorio: en ellas están el origen y los motivos de su individuación y de su toma de conciencia como sujetos. Sería tanto como plantear que la situación que sufren las mujeres africanas y que las conduce a la migración es similar a la que atravesaba la mujer occidental cuando se vio impulsada, por la vía del feminismo, al cambio social.

La generización promueve este análisis feminista y de género en todas su facetas: en las sociedades originarias, en las diferencias estructurales en las que se basan las discriminaciones, en los cambios sociales que se producen en los países expulsores, en la configuración de los movimientos migratorios y, también, el sistema de género existente en los países de destino.

²⁵ Vid. el concepto en Gregorio Gil (2006, p. 22-39).

En este último campo, en las sociedades de destino, hay que destacar que, en muchos casos, las situaciones coinciden con otras que en las sociedades de acogida reflejan el retardo en los resultados del feminismo de corte occidental. Las resistencias al cambio social —que mantienen el reparto desigual del trabajo y la falta de reconocimiento de las tareas domésticas y de reproducción— son similares en muchos casos, a pesar del crecimiento de la economía en esta parte del mundo.

En el camino hacia su nuevo destino, también se produce una diferencia que se puede analizar desde la perspectiva de género y feminista. Las políticas públicas de los países receptores ofertan nuevos derechos y vías para la migración regular a los que se integran en el mundo laboral, es decir, en su mayoría a hombres. De esta forma, las mujeres son impulsadas con más fuerza a los itinerarios irregulares (Jolly y Reeves, 2005, p. 11).

Pero hay factores singulares si analizamos el hecho desde la globalización, ya que la migración femenina se convierte en fundamental para la subsistencia de sus familias, que permanecen en los países de origen, tal y como ha detectado Saskia Sassen (2002). Ellas son más constantes a la hora de enviar las remesas, tienen mayor capacidad de ahorro, y el gasto de este dinero, si se mantiene según la voluntad de las migrantes, es más social y redundante en un colectivo más amplio. El resultado es que los gobiernos de estos países logran, a través del trabajo de las mujeres, subsidiar sus economías y evitar el gasto social. Esta posición apoya la tesis de la antropóloga Dolores Juliano (2004) sobre la perspectiva de género aplicada a las migraciones como un rediseño de los modelos de análisis y metodológicos, una comprensión de la complejidad y diversidad de los movimientos de población, en lugar de centrarse en la cuantificación del fenómeno y en los aspectos económicos.

5.5. Feminización de la migración

La tesis defiende que la mano de obra internacional se orienta por la demanda más que por la oferta laboral, y que su importancia cuantitativa y cualitativa está marcada por la división Norte-Sur (central y periférica) del mundo, así como por el concepto sexista, que queda recogido también a través de reformulaciones legales en los países de acogida. El sometimiento del Sur ha supuesto un aporte extraordinario al Norte en recursos, materias primas y mano de obra, así como la generación de capital a través de las inversiones. Todo esto ha tenido un impacto en la economía, la sociedad, y los códigos culturales, los cuales que han sufrido

una enorme desestructuración a través de la historia reciente: la colonización, la descolonización y la generación de zonas periféricas dentro de las economías de la globalización, como exponen Malgesini y Giménez (2000, p. 207).

Los procesos de ajuste económico recientes han agravado aún más el panorama: las inversiones en el sur financian las economías de occidente, merman la capacidad de desarrollo en los países menos desarrollados. Junto con la difusión del imaginario del Norte en los medios de comunicación de todo el mundo y de los modelos consumistas, el aumento de las comunicaciones y la movilidad —que borran las lógicas del tiempo y espacio—, así como la presión demográfica son múltiples los vectores que impulsan estas migraciones.

Si estudiamos ahora los factores de expulsión —en el capítulo anterior, resumimos los mismos factores desde el criterio de la generización— desde una perspectiva más amplia, en la que se incluye la feminización de las migraciones, hay un mayor grado de disenso sobre los motivos que llevan a estas mujeres a emprender el camino. Muchos análisis han insistido, como hemos reflejado antes, en los argumentos de género que García (2002, p. 57) considera modelos lineales; Labrador (2002, p. 78) mantiene que la estructura familiar y las obligaciones de reproducción están en la base de la cuestión, aunque también contempla las motivaciones personales, como la búsqueda de mejores condiciones de vida o el deseo de ganar un dinero propio; Parella (2003, p. 129) recoge la aportación de Morokvasic sobre las expectativas de mejora que supone para ellas tanto en el seno de la propia familia como en la sociedad de origen. Junto a éstas, hay visiones más plurales que mencionan las motivaciones económicas, los conflictos bélicos, la reproducción familiar, y también la motivación social de un cambio de vida (Arjona, Checa, Ación, 2005, p. 133). Por su parte Ribas (2005, p. 110) recuerda que hay que tener una visión más amplia: “No obstante, el hecho de hacer del individuo protagonista del proceso migratorio no significa que la decisión migratoria sea, por ende, una acción individual”.

La feminización de las migraciones genera a su vez una reproducción internacionalizada: la necesidad de mano de obra se oferta insistentemente por un más bajo precio y una menor regulación en sus derechos y composición, con lo que se convierte en una opción más femenina. Las mujeres —ahora en un ámbito de mayor exclusión— también ayudan a este estado de cosas y al reparto desigual de los beneficios en las sociedades de acogida, al ocuparse de nuevo de la reproducción, tal y como explica Laura Oso (1998):

En definitiva, las mujeres inmigrantes realizan de manera mercantilizada las tareas necesarias para la reproducción social. Así, se constituye una transferencia internacional Sur/Norte del trabajo reproductivo, proceso que es paralelo al trasvase de las actividades productivas en el ámbito mundial. Nos referimos, por lo tanto, no sólo a la globalización de la producción, sino también a la internacionalización de la reproducción (Oso, 1998, p. 56-57).

CAPÍTULO 6

MIGRACIONES

6.1. Colonialismo y colonialidad

La transformación social de todo un continente, el continente africano, así como su toma de conciencia conforma un tipo de relato —abierto hace poco más de un siglo a través de novelas de autores de este origen— que discurre paralelo, pero por adelantado, al cambio que experimentan las mujeres de esas tierras, el verdadero espíritu vivo de su mundo. La configuración de los Estados africanos queda trazada por el reparto colonial (1885) de las naciones europeas, y su futuro inmediato, por las decisiones y criterios adoptados más allá de sus fronteras y de sus intereses:

Negra y africana, debería haberse integrado, sin roces, en una sociedad negra y musulmana, habiendo pasado Senegal y Costa de Marfil por las manos del mismo colono francés. Pero África es diferente, está fraccionada. Un mismo país cambia varias veces de rostro y de mentalidad, de Norte a Sur y de Este a Oeste” (Bâ, 1979, p 69).

A partir de las independencias, hace algo más de cincuenta años, comienza la historia de propia voz en África subsahariana, hasta entonces considerada dentro del campo de la protohistoria: “Como advertía Said en *Cultura e Imperialismo*, el poder y la creación artística siempre van de la mano. “Cuando el lingüista supremo impone el silencio —África ha sido definida como el pueblo sin historia— la literatura es una fuente de conocimiento” (Iranzo, 2005, p. 27).

La tradición colonial tiene también tras de sí un pasado de esclavismo y explotación que, pese a la imagen dominante, tuvo un gran impacto entre las mujeres:

A pesar de la tradicional imagen masculinizada del colectivo de personas esclavizadas, las investigaciones recientes, que han tenido en cuenta la variable sexo en la contabilidad de la población esclava, demostraron que las esclavas eran más numerosas en la trata transahariana y en los mercados interiores del África subsahariana (Martín Casares, 2006, p. 206).

Así se estableció sobre una población femenina sometida a las leyes del patriarcado una nueva restricción de sus derechos, ahora bajo las leyes del esclavismo, que afectó durante la época colonial no sólo a su propio cuerpo, sino también a su concepto de familia, sus hijos (que heredaban sus estigmas) y los peores estereotipos (Gallego Durán, 2003, p. 118). Una situación que describe a la perfección Gloria Alzandúa (2004, p. 77): “La mujer no se siente a salvo cuando su propia cultura y la cultura blanca la critican; cuando los varones de todas las razas la cazan como a una presa”.

Esta apropiación de estas mujeres tanto identitaria como corporal ha generado todo un sistema de exclusiones y etiquetas que todavía hoy perviven, y que veremos más adelante cómo se plasma en la vida de estas mujeres africanas migrantes, a veces apoyándose en los mismos discursos y sistemas simbólicos, y otras, enmascarados bajo las nuevas lógicas globalizadas. María del Mar Gallego (2003, p. 118) las ha estudiado para el caso de las mujeres afroamericanas, mientras que la investigación de estas situaciones en el caso de las afro europeas ha quedado relegada. En cualquier caso, el imaginario etnocéntrico está dominado por estas imágenes: “La historia de la dominación de las gentes de color es la historia de estos procesos coloniales y poscoloniales y de las sucesivas clasificaciones, jerarquizaciones y explotaciones a las que dieron lugar a lo largo del desarrollo del capitalismo” (Karakola, 2004, p. 17). Incluso estos conceptos han dominado entre las mujeres blancas y, posteriormente, ha influido en el desarrollo del feminismo occidental con nuevos sistemas de exclusión:

Al proyectar en mujeres negras un poder y una fuerza míticos, las mujeres blancas promocionan una imagen falsa de sí mismas como carentes de poder, víctimas pasivas, y distraen la atención de su agresividad, su poder —por muy limitado que éste sea en un Estado dominado por hombres que defiende la supremacía

blanca—, su voluntad de dominar y controlar a las demás” (hooks, 2004, p. 48).

Un pasaje de *Las delicias de la maternidad* ilustra a la perfección la idea que transmitía hooks:

Sueño asimilatorio del colonizador, que atraía a su terreno nuestro pensamiento y nuestra forma de ser, sombreros a pesar de la ya protección natural de nuestros cabellos rizados, pipas humeantes en la boca, pantalón corto blanco debajo de las rodillas, minifaldas que dejaban ver piernas bonitas. Toda una generación tomó conciencia, de golpe, del ridículo que se estaba gestando (Bâ, 1979, pp. 43-44)

Junto al colonialismo, Quijano (1997) y Mignolo (2000) definen la colonialidad como el sistema que, en diferentes culturas y lugares del planeta, reproduce esta estrategia de exclusión:

La *colonialidad del poder* es el dispositivo que produce y reproduce la *diferencia colonial*. La diferencia colonial consiste en clasificar grupos de gentes o poblaciones e identificarlos en sus faltas o excesos, lo cual marca la *diferencia* y la inferioridad con respecto a quien clasifica. La *colonialidad del poder* es, sobre todo, el lugar epistémico de enunciación en el que se describe y se legitima el poder. En este caso, el poder colonial” (Mignolo, 2000, p. 39).

Así, siguiendo con la idea, Mignolo (Id., pp. 76-77) sintetiza del trabajo de Quijano los rasgos definitivos de este modelo de poder, que ha permitido clasificar la población del planeta en función de un modelo cultural occidental; que ha impuesto organizaciones e instituciones como las iglesias o el Estado para mantenerlo; que ha elaborado un mundo conceptual para defender este poder así como para la producción del conocimiento.

La lógica de la colonialidad ha permitido el establecimiento de fronteras sobre las que se ha apoyado el desarrollo del capitalismo y de la globalización: “La diferencia colonial, en otras palabras, opera en dos

direcciones rearticulando las fronteras interiores vinculadas a los conflictos imperiales y rearticulando fronteras exteriores dotando a la diferencia colonial de nuevos significados” (Id., p. 112). En ese proceso se integran las lenguas, las jerarquías y también los movimientos migratorios: “La colonialidad sigue siendo, en este dominio global, una fuerza innominada, no dicha, de modernización y mercado. Paradójicamente, el énfasis en el consumismo, los bienes de consumo y los mercados juega contra el control impuesto por los primitivos programas cristiano y civilizador” (Id., p. 294). A pesar de esta contradicción, su fuerza sigue siendo imparable.

En este estudio, el concepto de colonialidad nos acompañará en muchas ocasiones, ya que permite establecer un análisis transversal de su impacto en las construcciones culturales y sociales tras el proceso colonial. El fenómeno presenta similitudes en diferentes lugares del planeta, tanto entre diferentes culturas colonizadas como entre las potencias que ejercieron su poder. La diferencia colonial nos permite, además, comparar situaciones alejadas territorialmente pero próximas por su impacto cultural y sus estrategias de poder, un dominio simbólico que actúa sobre las mujeres migrantes —que cargan con estigmas similares, común denominador de su opresión, como hemos señalado antes—.

6.2. Feminismo y poscolonialismo

La resistencia anticolonial se apoyó sobre todo en la exaltación de valores tradicionales y del patriarcado que, una vez, más oprimían a las mujeres. No es de extrañar que los movimientos de liberación fueran en paralelo, tal y como han recogido Jacqui y Talpade (2004, p. 155):

El nacionalismo anticolonial siempre ha movilizó el trabajo de las mujeres con el fin de consolidar el nacionalismo popular, sin el cual el nacionalismo de Estado nunca habría sido capaz de solidificarse. No es algo accidental, por tanto, que el feminismo surgiera a menudo en el seno de los movimientos anticoloniales.

En este sentido, son muy interesantes las aportaciones de Isabel Carrera Suárez (2005, p. 2) al analizar en paralelo el feminismo y el poscolonialismo como dos teorías posmodernas para el cambio social, así como las semejanzas que encuentra entre las dos fórmulas, en las vías de

independencia e individuación del espíritu anticolonial y del feminista a través de sus respectivos protagonistas, el esclavo y la mujer oprimida, que han venido sufriendo una construcción hegemónica de su identidad,: “Es relevante recordar que con frecuencia se ha querido englobar tanto al feminismo como al poscolonialismo, ambas teorías de transformación social, dentro del término posmodernismo, presentándolos como meras ramificaciones o consecuencias de aquél”. Las dos corrientes se desarrollan como teorías de resistencia a juicio de esta autora, que propone como camino de investigación en este tema la deconstrucción —un concepto que Foucault ha defendido por su apertura hacia la diferencia y lo marginal— (Carrera Suárez, 2005, p. 5)²⁶.

Para Ana María Bringas, es precisamente la marginalidad el punto de partida de esta construcción simbólica, (2000, p. 144), en la que se entrecruzan la colonización del sujeto, su definición en la otredad, la opresión del discurso y, también, el hecho de que la salida a su situación pase inevitablemente por el uso del lenguaje del opresor.

La crítica poscolonial abre la posibilidad de un cambio interpretado desde el género, tal y como ha reflejado Bringas (2000):

La condición de marginalidad que comparten el sujeto poscolonial y el sujeto femenino proporciona a los discursos poscolonial y feminista gran número de puntos en común: la colonización del sujeto y su construcción como el Otro/la Otra por el discurso hegemónico, eurocéntrico y patriarcal; la política de opresión y represión ejercida desde dicho discurso; el hecho de que ambos sujetos poseen como medio de expresión el lenguaje del opresor; la importancia que tanto el poscolonialismo como el feminismo conceden a conceptos como la voz y el silencio, o la concepción política que ambos tienen de la literatura como medio para el cambio social. (Bringas, 2000, p. 144).

²⁶ Ellas también reflejan la preocupación por África tras el paso colonial (Díaz Narbona. 2005, p. 47): “Dicen que en un futuro no muy lejano nos gobernaremos nosotros mismos, haciendo nuestras propias leyes” (Emecheta, 1979, p. 296). La novela de Mariama Bâ *Mi carta más larga* también hace balance del pasado colonial y su impacto en la cultura (1979, p. 31). Más referencias en Bâ (1979, pp. 43 y 69).

Esta autora sitúa su estudio del fenómeno en zonas geográficas — recordaré que son África y el Caribe— que tienen en común el impacto colonial y la reproducción patriarcal. En ambos casos encuentra los efectos que se produjeron en la población autóctona por el desplazamiento que supuso la colonización en sus relaciones con la metrópolis, en la esclavitud y la migración voluntaria; también constata su impacto en la lengua, donde reconoce una dislocación entre el entorno geográfico y cultural y el idioma que se emplea (el inglés en muchos casos, en otros el francés) para reinterpretar el entorno (Id., p. 143).

El impulso del feminismo se transformó en una fuerza para desarticular lo colonial que, como dominio simbólico, se había resistido a los cambios probablemente por amarrarse a su misma lógica reproductora, tal y como señala Mignolo (2003):

La gramatología y la deconstrucción tienen, frente a la experiencia colonial, las mismas limitaciones que el marxismo frente a la raza y las comunidades indígenas en el mundo colonizado: la diferencia colonial les resulta invisible. La descolonización debe pensarse como complementaria de la *double séance* dentro de la experiencia y sensibilidad de la colonialidad del poder (Mignolo, 2003, p. 405).

Los primeros pasos para el cambio en el discurso habían llegado con el ensayo *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu:

El sexismo es un esencialismo: al igual que el racismo, étnico o clasista, busca atribuir diferencias sociales históricamente construidas a una naturaleza biológica que funciona como una esencia de donde se deducen de modo implacable todos los actos de la existencia. De todas las formas de esencialismo es la más difícil de desarraigar [...]. El trabajo milenar de socialización de lo biológico y de biologización de lo social, al revertir la relación entre causa y efecto hace aparecer una construcción social naturalizada (los habitus diferentes, fruto de las diversas condiciones producidas socialmente) como la justificación natural de la representación arbitraria de la naturaleza que le dio origen y de la realidad y la representación de ésta. (Bourdieu, 1992, p. 11).

Al respecto, Aurelia Martín Casares destaca que el recorrido hacia el cambio de conceptos biologizados sobre la construcción de género, que dominan el imaginario social y la lógica de muchos sistemas de exclusión y que se resiste a su reconstrucción con mayor fuerza que el de “raza”:

Hay incluso antropólogos que aspiran a eclipsar del léxico la palabra “raza”, apoyándose en la genética y en la sociobiología. Sin embargo, aunque en la gestación del concepto género probablemente tuvieron un fuerte impacto de las nuevas teorías que pretendían acabar con el determinismo biológico como justificación de la inferioridad, muy especialmente las relacionadas con los conceptos de raza y etnicidad, el nuevo contenido de la palabra “género”, ligado al ámbito de lo “social”, no parece hasta los años 80, aunque anteriormente existían trabajos en los que se diferencia el sexo social del sexo biológico” (Beauvoir, 1949; y Mead, 1935, citadas por Martín Casares, 2006, p. 213).

Junto a las exclusiones patriarcales, otros sistemas de poder han operado sobre la construcción opresiva para estas mujeres migrantes: colonialismo, como hemos visto, nacionalismos, globalización, capitalismo, imperialismo y racismo. Son relaciones de dominación de cuyo cruce y repetición en diferentes esferas surgen las relaciones globales (Mignolo, 2000) que “reproducen colonialidades en el aquí y el ahora, no sólo en los antiguos países colonizados —mediante los ya conocidos efectos de la descentralización productiva—, sino en los países colonizadores receptores de diásporas migrantes procedentes de las antiguas colonias” (Karakola, 2004, p. 14).

Visto desde el prisma transnacional, desde la colonialidad, los sistemas opresivos se repiten y están centrados en los cuerpos de las mujeres, reforzados por argumentos que se recogen tanto en las instituciones como en los escenarios más privados, y que se mantienen en muchos lugares del planeta todavía hoy:

En los discursos fundamentalistas religiosos y en las prácticas estatales, los cuerpos y mentes de las mujeres, tanto como los espacios domésticos y públicos que ocupan, se convierten en el primer terreno de regulación de la moralidad, de inscripción del control patriarcal. Esta es otra cuestión crucial para cartografiar

los procesos de recolonización a finales del siglo XX” (Jacqui y Talpade, 2004, p. 157).

Ante esta situación, es necesaria una verdadera descolonización, una deconstrucción, como un nuevo sistema crítico que desmonte el discurso vigente y facilite la desarticulación de muchas categorías opresoras. Es, en definitiva, la propuesta del texto *Genealogías, legados y movimientos* de Jacqui y Talpade (2004):

La descolonización implica pensarse fuera de los espacios de dominación, pero siempre en el contexto de un proceso colectivo o comunitario; la diferencia entre la identificación como mujer y la conciencia de género, la primera hace referencia a una designación social, la última a una conciencia crítica de las implicaciones de esa designación. Este pensarse «fuera de» la colonización sólo es posible mediante la acción y la reflexión, a través de la praxis (Jacqui y Talpade, 2004, p. 162).

Por eso, estas autoras recuerdan el trabajo realizado por Panjabi cuando estudia el trabajo de reconstrucción narrativa y de resistencia de mujeres presas, que desarrollan una conciencia política a través de la escritura sobre la represión que sufren:

Se trata de una forma de movilización a través de la escritura. Una forma de descolonización, de imaginar la comunidad de un modo diferente, es pensarse a una misma fuera de este espacio de extrema represión [...]. Al explorar la agencia de las mujeres en la creación activa de relaciones, valores y formas de comunicación contra-hegemónicas, para desafiar la colonización deshumanizadora de la prisión, los análisis de Panjabi sugieren que estas genealogías del sujeto político son diferentes de la narrativa del llegar-a-ser del sujeto femenino individual del feminismo liberal (Jacqui y Talpade (2004, p. 178).

El ejemplo es muy significativo para valorar la experiencia de las mujeres colonizadas o sometidas a mayor presión excluyente, al igual que

ocurre con nuestras mujeres africanas migrantes; su vida, por tanto, es radicalmente diferente y tiene claves de transformación que superan las de los relatos de las feministas occidentales. La toma de conciencia de su condición está articulada por numerosos, diferentes y más potentes mecanismos: “La historia de la dominación de las gentes de color es la historia de estos procesos coloniales y poscoloniales y de las sucesivas clasificaciones, jerarquizaciones y explotaciónes a las que dieron lugar a lo largo del desarrollo del capitalismo” (Karakola, 2004, p. 17).

6.3. Migración y transmigración

El mundo complejo que enmarca este análisis obliga también a una reflexión sobre la forma de percibir el mundo que, precisamente, en la migración logra toda su dimensión, ya que permite la multiplicidad de puntos de vista. El complejo mundo actual está en movimiento, atravesado por los avances de la tecnología y el transporte: “El viaje es ahora, más que la tarea que distingue al antropólogo, una condición de vida de las culturas” (García Canclini, 2004, p. 91). La nueva realidad se enfrenta a las visiones unicistas que se habían desarrollado desde los *países centrales* que, en el estudio de las migraciones, habían desarrollado un análisis simplista en relación con los impactos que los movimientos de población tenían en sus propias sociedades. De hecho, el estudio de las migraciones ha estado marcado por el punto de vista del campo de producción epistemológica, es decir, por la mirada del mundo más desarrollado y rico: “Durante mucho tiempo en Europa han preocupado más las consecuencias de la emigración que las de la inmigración” (Enzensberger, 1992, p. 37). Eso fue cuando Europa migraba; ahora que recibe la inmigración, el análisis se ha invertido.

El movimiento y las interacciones son conceptos que han trastocado por completo las aparentemente sólidas conclusiones del conocimiento científico de lo social, a pesar de que la rigidez de la epistemología se ha resistido a una concepción dinámica y al reconocimiento del caos. Balandier (1988, p. 231) —que realizó la primera propuesta de revisión del corpus doctrinal en un ensayo en el que consagra el desorden como forma de comprensión del mundo— ya apuntó la necesidad de revisar los posicionamientos científicos: “Las ciencias humanas encuentran en este terreno un desafío fundamental: el movimiento las trastoca, arrasa muchas de sus certidumbres, desplaza las fronteras que delimitan territorios de especialización”. Para las ciencias sociales ha supuesto una apertura a otras

miradas y el estudio de las interacciones dinámicas que se registran en los fenómenos complejos de lo social. El resultado es una multiplicidad de puntos de vista y su mestizaje, de lo cual ha hablado García Canclini (2004, p. 161): “Hoy imaginamos lo que significa ser sujetos no sólo desde la cultura en que nacimos, sino desde una enorme variedad de repertorios simbólicos y modelos de comportamiento. Podemos cruzarlos y combinarlos”.

Para ello, utilizaremos el concepto de transmigración —muy poco utilizado quizá por su otra acepción—, que resulta de las interacciones sociales y de un concepto dinámico de las migraciones. Además, la transmigración también supone analizar los efectos que las restricciones a la entrada en los países receptores de migración tiene sobre los individuos:

Los sentimientos que despierta el partir son considerablemente modificados por la vivencia de tener la posibilidad de retorno o no tenerla, como desarrollaremos más adelante. Esto hace grandes diferencias entre las migraciones deseadas y las forzosas; las “temporarias” con fecha prefijada de retorno, las que tienen una posibilidad de duración indefinida y las consideradas “definitivas” (Grinberg y Grinberg, 1984, p. 79).

En el terreno de la integración y asimilación, y en la influencia que sus vivencias tienen sobre las comunidades de origen, la diferencia es esencial en actitud, tal y como han analizado los Grinberg (Id., pp. 176-177).

El fenómeno, por tanto, es transnacional, una característica permanente para definir su impacto en las personas y las sociedades que interaccionan. No se define exclusivamente por el lugar de residencia, por el cruce de una frontera, sino en función de la implicación de lo social, a través de redes de compatriotas, de migrantes, familiares que viven cambios e influencias, tal como se refleja a lo largo de la novela *En un lugar del Atlántico*: “Busco mi país allí donde se aprecia al ser complejo, sin disociar sus múltiples estratos. Busco mi país allí donde se desvanece la fragmentación que define la identidad...” (Diome, 2003, p. 270).

Las presencias y ausencias en los lugares originarios o en las sociedades que reciben a los migrantes, y el concepto temporal o permanente de esta migración tienen peso en su consideración. En realidad, con las migraciones comienza a tomar cuerpo la integración en una comunidad transnacional forjada de influencias de dos o más mundos,

de las comunicaciones que en torno a estos desplazamientos se producen, de los beneficios económicos y de expectativas de vida que presenta.

Mientras la trasmigración influye en toda la red social próxima al fenómeno, sólo el individuo que se desplaza es el transmigrante. En el ámbito de la globalización, la comprensión de la migración se amplía, influida por el transnacionalismo, por las comunidades transnacionales que viven el intercambio de información, cultura y recursos, un capital social que se amplifica en torno a la migración. De hecho, para muchas sociedades africanas, de países olvidados y asolados, se trata de la única forma y experiencia que las vincula con la realidad globalizada y con el destino de otros territorios.

Los propios migrantes generan un espacio conectado con otros, no necesariamente próximo en la distancia geográfica pero estrechamente vinculado con el lugar de destino. Enrique Santamaría (2002) lo destaca como un proceso que se registra —por encima de las instituciones— por parte de todas aquellas gentes que interconectan y (re)construyen espacios de intercambio y de intercomunicación y (re)crean concreciones culturales, que al mismo tiempo trascienden y están constreñidos, por las fronteras nacionales. En gran medida, los migrantes están conformando mundos anónimos, cotidianos, socialmente invisibles e incluso denostados, que corren paralelos a los grandes procesos de mundialización de las economías y de la comunicación”. (Santamaría, 2002, p. 185)²⁷.

La trasmigración es un lugar de relación transcultural, fruto de la demanda de trabajo transnacional, en el que perviven formas culturales de un origen diferente, a veces conocidas como subculturas locales (Sassen, 2003). Esa comunidad transnacional, no necesariamente vinculada al lugar de destino, a través de sus interacciones generan un mundo a caballo entre dos sistemas culturales diferenciales que operan como referencias, allí donde se amplían los espacios de reproducción social y económica. Es, por decirlo de alguna forma, una visión ampliada del concepto de migración, en la que no sólo se contempla el fenómeno en un sentido único, marcado por el origen y destino del proyecto vital de una persona, sino de la doble dirección de sus pautas culturales, su comportamiento social, su mundo de referencia, sus recursos y las influencias informativas.

También se amplía a los grupos de referencia tanto en origen como en destino —entre los que se marcan las interacciones sociales fruto de la

²⁷ El concepto entronca con el de “no-lugar” de Marc Augé, un espacio de sobremodernidad que se establece por la conexión entre individuos por encima de los espacios físicos. Su trabajo en este campo integra a la perfección los mundos de la globalización cultural (Augé, 1992).

migración—, y a las realidades cotidianas atravesadas por las industrias culturales que ha descrito García Canclini (1990):

Los procesos globalizadores acentúan la interculturalidad moderna al crear mercados mundiales de bienes materiales y dinero, mensajes y migrantes. Los flujos e interacciones que ocurren en estos procesos han disminuido las fronteras y aduanas, así como la autonomía de las tradiciones locales, y propician más formas de hibridación productiva, comunicacional y en los estilos de consumo que en el pasado. A las modalidades clásicas de fusión, derivadas de migraciones, intercambios comerciales y de las políticas de integración educativa impulsadas por Estados nacionales, se agregan las mezclas generadas por las industrias culturales (García Canclini, 1990, p. 23).

La perspectiva es compleja y rica, ya que no supone que el proceso iniciado con una migración sea un viaje sin retorno y de ruptura con el pasado y el mundo de referencia de donde parte el movimiento migratorio. Estas trayectorias individuales enriquecen los mundos sociales que las rodean; muestran estrategias personales y de género para reconducir el futuro por un sendero propio, para hacer trascender su relato e incorporarlo a los individuos y pueblos más allá de sus fronteras²⁸.

Una de las singularidades de esta literatura de mujeres es que se mantiene el concepto colectivo de la identificación personal, como pasaba en la literatura masculina. En occidente, sin embargo, el punto de partida es mucho más individualista. Pero, en paralelo, supone también nuevas formas de comprensión de las identidades marcadas por múltiples referencias que genera la fragmentación de las respuestas al cambio, en las que Virginia Maquieira (2006) llama la atención sobre su impacto en el feminismo:

Las fragmentaciones aludidas pueden tener consecuencias para el feminismo como movimiento emancipador en la medida en que fragmenta la constitución de las mujeres como sujeto

²⁸ Interesante análisis de las metanarrativas dominantes en Carrera Suárez (2005).

político y, más aún, cuando la utilización de la diferencia cultural se erige como frontera infranqueable y, a la vez, como soporte incontestado de la desigualdad (Maquieira, 2006, p. 41).

En este ámbito, se produce el análisis de las transformaciones sociales que surgen de los movimientos migratorios y que permiten nuevas estrategias de reproducción del discurso de dominio y las lógicas patriarcales: “Existe también un importante y nuevo enfoque que apunta hacia las nuevas formas de solidaridad transfronterizas, las experiencias de pertenencia y de elaboración de identidad que representan las nuevas subjetividades femeninas, incluyendo las subjetividades feministas” (Sassen, 2003, p. 49). Sin embargo, García Canclini (2004) aporta una visión más amplia del fenómeno, en la que se vislumbra la creación de sociedades nuevas:

Los relatos de los migrantes pobres y exilados políticos no hablan con tal entusiasmo de los aeropuertos y las fronteras como “oasis de no pertenencia”, ni como tierras que no son de hombres ni de mujeres. Para ellos ser sujetos tiene que ver con buscar nuevas formas de no pertenecer, de tener derechos y enfrentar violencias. Para estos desplazados y desplazadas la apertura multicultural de nuestra época globalizada nos acompaña con estructuras y leyes que garanticen seguridad social a quienes migran o van y vienen entre sociedades diversas. Apenas comienza a diferenciarse el distinto sentido que tiene para diferentes clases sociales la reconstrucción actual de las identidades y la subjetividad. (García Canclini, 2004, p. 164).

En este proceso de reconstrucción —para el que García Canclini dibuja un futuro más plural e integrador—, Mattelart, entre otros muchos autores, ha detectado también una regresión, una tendencia hacia la “balcanización de identidades”, que transita en paralelo y como contrapunto. Menciona muestras de fenómenos que se repiten en ámbitos de convivencia intercultural cuando se entiende el entorno como una amenaza de homogeneización. Son los conflictos étnicos, el resurgir de nacionalismos y confesionalismos, los choques culturales (Mattelart, 2005, p. 109). En ese punto de vista coinciden otras revisiones de la situación, que llaman la atención sobre la forma en que se esencializan las culturas

sobre verdades aparentemente irreductibles y que evitan la comunicación: “El problema reside en que las culturas corren el riesgo de atrincherarse y devenir en totalizaciones excluyentes cuanto mayor es la dominación y el conflicto en el terreno de las interacciones” (Maquieira, Gregorio y Gutiérrez, 2000, p. 384).

Desde el punto de vista de nuestras mujeres migrantes, el entorno y el cambio de la transmigración se vive a menudo medido por las pérdidas que han experimentado en la aventura migratoria. Esta visión impide, en muchas ocasiones, medir la experiencia por su riqueza, por los aportes que recibe para una nueva identidad, rica y plural, fruto del cambio:

Antes de ser inmigrante, se es emigrante; antes de llegar a un país se ha tenido que abandonar otro, y los sentimientos de una persona hacia la tierra que abandona no son nunca simples. Si se va es porque hay cosas que rechaza: la represión, la inseguridad, la pobreza, la falta de horizontes. Pero muchas veces ese rechazo va acompañado de un sentimiento de culpabilidad (Maalouf, 1999, p. 52).

6.4. Los mitos de la migración

A lo largo de las páginas de las cuatro novelas son muy numerosas las muestras de una visión idealizada de la migración y de Europa, así como del engrandecimiento de los migrantes en el imaginario social de los países de procedencia, hasta el punto de convertirse en un discurso mítico que propone sólo argumentos que estimulan los movimientos migratorios; discurso que, además, se refuerza con insistencia en el recurso de la falta de perspectivas en su tierra natal. De hecho, a partir de esa percepción elaboran en muchos de los casos un proyecto migratorio con aspiraciones de movilidad social, a la altura del modelo paradisiaco que muestran los medios pero, en muchas ocasiones, como ha reflejado Laura Oso (2005, p. 87), con recorridos diferentes e incluso opuestos al sueño que habían forjado.

Sin embargo, estas mujeres introducen importantes elementos realistas en los retratos idealizados que hacen de todo lo que está más allá de sus fronteras. Son distintos los medios de que se valen para devolver la realidad al relato migratorio: la perplejidad ante las expectativas, la ironía o la simple denuncia son algunos de ellos. Si recordamos las palabras de

Bourdieu sobre la dominación simbólica aplicada al caso de la mujer, y la trasladamos al análisis de una zona de África, Senegal, veremos de qué manera repercute sobre sus habitantes, aspirantes a la migración:

Convendría retomar aquí el análisis de los efectos de dominación simbólica que se ejercen a través de los mecanismos implacables de la economía de los bienes culturales para hacer ver que las mujeres que no pueden lograr la emancipación (más o menos aparente), salvo mediante una participación más o menos activa en la eficacia de esos mecanismos, están condenadas a descubrir que no pueden alcanzar su liberación real salvo mediante una subversión de las estructuras fundamentales del campo de la producción y de la circulación de los bienes simbólicos, como si éste no les diese los visos de libertad más que para mejor conseguir de ellas la sumisión diligente y la participación activa en un sistema de explotación y de dominio del cual ellas son las primeras víctimas. (Bourdieu, 1992, p. 45).

De entre estas novelas hemos destacado, por su planteamiento intercultural —muy próximo a la antropología—, *En un lugar del Atlántico* en cuyo relato se cruzan los puntos de vista de los dos mundos. Aquí el recurso narrativo discontinuo en tiempo y en espacio acerca en paralelo las semejanzas y diferencias de las dos sociedades de referencia, mientras relativiza el abismo abierto entre la percepción impulsada por pautas culturales externas y la realidad de quienes han vivido la experiencia.

En la mayor parte de las referencias sacadas de estos relatos, el simple hecho de haber estado en Europa o tener un familiar que vive allí —o un hijo en América, como en *Las delicias de la maternidad*— ya otorga prestigio no sólo al emigrante sino también a su familia, como se lee en Darko (1991, p. 63), aunque es Fatou Diome la que mejor refleja aspectos míticos de esta construcción social: “Convertido en un emblema de la emigración fructífera, le preguntaban su opinión sobre todo, los rostros se tornaban corteses al encontrarle, incluso la arena se alisaba al paso de sus largos bubúes almidonados” (Diome, 2003, pp. 36, 98 y 144). Se construyen personajes que viven de ese prestigio tan sólo por facilitar información —aunque sea ficticia— de alguien que vive en Europa o de cómo se agiganta el destino de aquellos que se decidieron por la experiencia migratoria, a los que se les concede la reputación engañosa de una falsa identidad:

Así pues, mientras que para realzar la propia imagen los auxiliares de enfermería se hacen pasar por médicos, los maestros suplentes por profesores, los botones por gerentes de hotel, cierta gente que va de vacaciones cuenta con todo detalle la vida de personas sobre las que no se sabe nada (Diome, 2003, p. 174).

Sin embargo, también la ironía se muestra en comentarios que relativizan los mitos, los retratos idealizados. “No había sido más que un pobre negro en París y, a su regreso, comenzó a alimentar los espejismos que le aureolaban de prestigio” (Id., p. 92)²⁹. Son características que, atribuidas a algún personaje, lo engrandecen, pero que también se vuelven con la misma intensidad en contra de él: “Ya no brilló con la luz europea y se volvió menos interesante que el más sedentario de los insulares. Casi todo el mundo lo despreciaba” (Id. p. 115). Estas pinceladas dan idea de cómo se vive en el entorno la experiencia migratoria o, mejor, el mito de la migración, que estas escritoras atacan en muchos casos con un estilo irónico.

Las mujeres son las que escapan en estos relatos a los beneficios del prestigio social que, en muchos lugares de África, han adquirido aquellos que se lanzaron a la aventura de Eldorado. En ningún caso las mujeres migrantes reciben el mismo reconocimiento y beneficio simbólico de su migración porque, como Bourdieu afirma, su realismo les permite escapar a esos engaños. El sociólogo francés lo considera un privilegio negativo, porque juega en su contra: “Las mujeres gozan del privilegio (negativo) de no dejarse engañar por los juegos en los que se disputan los privilegios, y de no estar atrapadas, al menos directamente, en primera persona” (1992, p. 33).

A pesar del realismo de estas mujeres, el imaginario cultural de esas sociedades se ha forjado también por los efectos de la globalización cultural, a la manera de un neocolonialismo que amplifica las ventajas del desarrollo entendido al modo occidental y las muestra a diario a través de los medios de comunicación. La novela *En un lugar del Atlántico* muestra un abanico de referencias de esos efectos: “En su cabeza no existía ninguna duda: si su hermana salía por la tele, sobre todo en Francia, tenía que ser rica. Por otra parte, no es necesario vivir en el tercer mundo para sucumbir a la magia de los medios de comunicación” (Diome, 2003, p. 169).

²⁹ Vid. etnicidad en Malgesini y Giménez. (2000, p. 159).

El resultado de esos mensajes hegemónicos —construidos sobre los valores simbólicos, al igual que los que han propiciado el patriarcado³⁰— es demoledor para los que sufren estos estereotipos y prejuicios. Fatou Diome lo refleja así con acidez:

¡Devaluación! ¡Demolición de nuestra moneda, de nuestro porvenir, de nuestra vida a secas! En la balanza de la globalización una cabeza de niño del tercer mundo pesa menos que una hamburguesa ¡Y las mujeres perseveran! Ciegas o cegadas, corren hacia el sacrificio, en el altar de la maternidad, a la gloria de un dios que sólo les concedió ovarios para justificar su existencia [...] aquí ni siquiera se cuenta las parturientas y los recién nacidos que mueren por falta de medicamentos, pero eso no desalienta a nadie. Se los entierra enseguida y se olvidan tan deprisa como los sueños. (Diome, 2003, p. 197).

Hay muchos pasajes en esta novela que insisten en este aspecto. Son muestras brillantes del abismo que abre la colonización cultural. De ellos, destacamos éste por su valor descriptivo:

En la tele sólo dan publicidad. Coca-Cola hincha sin ningún miramiento su cuenta de resultados hasta en esos parajes... donde el agua potable sigue siendo un lujo. Sobre todo no temáis, así Coca-Cola hará crecer trigo en el Sahel. Atraída por la tele, una pandilla de chiquillos raquíticos de siete a diez años, cuyos únicos juguetes son trozos de madera y latas de conserva recogidas en la calle, se troncha viendo la sugerente escena de la publicidad: un muchacho se acerca a un grupo de chicas que parecen ignorarle, ofrece una Coca-Cola a la más hermosa y la invita; esta, tras un refrescante trago, ofrece generosa su cintura al muchacho, que la abraza y se alejan juntos, sonriendo” (Diome, 2003, p. 20).

Este dominio simbólico de lo mediático tiene efectos en el imaginario de la migración pero también en el relato que sobre los conflictos y problemas de muchos países africanos se traza:

³⁰ Vid. Bourdieu (1992) y en Carrera Suárez (2005).

No hay más que ir al África subsahariana y ver cómo en los míseros extrarradios urbanos los habitantes semidesnudos siguen las teleseries norteamericanas protagonizadas por petroleros de Texas o elegantes modelos de Los Ángeles. Y, peor todavía, cuando la imagen e interpretación de sus complejos conflictos intestinos tribales y poscoloniales (en Somalia, Liberia, Zambia, Ruanda, Eritrea) las reciben a través de las versiones manufacturadas por los camarógrafos y los apresurados periodistas occidentales que les han rendido fugaz visita. Es decir, el sur contempla e interpreta sus propios dramas colectivos a través de las versiones que ha construido y difundido el norte. Así el sur se ve a sí mismo con los ojos del norte. (Gubern, 2000, p. 64).

El impacto cultural, además del económico, es muy importante y genera una dependencia de los intereses y gustos del mundo dominante (Id., p. 63) a la que Laura Oso (2005, p. 87) ha prestado una especial atención, por encima de la movilidad social incluso: “Contrariamente a esta visión, pretendo sacar a la luz que las estrategias son, por un lado, muchas veces familiares y, por otro, no tan racionales: el componente imaginario y simbólico suele pesar considerablemente en el comportamiento estratégico”. En este terreno, Rodríguez (2005, p. 174) recuerda a la luz de las investigaciones de Stuart Hall sobre los estudios culturales, que los espectadores son productores de sentido que terminan apropiándose de forma activa de los mensajes mediáticos. La percepción externa del fenómeno suele simplificar la cuestión como un elemento de homogeneización y de estándares globales en el consumo de productos, pero además “no sólo se produce una polarización creciente entre países y territorios sino también la dualización interior de las sociedades “nacionales” (Alonso, citado por Maquieira, Gregorio y Gutiérrez, 2000, p. 380).

El dominio simbólico visto y el impacto que tiene sobre las mujeres también operan —a través de los medios de comunicación, aunque con distinta lógica— sobre los candidatos a la migración. El capital simbólico también ha contribuido a engrandecer el fútbol dentro de un mundo globalizado:

Por fin, se da cuenta de que en nuestra época el fútbol es un trabajo estupendo; de hecho, la salida de emergencia ideal para los hijos del tercer mundo. Más aún que el globo terrestre, el redondo balón permite a nuestros países subdesarrollados detener un instante la fugaz mirada de occidente que, por lo común, prefiere hablar de las guerras, las hambrunas y los estragos del sida en África, contra los que no estaría dispuestos invertir el equivalente del presupuesto de un campeonato (Diome, 2003, p. 254)³¹.

Incluso este mundo del fútbol sirve para reflejar con dureza el fracaso de las políticas de integración³² en las sociedades receptoras y el mantenimiento del racismo: “Y en cuanto a su política de integración, sólo sirve para la selección nacional de fútbol. Negratas, blancos, moracos no es más que el eslogan de un cartel pegado en su escaparate mundial...” (Id., p. 189). Otras reflexiones de la protagonista, Salie, devuelven la realidad a esos mitos; el extranjero que retrata es una construcción de la ciudadanía occidental: “El precio de un visado que los senegaleses pagan para ir a Francia equivale a un salario mensual local, mientras que cualquier francés puede entrar cuando quiere en Senegal, sin formalidad alguna” (Id., p. 263).

Salie, la protagonista de *En un lugar del Atlántico*, toma partido ante estas situaciones y trata de desalentar a los que proyectan la migración: “Para mí no se trata de desalentaros, sino de advertiros. Si llegáis sin papeles, corréis el riesgo de tener graves problemas y de llevar una miserable vida en Francia” (Id., p. 186). Ella dispone de muchos argumentos ya que la construcción de la identidad del inmigrante en Europa está llena de contradicciones que se articulan en ocasiones en torno al concepto de ciudadanía: “En Europa, hermanos míos, de entrada sois negros, en segundo lugar ciudadanos, definitivamente extranjeros, y eso no está escrito en la Constitución, pero algunos lo leen en vuestra piel” (Id., p. 187); Recuerda, igualmente, la exclusión en la que viven los inmigrantes en Europa — “Algunos cambiarían de buena gana su vida por la tuya. Acurrucados bajo los puentes o en los pasillos del metro, los sin-

³¹ Se trata de un ejemplo más de colonialismo cultural: “La televisión mostraba también otros grandes clubes occidentales, pero ni por esas. Tras la colonización históricamente reconocida reina ahora una especie de colonización mental: los jóvenes jugadores veneran y veneran aún Francia. A su modo de ver, todo lo envidiable procede de Francia” (Diome, 2003, p. 55).

³² Integración, racismo, extranjero, ciudadanía, exclusión son términos definidos en Malgesini y Giménez (2000, pp. 245, 337, 183, 61, y 173).

techo seguramente sueñan a veces con una choza en África” (Id., p. 189)—
o las restricciones a la entrada en Europa tan asimétrica y excluyente:

Así pues, la enfermedad es considerada como una tara que impide el acceso al territorio francés. Recuerden que, en la época en que se vendían, todos revueltos, negros, ébano y especias, nadie compraba esclavos enfermos. Y, en las colonias, los autóctonos creyeron durante mucho tiempo que el dueño blanco nunca se ponía enfermo, pues todo resultaba útil para mantener el mito de su superioridad (Id., p. 227).

Conceptos como migrante, extranjero, ciudadanía, racismo, integración, etcétera, en el fondo, se regulan desde el mundo económico que marca la exclusión de los individuos y de las identidades:

Para el sistema económico, los individuos adquieren valor en las relaciones de intercambio (como fuerza de trabajo por salario); cuando los sujetos toman conciencia de la mengua o la desaparición de su “valor de mercado”, sienten que han perdido no sólo su valor sino también su dignidad como seres humanos, como padres, como proveedores, como ciudadanos. La destrucción del valor de la persona en el proceso económico implica también la destrucción del sentido del valor sobre el que se construye la propia identidad social. Se destruyen valores y sentidos de realidad. (Vizer, 1999, p. 176)

6.5. Cruce de fronteras: Literatura, migración y género

Literatura, migración y género son los ámbitos que trato de cruzar para este análisis porque de ello surge una transparencia de los fenómenos sociales, de las construcciones discursivas, y de los hechos cotidianos. Son los movimientos que impulsan a estas mujeres a la acción y a un cambio en su destino con voluntad propia. Tres campos diferentes que confluyen en una mentalidad fronteriza (Mignolo, 2003) donde los cambios no sólo se pueden observar desde el lado de las pérdidas, sino como oportunidades para una nueva comprensión de fenómenos complejos en el mundo social. La comprensión sistémica de la relación entre literatura, género y migración supone un efecto amplificador de esta encrucijada en la que las

interacciones, las relaciones cruzadas entre estas disciplinas con un efecto de realimentación, son dinámicas y en diferentes direcciones, de forma que fruto de ellas surge una capacidad transformadora de los individuos y la sociedad. Pero, además, son territorios para desarticular aspectos ocultos de las construcciones sociales.

En primer lugar, la literatura y la sociocrítica permiten analizar el discurso —como dispositivo de poder que oprime a estas mujeres— y las lógicas sociales de la exclusión: “La propia literatura da voz y vida y cuerpo a las mujeres, de modo que ellas mismas encuentran en la literatura no sólo un medio para expresarse, sino también el contenido de su propia identidad” (Cereceda, 1996, p. 313). Esta es la posición de estas mujeres a la hora de enfrentarse al papel, a la necesidad de narrar sus experiencias y explicarse a sí mismas con trascendencia social. Nuestras mujeres migrantes africanas encuentran en la práctica literaria una oportunidad de reconstrucción personal tras la migración:

El exilio es mi suicidio geográfico. Lo que está más allá me atrae pues, virgen de mi historia, no me juzga sobre la base de los errores del destino, sino en función de lo que he decidido ser; es para mí una prenda de libertad, de autodeterminación. Partir es tener valor de parirse a una misma, pues nacer de sí es el más legítimo de los nacimientos. Y al diablo las separaciones dolorosas y los kilómetros de nostalgia; la escritura me ofrece una sonrisa maternal, cómplice, pues, libre, escribo para decir lo que mi madre no se atrevió a decir y a hacer” (Diome, 2003, p. 240).

Vemos así que, a través de la expresión narrativa de su propio yo, reorganizan su identidad y su reconocimiento como sujetos protagonistas de su historia: “Pero de este modo la literatura no es sólo el medio en que esta identidad se configura, sino que es ella también la que dispone el terreno para la afirmación de la subjetividad femenina” (Id., p. 312). A fin de cuentas, como Adela Cortina (1997, p. 199) afirma, “la identidad no nos viene dada, sino que la negociamos, de ahí la importancia de las luchas sociales emprendidas por obtener el reconocimiento de los otros significativos”.

Esta incursión en el mundo de la palabra pública rompe el mundo simbólico dominante, tanto el del silencio femenino como el de la ocupación sistemática del discurso por voces masculinas. Se trata de una

fractura en las prácticas opresivas que se generalizan en torno a las mujeres y que tan bien ha definido la antropóloga Dolores Juliano (2004):

Mi propuesta de los 'no discursos' se refiere a un sentido más fuerte del concepto. No se trataría de ámbitos de enlace entre las distintas prácticas discursivas, sino de lo no dicho porque no puede decirse, aquello que no puede enunciarse porque implica conflicto de valores o contradicciones en las prácticas. Se trata de aquello que de decirse nos revelaría como lo que no queremos ser. (Juliano (2004, p. 122).

Pero además consiguen a través de sus relatos la vinculación entre el discurso y la experiencia propia, incorporando —como he mencionado en páginas anteriores— la subjetividad al conocimiento de lo real. La perspectiva se refrenda tanto desde la epistemología como desde la literatura y coincide con los planteamientos feministas:

Característica de las primeras fases ha sido la resistencia a considerar ajenas y sin conexión literatura y experiencia vital, lo cual se manifestó formalmente en un modo de crítica autobiográfica o incluso abiertamente confesional, algo que chocaba violentamente contra los estándares de impersonalidad de la mayor parte de la escritura crítica. Pero ha sido uno de los axiomas fundamentales del movimiento feminista el de que *lo personal es político*. (Suárez, 2000, p. 36).

La literatura como disciplina aporta a su vez suficientes patrones de estudio para estas novelas, para los relatos tradicionales, para el análisis de las construcciones simbólicas, de los mitos, de las tradiciones, de las construcciones culturales y del imaginario social:

Las metáforas, iconos, imágenes e ideas, mediante las que son representadas las mujeres procedentes de otros países que han emigrado a Europa no son infrecuentes, teniendo además importantes repercusiones políticas y económicas. Por ejemplo, baste recordar la reciente polémica mantenida en Francia acerca del velo, que se ha resuelto mediante la prohibición

expresa del uso de símbolos religiosos “ostentosos” en las escuelas públicas francesas. (Gregorio, 2004, p. 14).

En segundo lugar, el género logra una gran fuerza para visibilizar las desigualdades que ha generado la sociedad patriarcal, y la necesidad que en ella existe de mantener el criterio de la patrilinealidad como sistema reproductor. El blindaje sistemático de sus argumentos —que hemos visto que se repite en diferentes culturas y momentos— ha permitido su mantenimiento, así como una oposición frontal y potente a cualquier práctica de apertura a nuevas lógicas. Juliano (2004) ha detectado al respecto la capacidad reproductora del modelo en lo que se refiere a las prácticas discursivas:

Se puede agregar que —si bien la estigmatización de las mujeres que se apartan de las normas es un fenómeno de larga duración temporal— los discursos a partir de los cuales este rechazo se manifiesta se actualizan constantemente, recurriendo a las argumentaciones que puede parecer más legítimas en cada período o lugar (Juliano, 2004, p. 17).

La condición de género gana una nueva dimensión cuando se articula entre literatura y migración. Al iniciar estas dos experiencias, estas mujeres ven que se abren otros horizontes posibles, a la vez que se afianza en ellas su propia toma de conciencia, ante la presión de mundos que repiten su hostilidad cuando se expresan o se movilizan para encontrar un camino propio: “Han sido necesarios muchos años de movimiento feminista para que las mujeres trasgresoras pudieran representar como legítima su trasgresión” (Id., p. 158).

Del análisis transversal de género de las culturas que participan en la experiencia de transmigración resulta también el reconocimiento de la diferencia, una exigencia que hemos visto reflejada en otros feminismos no occidentales y que Carmen Gregorio (2004) destaca con claridad:

Ni todas las mujeres marroquíes o musulmanas están oprimidas, ni todas las mujeres europeas están liberadas, porque ser marroquí, musulmana o europea, no tiene un significado único independiente de realidades concretas de mujeres de carne y hueso. El juego de identidades que remiten a una diferencia étnico-cultural no puede ser observado al

margen del contexto que le dota de sentido político (Gregorio, 2004, p. 30).

El grado de compromiso que se ha alcanzado a través de los feminismos se hace imprescindible para estas mujeres tanto en la esfera personal como en la política. Su fuerza transformadora arranca de la propuesta de Simone de Beauvoir (1949) y queda reflejada en la práctica cotidiana de estas mujeres a la par que en la crítica feminista, “que es indisoluble de la lucha del movimiento feminista por la liberación de las mujeres y, en consecuencia, no busca sólo interpretar el mundo sino, y fundamentalmente, cambiarlo” (Suárez, 2000, p. 37).

Por último, el campo de las migraciones como muestra una construcción desigual y desequilibrada de la globalización y de la economía:

Curiosamente, en un momento en que las fronteras nacionales se desdibujan a favor de unidades políticas más influyentes, y al mismo tiempo que las fronteras se abren para posibilitar la libre circulación de capitales, se refuerzan los controles para la circulación de personas y se produce un proceso de ilegalización/criminalización de inmigrantes sin precedente en la historia” (Juliano, 2004, p. 35).

Las contradicciones del proceso se explican para Maquieira (2006, p. 8) en el marco de la globalización, que genera tensiones en direcciones opuestas a la vez que multiplica sus efectos amplificadores sobre realidades que se mantienen inmutables y que, de nuevo, perjudican a las mujeres: “Mantiene vigiladas las fronteras de género para reproducir un enorme diferencial de renta, poder y prestigio”. Maquieira (Id) profundiza en ello en este retrato del mundo desigual, atravesado por la globalización:

Se suele presentar como un sistema social homogéneo cuando, en realidad, y debido a la creciente estratificación que señalábamos, produce acumulación de riquezas sin precedentes y a la vez pauperización; genera desplazamientos voluntarios de viajeros cosmopolitas para quienes no existen fronteras, con la consiguiente posibilidad de pertenecer a un solo mundo. Al mismo tiempo, la carencia de recursos y los conflictos armados producen desplazamientos forzosos de población (inmigrantes y

refugiados) para quienes las fronteras son cada vez más férreas en los países de destino. Para muchos otros ni siquiera existe la posibilidad de la movilidad y se ven abocados a sufrir todo tipo de padecimientos en sus contextos locales (Maquieira, Id., p. 38).

Juliano, por su parte, defiende que esta posición supone el terreno en el que se abona el rechazo social, a fuerza de sumar discursos deslegitimadores de sus iniciativas y puntos de vista; la práctica discursiva se mantiene y se transforma gracias a la capacidad de manipulación del campo simbólico:

Han cambiado los rótulos estigmatizadores y las legitimaciones de la desigualdad social, pero se mantiene la esencia misma de la manipulación. Como en las etapas anteriores se divide a la gente entre inocentes y culpables y los que tienen el poder de manejar los discursos legitimadores. El resultado es quitar de la vista las desigualdades que podrían parecer intolerables, en medio de presuntos logros democráticos” (Juliano, 2004, p. 37).

En este terreno de violencia simbólica —que paraliza a sus víctimas a través de estigmas y de la desvalorización de sus acciones— se crea el caldo de cultivo de la violencia material que, mediante estas construcciones, no se muestra como ilegítima (Id., p. 68). Sobre las mujeres migrantes africanas, a las que se suma en la mayoría de los casos la ausencia de “papeles”, actúa la violencia material de forma excepcional — ya lo mencioné en el capítulo “Abusos sobre el cuerpo, abusos sobre la mujer”. En definitiva, el efecto es de nuevo la exclusión: “El objetivo no es acabar con estos sectores, necesarios para la economía, sino privarlos de derechos y hacerlos invisibles para su mayor explotación” (Id., p. 37).

A pesar de todo ello, estas mujeres muestran una gran capacidad de transformación de sí mismas en la experiencia migratoria, en la cual, al margen de las pérdidas, encuentran aspectos positivos como la oportunidad para relativizar sus mundos culturales, de poner en cuestión temas ancestrales y rechazarlos o recuperarlo; lo hacen según un criterio propio, fruto de una nueva libertad personal en la que el subjetivismo dignificado a través de la literatura es un instrumento para la reinterpretación del mundo.

De hecho, la migración se interpreta en estas mujeres como una trasgresión —al igual que su incursión en la narrativa. Mateo y Manry (2005, p. 275) estudian la forma en que las sociedades han cuestionado siempre la movilidad femenina porque las aleja del espacio destinado a la reproducción; siempre hay una actitud crítica del colectivo ante estas expresiones de libertad femenina, ya sea por un simple viaje, a favor de un negocio cuando se trata de empresarias étnicas o, como es este caso, para la búsqueda de una nueva expectativa de vida. En el discurso y el imaginario social también hay diferentes patrones a la hora de definir la movilidad, ya que cuando es masculina hay modelos heroicos y míticos que facilitan su comprensión:

Los modelos a los que se recurre en caso de inmigrantes y artistas hombres son los modelos heroicos. Las sociedades androcéntricas no proporcionan estos modelos de valoración a las mujeres, que emigran entonces, pero son vistas como si no emigraran, transgrediendo sin cuestionar [...], o se ven en la necesidad de interpretar a posteriori unos modelos en los que no estaban incluidas. Pero no sólo el modelo de migración es diferente, sino que lo son también los tiempos en que se realiza (que no coinciden con los de los desplazamientos masculinos), y las redes en las que se apoya. (Juliano, 2004, p. 184).

Una vez en la sociedad de destino, también sufren la presión del mundo simbólico que permite que se las desacredite ya sea por los rasgos considerados aquí como étnicos o por los dominios culturales:

En los cuerpos de las mujeres se encarnan símbolos culturales y religiosos en mayor medida que en los hombres, respondiendo a prácticas de dominación sobre ellas en momentos históricos concretos: Piénsese en el burka, en los zapatos de tacón, en el achicamiento de los pies, en la extrema delgadez, en la cirugía estética, en el valor otorgado al himen, en la ablación del clítoris. Aunque no debemos dejar de observar cómo sus cuerpos representan también formas de liberación: la minifalda, el pantalón, el velo, los tatuajes... (Gregorio, 2004, p. 22).

Ante esta realidad, Carmen Gregorio (Id., p. 23) se pregunta a quién beneficia este estado de cosas, en el que se utiliza la defensa de la igualdad con resultados que en muchos casos perjudican a las propias mujeres, pues se silencia, se cosifica, se criminaliza y se utiliza para alcanzar otros objetivos.

Sobre la inclusión como ciudadanas de estas mujeres al llegar a sus destinos migratorios, Carmen Gregorio profundiza en la forma en que se generan diferenciaciones que perjudican su integración. La construcción de fronteras simbólicas y reales ejerce en su superposición un efecto negativo sobre las mujeres inmigradas que, como mucho, quedan consideradas como ciudadanas de segunda clase. Las fronteras biológicas inciden especialmente en la capacidad reproductora de las mujeres recién llegadas, de forma que su capacidad de reproducción se proyecta como su principal característica, y su aceptación se pone en manos de las políticas natalistas de los países de acogida. Este aspecto concreto de las mujeres migrantes condiciona su integración, porque se contempla su potencial para provocar un aumento de población con atributos físicos diferentes a los de la sociedad en la que pretenden integrarse. Las fronteras biológicas se han enquistado en un reparto del espacio —privado y doméstico para las mujeres— y el tiempo —la elasticidad del tiempo de las mujeres— que se han constituido también en fronteras materiales para su acceso a la ciudadanía (Maquieira, Gregorio y Gutiérrez, 2000, p. 414).

Al igual ocurre con las fronteras étnico-culturales con las que se justifica un diferente acceso a la ciudadanía: por un lado las representa como “las otras”, mientras el discurso social de integración las dibuja como necesitadas de ayuda y solidaridad. Y sobre estas exclusiones actúa también la de las fronteras territoriales, que se han transformado en los más potentes instrumentos de exclusión. En estas fronteras políticas se apoya la idea de “la invasión”, reforzada por todas las construcciones simbólicas y de dominio alrededor de la ciudadanía, como una nueva barrera de exclusión. Maquieira (Id., p. 403) entiende que la construcción depende de la posición estructural que se apoya en la desigualdad: “Sobre la base de diferencias de género, clase, país de origen y la posición que éste ocupa en el orden mundial, así como en la construcción de diferencias culturales y fenotípicas —en el acceso al mercado de trabajo y a otros recursos sociales y jurídico-políticos”. La propuesta de estas autoras (Id., pp. 434-435) consiste en que el reconocimiento de la ciudadanía para las mujeres, más aún si son inmigrantes, abre el camino a la igualdad y el reconocimiento.

Los ámbitos de deconstrucción de las situaciones de dominio se presentan como plataformas de acción para estas mujeres a través de su experiencia personal. En los casos de mujeres migrantes novelistas ya hemos visto cómo han abordado —a través del análisis crítico de su realidad social antes y después de la migración— la desarticulación de los discursos, una experiencia de reconstrucción personal que tiene los ejes que aquí menciono: la literatura, la migración y el feminismo. Sus pasos adelante en el camino facilitan la transformación social tanto de las comunidades originarias como de las sociedades que después las acogen.

Las sociedades europeas a las que se dirigen las migraciones tienen todavía la gran asignatura pendiente de desarticular el discurso político, social y mediático sobre las llegadas de los extranjeros, un discurso en el que se entrecruzan los dominios simbólicos de diferentes lógicas e intereses. Baudrillard llamaba la atención sobre su construcción intencionada:

Pero cuanto más se sabe que la teoría genética de las razas carece de fundamento, más se refuerza el racismo. Y es que se trata de una *construcción artificial* de lo Otro a partir de una erosión de la singularidad de las culturas (de la alteridad de unas con otras) y de una entrada en el sistema fetichista de la diferencia. Mientras hubo alteridad, extrañeza y relación dual (eventualmente violenta), no hubo racismo propiamente dicho. A grandes rasgos, hasta el siglo XVIII, según dan testimonio los informes antropológicos. Cuando se perdió esta relación “natural”, se entró en una relación exponencial con otro artificial. Y nada en nuestra cultura permite detener el racismo, ya que todo su movimiento va en el sentido de una construcción diferencial enloquecida de lo Otro, y de una extrapolación perpetua de lo Mismo a través de lo Otro. (Baudrillard, 2000, p. 69).

Las propuestas de Teun Van Dijk (1999) sobre el Análisis Crítico del Discurso, aplicadas como un esquema de estudio, que resultan enormemente clarificador sobre la potencia del discurso occidental en las cuestiones como el racismo, la xenofobia o la inmigración³³. La alternativa

³³ Una aplicación práctica se encuentra en *Discurso e inmigración. Propuestas para el análisis de un debate social*, de Antonio M. Bañón Hernández (Universidad de Murcia, 2002). Añadiré también una referencia sobre estrategias excluyentes: “Las estrategias lingüísticas utilizadas para consolidar esas diferencias incluyen el estereotipo, el desplazamiento metonímico, la condensación metafísica, la

en este campo está por construir y es todo un reto como apunta Gérard Imbert: “El reto que tiene actualmente el sujeto europeo es encontrar un discurso justo sobre el otro, que se aparte de dos tentaciones frente al otro: o asimilarlo hasta diluir su diferencia o rechazarlo hasta encerrarlo en guetos por miedo al contagio” (Imbert, 1993, p. 51).

fetichización (por ejemplo, la pureza de sangre de las mujeres blancas, la contaminación mediante mestizaje, etc.), la alegoría ahistórica, y parámetros de ‘explosive, disjointed, repetitive language’”, indicando una “loss of control in the text attributed no to objects of its attention” (*Playing in the dark*, p. 67-69) (Tally, 2003).

CAPÍTULO 7

MUJERES AFRICANAS MIGRANTES

Estas mujeres, con su cruce de fronteras, con sus viajes, amplían sus horizontes y enriquecen a sus comunidades, a la vez que fuerzan al cuestionamiento de las identidades europeas: “Planteo que la visibilidad corporal de las mujeres incide de manera positiva en la desterritorialización del miedo. Por lo menos, se amplían los imaginarios de los recorridos” (Valle, 2006, p. 266). Pero además, su experiencia marca una trayectoria de vida que de forma intensa cruza su propia biografía: “A modo de metáfora, podríamos decir que el desarrollo mismo de la vida del ser humano puede ser visto como una sucesión de ‘migraciones’, mediante las cuales se va alejando progresivamente de sus primeros objetos” (Grinberg y Grinberg, 1984, p. 226). Sus vidas, sus identidades quedan atravesadas por la experiencia, como trataré de explicar en este capítulo.

7.1. Identidades de partida

La construcción de la identidad de las mujeres en África es, como en otros lugares del mundo, un proceso perpetuo de renegociación con la realidad y el entorno, pero aquí se apoya más en la dependencia respecto a la sociedad originaria, en la falta de opciones propias y en su permanente situación de excluidas. Los relatos de estas mujeres no son una excepción, aunque hay matices que ayudan a comprender los cambios que viven. Los países de los que proceden han sufrido también importantes transformaciones en la historia reciente: desde las organizaciones sociales tradicionales, conformadas según la cultura propia, a las que surgieron como fruto de la colonización y el desajuste de las independencias, y a causa de los impactos de la creciente globalización —que abre la brecha entre los mundos—:

¿Cómo iba a saber ella que, cuando crecieran sus hijos, los valores de su país, de su pueblo y de su tribu cambiarían tan drásticamente hasta el extremo de que fuera posible que una mujer con muchos hijos tuviera que afrontar una vejez en

soledad y quizá una muerte miserable como una mujer estéril?
(Emecheta, 1991, p. 325).

Nnu Ego, la protagonista de esta novela de Buchi Emecheta, había hecho esa reflexión poco antes de que se materializara como si se tratara de una profecía: “Murió sin hacer ruido, sin un hijo que le diera la mano o un amigo que hablara con ella. En realidad, nunca había tenido muchos amigos, por haber estado tan ocupada forjando las delicias de la maternidad” (Emecheta, 1991, p. 332).

De la misma forma encontramos en los retratos de los personajes femeninos, en el momento que surge su proceso de individuación, una galería de situaciones: Ramatoulaye en *Mi carta más larga* se cuestiona la bigamia cuando, tras muchos años de matrimonio, vive sus contradicciones en primera persona mientras se compara con su amiga Aïssatou, que dejó atrás la tradición y emprendió un camino propio mediante la migración.

Por su parte, la protagonista de *Las delicias de la maternidad* asume las pautas de dominación de su cultura y vive en ellas, incluso cuando se desplaza a la ciudad y vive en otra sociedad y en otro sistema económico.

En un lugar del Atlántico muestra la doble lógica en la que queda atrapada Salie, su protagonista, que mantiene abiertos permanentemente los lazos a su mundo de origen mientras se aísla de la realidad en la que se ha insertado; las continuas conversaciones con su hermano la mantienen anclada a la identidad africana, sin que haya escape hacia la reconstrucción de otra nueva y alternativa.

La experiencia de *Más allá del horizonte* expresa el salto más brutal que pueda rodear a una mujer en la migración. La ingenuidad y el engaño conforman la personalidad de la protagonista, la cual, en vez de liberarse con su experiencia, queda todavía más atrapada por la imposición de reglas que no conoce y contra las que no puede luchar. La llegada a un Berlín que le plantea un nuevo código moral, y la sensación de haber sido estafada la llevan a la venganza y a quedar definitivamente atrapada en el nuevo mundo que la oprime tanto como su África natal.

Estas identidades originales muestran con claridad cómo la sumisión frente a las estrategias de dominación se adopta entre las mujeres africanas de forma contradictoria e imposibilitadora de la liberación. Bourdieu describe esta lógica:

Procesos análogos se observan entre todas las víctimas del dominio simbólico (por ejemplo, entre los hijos de familias económica y culturalmente desfavorecidas, cuando el acceso a la educación secundaria o superior les es formal y realmente abierto, o entre los miembros de las categorías más desprovistas de capital cultural, cuando son invitados a usar su derecho formal a la cultura), y como se ha podido ver en tantas revoluciones anunciadoras de un “hombre nuevo”, los hábitos de los dominados tienden a menudo a reproducir las estructuras provisoriamente revolucionadas de las que son fruto. (Bourdieu, 1992, p. 13).

Desde otra perspectiva, el resultado del impacto del nuevo mundo en ellas es la traducción de la forma en que en África, tradicionalmente, se ha ejercido el poder sobre las mujeres en el trabajo dentro de su comunidad, sumado al de una economía excluyente y cada vez más globalizada. Son mujeres, en suma, doblemente colonizadas, como mantiene Pereyra (2002): “La santotomense Alda Espírito Santo, cuya obra *E nosso o solo sagrado da Terra* (1978) se convierte en ejemplo de poesía de protesta y de lucha y en la que afirma: ‘La mujer africana es doblemente colonizada, esclava doméstica, sierva de la colonización, tiene una misión secular a desempeñar en la etapa de la liberación’”.

7.2. La nueva identidad

El cometido migratorio mitificado antes de la partida “se transforma en el lugar del sufrimiento, de incompreensión y de crisis definitiva de los personajes” (Díaz Narbona, 2005, p. 56). Para estas mujeres migrantes, en su destino está el nuevo contexto, una situación que abre conflictos internos y obliga a la revisión de las pautas culturales y de las alternativas que se ofrecen. Por ejemplo, en la novela *Más allá del horizonte* hay numerosos ejemplos de la visión idealizada del destino migratorio (Darko, 1991, pp. 53-55, 77, 79, 104), pero también de la decepción (Id., 1991, p. 73). La nueva situación, fruto de la crisis de origen y de llegada, genera nueva identidad que se irá progresivamente diferenciando de la colectiva que dejaron atrás y también de la que las acoge: “La identidad es una frágil creencia que varía según las circunstancias, adoptando una indefinida plasticidad” (Gil Calvo, 2001, p. 30). La perspectiva es contraria a la visión

del universalismo (Wallerstein, 1988, pp. 49 y ss.) de la cultura³⁴, que entiende la identidad apoyada exclusivamente en el pasado y concebida como una característica y un bien inmutable³⁵.

En su conjunto, y paradójicamente, el resultado está relacionado con un concepto de la identidad excluyente: “Nunca los seres humanos han tenido tantas cosas en común, tantos conocimientos comunes, tantas referencias comunes, tantas imágenes y palabras, nunca han compartido tantos instrumentos, pero ello mueve a unos y otros a afirmar con más fuerza su diferencia” (Maalouf, 1999, p. 112). “El orgullo identificativo es la dopamina de los exiliados” (Diome, 2003, p. 174)³⁶. De esta forma se agrega un importante matiz en la definición identitaria, que se concibe en evolución y, por tanto, como una característica no cerrada ni definitiva. Desde el campo de la psicología y la psiquiatría, es un proceso de enriquecimiento personal: “Esta elaboración facilita la integración de la cultura nativa con la cultura nueva, sin tener que renunciar a ninguna de ellas. Por lo tanto, promueve un enriquecimiento del yo con la consolidación de, podríamos decir, un “sentimiento de identidad remodelado” (Grinberg y Grinberg, 1984, p. 120).

Los mismos migrantes que han sufrido esos sistemas de exclusión los reproducen (al igual que hemos visto en las mujeres que asumen y reproducen el sistema cultural impuesto por el patriarcado) con los suyos: “Porque eres demasiado ilegal y demasiado negra para un trabajo normal, ¿te das cuenta?” (Darko, 1991, p. 160). En esta diferencia se podría encontrar el origen de una postura crítica hacia el destino migratorio. “Su visión (la de las mujeres escritoras) del mundo occidental es radicalmente crítica y las narrativas de sus encuentros con Europa o América están en muchas ocasiones dirigidas a desmitificar las falsas “tierras prometidas”. Quizá el ejemplo más obvio en ese sentido sea la novela de Amma Darko *Más allá del horizonte* (publicada originalmente en Alemania en 1991), en la que las expectativas de una vida idílica en Europa se transforman para la protagonista africana en la descarnada realidad de la semi-esclavitud y la

³⁴ Este universalismo tiene lógicas globalizadoras por su visión simplista de la cultura occidental como superior o poseedora de todos los beneficios de la *civilización*, en los que se ha escudado a la hora de intervenir en cualquier rincón del mundo.

³⁵ Interesantes aportaciones en Balibar (1988, pp. 340-341), así como Wallerstein referido al caso de la identidad africana (1988, p. 285).

³⁶ Malgesini y Giménez aportan esta visión: “Se ha indicado que el concepto de identidad puede conducir a perspectivas un tanto rígidas o estáticas, al considerar esa identidad como una cualidad fijada en el sujeto. De cara a superar esa posible tendencia, se ha propuesto conceptualizar este tipo de fenómeno como ‘procesos de identificación’ (2000, p. 236).

prostitución en los burdeles alemanes, a la que su propio marido la aboca” (López Rodríguez, 2005, p. 95).

El destino migratorio es un lugar de encrucijada con repercusiones importantes en la identidad, que queda expuesta a un nuevo sistema cultural. Las salidas a este cuestionamiento las describe muy bien Enrique Gil Calvo:

...sucede lo mismo con la identidad dual, híbrida o mestiza que se produce como consecuencia del encuentro entre dos culturas que tiene lugar en todo proceso de conquista, colonización, conversión religiosa o inmigración. Semejante choque cultural ha de resolverse bien mediante el fingimiento del impostor o bien mediante el sincretismo, la ambivalencia y la traducción, entendida ésta no como la asimilación pasiva sino como adaptación creativa en el sentido de Certeau” (Gil Calvo, 2001, p. 273).

También los Grinberg (1984) lo entienden así:

La migración constituye un “cambio catastrófico” en la medida en que ciertas estructuras se transforman en otras a través de los cambios, pasando por momentos de dolor, desorganización y frustración. Estos momentos, una vez superados y elaborados, darán la posibilidad de un verdadero crecimiento y evolución enriquecida de la personalidad (Grinberg, 1984, p. 102).

Las novelas, desde luego, muestran numerosas situaciones en las que la cuestión se resuelve por cualquiera de estas vías. Por ejemplo, la resistencia a la aculturación³⁷, frente a las rígidas normas para la inclusión ciudadana, en la que los migrantes abren hueco a sus estrategias para trasladar sus códigos sociales y costumbres a pesar de que sean contrarios a derechos como la reagrupación familiar: “Algunos emigrantes me habían contado ciertos trucos: unos, que viven en Francia con mujer e hijos, no vacilan, durante las vacaciones en el país, en tomar una segunda mujer y la introducen ilegalmente gracias a los documentos de la primera esposa” (Diome, 2003, p. 216). Pero también la ambivalencia: “He visto tu foto,

³⁷ Aculturación y reagrupación familiar en Malgesini y Giménez (2000, pp. 29 y 353).

ahora no llevas thiaya (pantalones bombachos) ni sabador (bubú), y eso me preocupa ¿Oculta tu aspecto otros cambios de tu personalidad? No hay mutación exterior sin mutación interior” (Id., p. 108). Por su parte, Darko (1991, pp. 107 y 138) refleja en un pasaje cómo Mara percibe la nueva identidad de Akobi.

Los cambios aparentes también conducen a consolidar la integración como parte de un proceso lento, como han descrito Grinberg y Grinberg (1984):

Las costumbres, la cultura, manteniendo a la vez una relación positiva y estable con su antiguo país, con su cultura e idioma, sin tener que rechazarlo para aceptar y ser aceptado por el nuevo. La integración, siempre lenta y trabajosa, será la resultante de pasos sucesivos y complementarios (Grinberg y Grinberg, 1984, pp. 118-119).

Las migraciones, como hemos visto, son detonantes propiciatorios del cambio en los papeles tradicionales de la división del trabajo, ya que dejan a los individuos aislados con nuevas responsabilidades y nuevos poderes.

En África, seguía la estela del destino, hecha de azar y de una infinita esperanza. En Europa, camino por el largo túnel del esfuerzo que lleva a objetivos bien definidos. Aquí se acabó el azar, cada paso lleva a un resultado previsto; la esperanza se mide por el grado de combatividad (Diome, 2003, p. 14).

Curiosamente, la tesis de Salie en *En un lugar del Atlántico*, cuando critica la rígida concepción de la vida que existe en Europa, coincide con la de Foucault: “Hay que aceptar la introducción del azar como categoría en la producción de los acontecimientos. Ahí se echa de ver también la ausencia de una teoría que permita pensar las relaciones del azar y del pensamiento” (Foucault, 1970, p. 58).

La nueva vida de la mujer migrante la sitúa ante nuevos retos de los que sale enriquecida, y en muchos casos se transforma en un motor para la independencia económica, la libertad y sobre todo la autoestima³⁸. La autoestima es, por tanto, la base de la nueva identidad, a la que se llega en un proceso contradictorio y que, en muchos casos, las protagonistas se resisten a admitir en toda su dimensión porque cuestiona sus convicciones

³⁸ Como en Diome, 2003, p. 240.

íntimas —fundadas en lo tradicional— y también las de la nueva sociedad. A veces se entiende como un cambio necesario y beneficioso, mientras en otras sólo se perciben los efectos de la doble dominación. De hecho, tanto en la ciudad como en el extranjero, el destino de la mujer es igualmente excluyente (Díaz Narbona, 2005, p. 57). Este cuestionamiento de la identidad es paralelo en los dos mundos, ya que tiene repercusiones importantes en el ámbito de la transformación cultural.

Valle (2006) apuesta por el estudio microsocia para profundizar en la forma en que las mujeres capitalizan su experiencia de movilidad:

Se trata de algo que ha de seguirse en la vida cotidiana al estudiar los procesos de adaptación al nuevo lugar que desarrollan muchas mujeres emigrantes, entre los que estarían el desarrollo de redes sociales unas veces, la inserción en otras y su capitalización, no sólo en su lugar de llegada, sino con personas de sus lugares de origen (Valle, 2006, pp. 286-287).

En ocasiones, las nuevas destrezas que adquieren las mujeres con este cambio las transforma en valiosas para el entorno; asumen el papel destacado en la producción que conlleva el de proveedora de los ingresos del núcleo familiar, como Nnu Ego en *Las delicias de la maternidad*. Paralelamente ellos, en ocasiones, reciben el cambio con violencia doméstica, alcoholismo (como Naife en *Las delicias de la maternidad*) o depresión:

Existe una amplia bibliografía que muestra como el acceso de las mujeres inmigrantes a un trabajo asalariado regular y a otros espacios públicos tiene un impacto en las relaciones de género. Las mujeres ganan mayor autonomía personal mientras que los hombres pierden terreno” (Sassen, 2003, p. 76).

Giddens también recogió en su obra estas transformaciones en dos direcciones diferentes: la violencia, de un parte, pero también cambios hacia mayor intimidad en las relaciones entre hombres y mujeres, tal y como ha recogido Linda MacDowell (2000, p. 326). En el fondo, ellos están pagando el precio de la pérdida de la hegemonía a través de comportamientos individuales y sociales destructivos.

El aumento del número de mujeres que se van incorporando a la migración no sólo permite la revisión de la identidad, de las costumbres del entorno y de su propia valía. De las nuevas capacidades se abren nuevas perspectivas para la estrategia familiar a la hora de emigrar —ya que introducen pautas de comportamiento económico más beneficiosas para la familia— y la transmisión de la experiencia acumulada. De hecho, Jolly y Reeves (2005, p. 22) consideran que la mayor igualdad de género en la migración favorece los objetivos de desarrollo del milenio (ODM).

Las mujeres migrantes africanas se alejan con su viaje de su geografía y de la cultura patriarcal para alcanzar horizontes más amplios. Mara, por ejemplo, se pregunta por las bondades de sus dioses conforme comprende que su marido la ha abocado a la prostitución (Darko, 1991, p. 182). Nnu Ego revisa la maternidad cuando ya había llevado toda una vida cumpliendo las pautas culturales de su función reproductora como justificación de su existencia: “A veces, cuando veo a las mujeres que me rodean, pienso que ojalá no tuviera tantos hijos. Ahora dudo que todo haya merecido la pena” (Emecheta, 2004, p. 301).

Gran parte de sus estrategias a la hora de afrontar la aventura migratoria se apoya en estructuras sociales colectivas netamente africanas, como las redes de solidaridad que las unen por zonas geográficas o por actividades³⁹. Con esas estructuras evitan el control de la economía formal, es decir, el dominio patriarcal de los recursos, ya que la economía oculta permite burlar los mecanismos de control. Es frecuente en muchas de estas sociedades africanas que las instituciones locales traten de destruir estos mercados, concediendo mejores condiciones a los hombres. Otro ejemplo de esto se encuentra en Bâ (1979, p. 73).

Mientras los hombres intentan integrarse en el sector formal de la economía, las mujeres se dedican en muchos casos al trabajo doméstico o a la economía oculta de la venta, el reciclaje o la prostitución (Pereyra, 2003, p. 32-34). *Más allá del horizonte* (Darko, 1991, p. 83) detalla el recorrido que siguen muchas de las mujeres migrantes sin papeles: Mara llega a la prostitución engañada por su marido y a lo largo de la novela se refleja que es una práctica habitual. En este caso se refleja la opresión y los abusos que sufren estas mujeres que han quedado presas de los tabúes culturales propios y que se ven, de nuevo, sometidas a otras restricciones producto de pautas culturales importadas (Pereyra y Mora, 2002):

³⁹ Una solidaridad que con la desestructuración de la migración se rompe en ocasiones: “Se sentía a la deriva, como si estuviera en mar abierto. No tenía ayuda física de las amigas, porque todas estaban demasiado ocupadas para ganar su propio dinero y ella está siempre atada a la casa con Nnamdio y las gemelas” (Emecheta, 1991, p. 240).

“Nuestros hombres nos habían traído allí y estábamos en sus manos” (Darko, 1991, p. 127).

La variedad de situaciones que se generan en torno a la migración, los puntos de partida y de destino, se abre a nuevas realidades complejas llenas de matices en las que ya no hay cabida para los dualismos y el mundo de oposiciones binarias del que me he tratado de sustraer. La interpretación en este campo se muestra incapaz de dejarse atrapar por los riesgos de los que nos alerta Mar García (2002, p. 55): “El peligro no es otro que el interpretar dicho cambio en el marco de otros dualismos muy presentes en los análisis sociales: el de tradición/modernidad y el de opresión/liberación”. Pero también esta autora nos alerta de la simplificación a la que nos llevaría concluir que la oportunidad de crecimiento y cambio que plantea la migración tiene siempre resultados en la identidad. Hay mujeres que pasan por la experiencia, como Ngu Ego, sin quedar atravesadas por ella: “Si se resisten es por causa de las fuertes barreras que la vida tradicional pone al acceso a la vida moderna” (Id., p. 56). *Las delicias de la maternidad*, por ejemplo, refleja el desarraigo en la migración a la ciudad, símbolo de la modernidad, pero que la protagonista vive con rechazo, como ha recogido Díaz Narbona (2005, p. 49), con “una visión maniquea con la que se sataniza todo lo que hay en ella”. Cuando la migración las lleva más allá de sus fronteras, los costes emocionales (Diome, 2003, p. 237) son más fuertes: “En el extranjero, la nostalgia amenaza siempre con instalarse, a falta de un acontecimiento que pueda devolver su sabor y su color a la uniforme sucesión de los días” (Id., p. 264).

CAPITULO 8

EL RESULTADO EN LA LITERATURA

Las novelas de migrantes resultan para muchos europeos “novelas de exilio”, un concepto que han precisado Malgesini y Giménez (2000, p. 179):

Por tanto, la escritura del exilio explora la alteración desgarradora de la identidad y las representaciones de la alteridad: los obstáculos para una verdadera emancipación de la mujer, la mujer negra, la condición de extranjera, la sublimación del país de origen, la incompreensión de los suyos y también del otro y el deseo del éxito y de ascenso en la escala social, con el telón de fondo de una existencia tejida tanto de sueños como de pesadillas. (Miampika, 2005, p. 31 y 2002, p. 174).

Presas de los dominios de los dos mundos, desarraigadas en muchos casos y padeciendo el, en ocasiones, extremo coste de su permanencia en Europa, se transforman más que en migrantes, en exiladas⁴⁰. Inmaculada Díaz Narbona (2005, p. 60) define la novela de Fatou Diome como una novela del exilio, incluso de la *errancia*, por su retrato de los inadaptados, de los resistentes a la aculturación, que deben regresar a África. En este aspecto, de nuevo la cuestión del género añade valor a estos hechos: “Para la mujer, la cuestión del exilio es aún más compleja, porque siempre, aun en su tierra, se ha sentido exiliada de la república de las letras por ser mujer” (Ciplijauskaité, 2004, p. 325).

Así en el campo de la literatura, el impacto de las nuevas sociedades sobre estas mujeres a caballo entre dos mundos produce una generación de escritoras de mayor densidad, ricas en matices abonados por sus experiencias *transgresoras*:

⁴⁰ La lucha en estos dos campos, el feminismo y el racismo, constituye en la actualidad un patrón de desarrollo refrendado por Naciones Unidas. Sobre este tema destaca el análisis realizado por Teresa Rendón (2002). Vid. también López (2005).

...Estas autoras jóvenes abandonan más libremente que sus madres literarias las convenciones del realismo formal de raigambre europea, al tiempo que inscriben sus obras en un contexto post-moderno trans-continental que ya no puede definirse como extraño a las culturas africanas sin caer en un nativismo anacrónico” (López Rodríguez, 2005, p. 99).

Las narraciones se centran en la construcción de personajes que se redefinen ante las situaciones que les confieren sus identidades complejas, tanto como lo son las sociedades que las acogen: “En esos momentos, en mi deseo de permanecer tranquila, me vuelvo favorable a la globalización, porque destila cosas sin identidad, sin alma, cosas demasiado edulcoradas para suscitar en nosotros cualquier emoción” (Diome, 2003, p. 39).

Las obras de estas escritoras son más recientes, algunas de ellas se han publicado después del año 2000, y coinciden en este tratamiento tanto con las de expresión francesa como las anglófonas. Como prototipo, podemos citar la construcción literaria que divide los dos mundos expuesta por Fatou Diome en su novela *En un lugar del Atlántico*: “Una novela que se construye sobre una doble visión crítica: sus personajes construyen su vida, tanto sobre el racismo europeo, la marginación y la exclusión, como sobre las resistentes prácticas feudales africanas, transmitidas de generación en generación” (Díaz Narbona, 2005, p. 60). Fatou Diome quizá sea la escritora que logra el mejor resultado tanto para sí misma como para su novela con la ironía de quien no tiene nada porque ya no es de nadie: “El sentimiento de pertenencia es una convicción íntima que cae por su propio peso; imponerlo a alguien es negar su aptitud para definirse libremente” (Diome, 2003, p. 183).

Las novelas de las cuatro escritoras son un abanico de historias paralelas entrecruzadas en una frontera o territorio de redefinición, del que salen fortalecidas después de sus luchas de superación y de conciencia, del choque inevitable con los mundos económicos, políticos y culturales que perviven mucho después de que las protagonistas se hayan transformado en dueñas de su destino.

CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas hemos tratado de mostrar que la literatura se convierte en un campo de aplicación y de estudio de los fenómenos sociales; la riqueza de matices que aporta a la investigación se revalida especialmente si tenemos en cuenta que los puntos de vista son plurales y diversos, una perspectiva inmejorable para la comprensión de fenómenos complejos. La propuesta de análisis de los mismos desde la subjetividad saca a la luz muchos de los aspectos que ya había recogido la producción científica de los fenómenos sociales, aunque se enriquece con la dimensión humana y las aportaciones propias. Y, además, aporta elementos actuales y coetaneos a la literaria en ese contexto de pretendido descrédito en que han quedado las disciplinas humanistas en el ámbito universitario y social.

Las limitaciones en el discurso científico —también hegemónico— para con las posibilidades de la creatividad, o de la perspectiva personal y subjetiva, se han justificado por la defensa de la racionalidad como conocimiento; pero éste es un concepto excluyente de la comprensión del mundo que cada vez queda más refutado en la metodología científica. Frente a ello, estas novelas hablan de los ámbitos abandonados a la hora de contemplar el estudio de una cuestión social y, muy especialmente, tratándose del individuo. La mayor parte de la investigación sobre las migraciones opera desde fuera, es decir, sin incluir a los propios migrantes. Aquí he tratado de que se incorporen a través de estos relatos paralelos en cuyas similitudes y diferencias se hallan las razones individuales y colectivas. Para refrendar los resultados de este método de análisis me he apoyado en la transdisciplinariedad, de la que extraemos los argumentos y datos coincidentes con los que ya se habían registrado en la literatura científica de lo social.

El relato colectivo del que surge la literatura africana ha jugado el papel de discurso hegemónico, gestor de los intereses en el orden social y del reparto desigual del mundo. El proceso de individuación que se abre como alternativa se desarrolla en este caso en varias dimensiones; de una parte, el colectivo frente al colonialismo, al poscolonialismo y a la globalización; el de los individuos frente al racismo, a la migración; el de las mujeres frente al orden social, al patriarcado, a las lógicas económicas, a las estrategias de subversión, es decir, incluso respecto al feminismo.

La ruptura del dominio simbólico se produce desde las grietas del discurso hegemónico y en todos los casos a través de la toma de conciencia de la persona que, transformada en sujeto, utiliza las herramientas necesarias para elaborar con voz propia una alternativa a la construcción del mundo. La mutación de estas mujeres las lleva hasta la acción, y con su discurso y sus prácticas trasgresoras contribuyen a los cambios sociales de su tierra y de las zonas a las que migran, donde se abre también un cuestionamiento de las identidades.

La experiencia propia y la riqueza de estos relatos de estilo autobiográfico son gritos que se lanzan desde lo personal hasta lo público, lo político, en la línea de avance de los feminismos. Su arranque es a través de una fórmula modesta e intimista, que coincide con los valores sociales inculcados a las mujeres en la educación; el punto de partida de la redefinición individual y de la toma de postura que propicia el cambio hacia otro discurso en el que apoyar un nuevo orden de cosas. Las encrucijadas en las que se producen estos cambios están siempre en las situaciones de dominio: el colonialismo, la globalización, la migración, el patriarcado, el racismo; y del tránsito por esas experiencias surge el cuestionamiento de la identidad, cuyo análisis más profundo debe ser a partir del testimonio subjetivo. Los cambios sociales discurren en paralelo a la capacidad de conducir el discurso y de reconstruir la personalidad a través de la palabra.

La denuncia como estrategia de subversión de estos dominios simbólicos es común en todos los casos, y de ella proceden los cambios para la integración de los individuos y colectivos excluidos en el orden vigente. Pero, además, las mujeres africanas migrantes —atravesadas por los dispositivos de exclusión más fuerte— buscan alternativas incluso a esa fórmula y se cuestionan también el feminismo que ha ayudado al reconocimiento de mujeres de otras latitudes; a fin de cuentas, las etiquetas “mujer inmigrante” o “mujer del tercer mundo” les son ajenas. Con ellas, con las mujeres feministas occidentales, coinciden al descubrir los ámbitos de la toma de conciencia: la palabra y el cuerpo, pero, frente a ellas, buscan alternativas más integradoras y participativas para el resto de la sociedad.

La lucha contra el patriarcado lleva en paralelo, como hemos visto, la desestructuración familiar que se vive como una situación de crisis dentro de las sociedades e individuos de África; en la crisis, las mujeres se cuestionan la identidad respecto al hombre, a la configuración masculina del mundo, pero también respecto a la hija, en la que se esconde el riesgo de pervivencia de la exclusión. Y es la educación de sus hijas un campo que se muestra enormemente controvertido, que se debate entre la elección

del continuismo, de la reproducción del discurso, o de la formación y el camino propio, un camino que marca una oportunidad nueva pero que tiene el coste del rechazo social que se apoya en la lógica de la patrilinealidad. En el fondo, es el camino para eludir el control masculino impuesto a sus comportamientos sexuales y de evitar la estrategia patriarcal de dominio simbólico que la reproduce.

En los años ochenta coincide la aparición de esta literatura femenina africana con las primeras mujeres migrantes que salen de ese continente en busca de un destino mejor; también es un momento singular en los movimientos feministas mundiales. Sobre estos campos hemos aplicado una visión de género que aporta una explicación a su individuación y a los motivos que las impulsan a la migración: la invisibilidad en la que se mueven los colectivos excluidos y que tiene más peso en estas mujeres originarias de las zonas más pobres del planeta; la toma de conciencia de su condición en el sistema de género; su papel en los sistemas de producción y reproducción social, que se mantiene en muchos casos más allá de su cultura originaria; la evolución de estos conceptos en paralelo a la conquista de derechos; la generización de los motivos que las impulsan a una nueva vida y cuya coincidencia es el origen de la feminización de la migración; y, finalmente, el recorrido hasta el empoderamiento como la vía para gestionar una nueva forma de igualdad.

La transformación de la identidad de estas mujeres comienza desde dentro del ámbito de la dominación, y a veces genera una reproducción de este sistema de dominio simbólico en un nuevo orden social, una vez cruzan las fronteras, tal y como ha sugerido Bourdieu. Su mutación arranca de la crisis fruto de la coincidencia en ellas de la exclusión de las mujeres, del dominio poscolonialista, del empobrecimiento de las zonas periféricas de la economía, del discurso simbólico de las industrias culturales que estimula la migración; son situaciones difíciles que se aprovechan como oportunidades de cambio y mejora.

La literatura aporta una especial riqueza al estudio de los mitos de la migración que fomentan el cruce de fronteras estimulado por los paraísos prometidos, por el imaginario de la riqueza y lo inalcanzable; una nueva forma de dominio simbólico, mucho más sutil y difícil de desarticular. Entre otras razones porque los métodos racionalistas de investigación olvidan en muchos casos este campo entre los objetos de análisis. De hecho, es el factor de expulsión de la migración menos estudiado hasta ahora dentro de la investigación sociológica sobre los movimientos de población.

Los mitos de la migración generan el dominio simbólico que favorece los movimientos de mano de obra necesarios para la economía y que ha

condicionado una percepción del fenómeno migratorio que se apoya en construcciones legales, políticas y económicas; todas ellas fuerzan a que el reconocimiento de los individuos migrantes dependa exclusivamente de sus papeles, de su situación regular o irregular dentro de la sociedad de acogida. Vemos, por tanto, que el cambio que buscan en su destino los migrantes se enfrenta de nuevo a otras reglas de exclusión. Las sociedades receptoras desarrollan fórmulas, conceptos y estrategias sociales que definen la suerte y el futuro de estas mujeres —como la aculturación, la integración o la asimilación—, pero que también crean distintos grados de rechazo en función de cómo estas migrantes promuevan los cambios, desde dentro o desde fuera; según la manera en que viven la realidad, desde la trasgresión o desde la resistencia.

Esta literatura que, como he recogido antes, ha recibido el nombre “del exilio” —por la forma en que ellas viven esta experiencia que las aleja de sus orígenes—, se puede comprender también como una muestra del *pensamiento fronterizo* que defiende Mignolo (2003), un pensamiento que se apoya en la transculturalidad, y que desdibuja fronteras en las disciplinas y en las dicotomías que han construido el mundo occidental, y que estas mujeres de forma constante y sencilla han disuelto. Son ellas las que, con sus relatos, han llenado de matices y riqueza las distancias que separan las oposiciones entre hombre y mujer, entre exterior e interior, entre blanca y negra, entre central y periférica, dibujando sus respuestas en lo cotidiano al mundo que ha blindado la globalización: “El “pensamiento fronterizo” fuerte surge de los desheredados, del dolor y la furia de la fractura de sus historias, de sus memorias, de sus subjetividades, de su biografía” (Mignolo, 2003, p. 28).

Ellas, que día a día sacuden los cimientos y las fronteras de su mundo, nos han enseñado sus nuevas identidades complejas y transculturales, que son, en definitiva, las que componen hoy las sociedades mestizas en cada vez más lugares del planeta.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

BÂ, Mariama. (1979). *Mi carta más larga*. Ediciones Zanzíbar, Madrid. 2003. Edición original: *Une si longue lettre* publicada en 1979. Traducción Sonia Martín Pérez. En 1980 obtuvo el Premio Noma con esta obra, su primera novela.

DARKO, Amma. (1991). *Más allá del horizonte*. El Cobre Ediciones, Barcelona. 2004. Traducción de Maya García-Vinuesa. La obra, escrita originalmente en inglés, se publicó en alemán, en 1991, como *Der Varkaufte Traum* en 1991.

DIOME, Fatou. (2003). *En un lugar del Atlántico*. Lumen, Barcelona. 2004. Traducción. Manuel Serrat Crespo. Título original: *Le ventre del Atlantique* (2003).

EMECHETA, Buchi. (2004). *Las delicias de la maternidad*. Ediciones Zanzíbar, Madrid. 2004. Traducción, prólogo y notas de Maya G. Vinuesa. Título original: *The Joys of Motherhood* (1979).

Bibliografía citada

A.I. AMNISTÍA INTERNACIONAL. (2003). *Mujeres invisibles, abusos impunes. Mujeres migrantes indocumentadas en España ante la violencia de género en el ámbito familiar*. Julio, 2003.

ARAGÓN VARO, Asunción. (2005). *Narrativa subsahariana en lengua inglesa. Origen y evolución*. En: Díaz Narbona, Inmaculada; y Aragón Varo, Asunción (Eds.). *Otras mujeres, otras literaturas*. Madrid: Ediciones Zanzíbar.

ARENDT, Hannah. (1993). *La condición humana*. Paidós: Barcelona. Edición original 1958.

ARJONA GARRIDO, Angeles; Checa Olmos, Juan Carlos; y Acién González, Estefanía. (2005). *Economía étnica y espacios alternativos de ocio. Estrategias económicas de mujeres subsahariana*. En: Checa Olmos, Francisco (ed.). *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*, (pp. 117-138). Barcelona: Icaria Editorial.

ANDALZÚA, Gloria. (1988). *Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas*. En: MORAGA, Cherríe; y CASTILLO, Ana (Eds.). *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos* (pp 219-230). Trad.: Ana Castillo y Norma Alarcón. San Francisco, EEUU: Ism Press, Inc.

ANDALZÚA, Gloria. (2004). *Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan*. En: VV.AA., *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, (pp. 71-80). Trad.: Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Giménez. Madrid: Traficantes de sueños, Colección Mapas.

ARRIAGA FLORÉZ, Mercedes. (2003). *Desconfianza y delirio en autoras autobiográficas*. En Gallego Durán, María del Mar; y Navarro Domínguez, Eloy, *Razón de mujer. Género y discurso en el ensayo femenino*, (pp. 37-48). Sevilla: Ediciones Alfar.

AUGÉ, Marc. (2002). *Los no lugares: Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa. Tít. original: *Non-lieux. Introduction á une anthropologie de la surmodernité*. Editions du Seuil. (1992). Trad.: Margarita Mizraji

AVENDAÑO FLORES, Isabel. (2002). *Inmigración, cotidianidad e identidad. Cuadernos Americanos*, núm. 96, noviembre-diciembre, 2002,(pp. 49-62).México.

BALANDIER, Georges. (2003). *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona: Gedisa. Edición original: 1988.

BALIBAR, Etienne. (1991). *Racismo y crisis*. En: WALLERSTEIN, Immanuel; y BALIBAR, Etienne (Eds). *Raza, nación y clase*. Madrid: Indra Comunicación. Edición original: 1988.

BAÑON HERNÁNDEZ, Antonio M. (2002). *Discurso e inmigración. Propuestas para el análisis de un debate social*. Murcia: Universidad de Murcia.

BARLEY, Nigel. (2002). *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama. 2002. Edición original: 1983.

BAUDRILLARD, Jean. (2000). *Pantalla total*. Barcelona: Anagrama.

BEAUVOIR, Simone de. (1999). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra. Edición original: 1949.

BENÍTEZ EYZAGUIRRE, Lucía. (2007). Mujeres migrantes africanas en busca de identidad: el camino de la literatura. *Afroeuropa. Revista de estudios afroeuropes*. Vol. 1. Número 1. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://journal.afroeuropa.eu/index.php/afroeuropa/article/viewFile/6/9> [Con acceso el 20 de mayo de 2010].

BHAVNANI, Kum-Kum; y Coulson, Margaret. (2004). *Transformar el feminismo socialista. El reto del racismo*. En: VV.AA. Otras inapropiables. *Feminismos desde las fronteras*, (pp. 51-62). Madrid: Editorial Traficantes de sueños. Colección Mapas. Trad.: Rocío Macho Ronco. Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Gimenez.

BOURDIEU, Pierre. (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid. 1988.

BOURDIEU, Pierre. (1992). *La dominación masculina*. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/LADOMINACIONMASCULINA-BOURDIEU.pdf> [Con acceso el 20 de mayo de 2010].

BRAH, Avtar. (2004). *Diferencia, diversidad y diferenciación*. En VV.AA., 2004, *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 107-136). Trad.: Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Gimenez. Madrid: Traficantes de sueños. Colección Mapas.

BRINGAS LÓPEZ, Ana María. (2000). *Colonialismo y patriarcado en la literatura de autoras anglófonas de África y el Caribe*. En: Suárez Briones, Beatriz; Martín Lucas, María Belén; y Fariñas Busto, María Jesús (eds.). *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*, (pp. 141-162). Barcelona: Icaria

CABRAL, Blanca Elisa. (2000). Sexualidad y género en subversión antropológica. *Boletín Antropológico* Nº 48. Enero-Abril, 2000, (pp. 53-78).

ISSN: 1325-2610. Centro de Investigaciones Etnológicas - Museo Arqueológico - Universidad de Los Andes. Mérida (Venezuela).

CARRERA SUÁREZ, Isabel. (2005). *Feminismo y postcolonialismo: estrategias de subversión*. [Documento en línea] Disponible en: http://webs.uvigo.es/pmayobre/pc/profesorado_11.htm [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

CARRIZO, Luis; ESPINA PRIETO, Mayra; y KLEIN, Julie T. (2004). *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social*. Gestión de las Transformaciones Sociales MOST Documento de debate núm. 70s, UNESCO, 2004.

CARRIZO, Luis. (2004). *El investigador y la actitud transdisciplinaria. Condiciones, implicancias, limitaciones*. En: Carrizo, Luis; Espina Prieto, Mayra; y Klein, Julie T. *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social*, (pp. 46-65). Gestión de las Transformaciones Sociales MOST Documento de debate núm.70s UNESCO, 2004.

CERECEDA, Miguel. (1996). *El origen de la mujer sujeto*. Madrid: Tecnos.

CORTINA, Adela. (1997). *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza Editorial.

CIPLIJAUSKAITÉ; Biruté. (2004). *La construcción del yo femenino en la literatura*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

CHECA OLMOS, Francisco (ed.). (2005). *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*. Barcelona: Icaria.

DECLARACIÓN DEL VI ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LA MARCHA MUNDIAL DE LAS MUJERES. Lima, Perú. 6 de julio de 2006. [Documento en línea] Disponible en: <http://www.gloobal.info/iepala/gloobal/fichas/ficha.php?id=2018&entidad=Noticias&html=1> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

DÍAZ NARBONA, Inmaculada (ed). (2002). *Las africanas cuentan*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

DÍAZ NARBONA, Inmaculada; y ARAGÓN VARO, Asunción (Eds.). (2005). *Otras mujeres, otras literaturas*. Madrid: Ediciones Zanzíbar.

DÍAZ NARBONA, Inmaculada. (2002). *Escritoras de la francofonía africana*. En: Martín, Aurelia; Velasco, Casilda; y García, Fernanda (Coords). 2002. *Las mujeres en el África subsahariana: Antropología, literatura, arte y medicina*. Ediciones del Bronce, Barcelona, 2002, pp. 116-140.

DÍAZ NARBONA, Inmaculada. (2005). *Narrativa subsahariana en lengua francesa. Tendencias actuales* en Díaz Narbona, Inmaculada; y Aragón Varo, Asunción (eds.), *Otras mujeres, otras literaturas*, (pp. 35-63). Madrid: Ediciones Zanzíbar.

ENZENSBERGER, Hans Magnus. (1992). *La gran migración. Treinta y tres acotaciones*. Barcelona: Anagrama.

ESKALERA Karakola. (2004). *Diferentes diferencias y ciudadanías excluyentes: una revisión feminista*. En: VV.AA., *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, (pp. 9-32). Trad.: Rocío Macho Ronco. Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Giménez: Madrid: Traficantes de sueños. Colección Mapas.

ESPINA PRIETO, Mayra. (2004). *Complejidad y pensamiento social*. En: Carrizo, Luis; Espina Prieto, Mayra; y Klein, Julie T., *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social*, (pp. 9-28). Gestión de las Transformaciones Sociales MOST Documento de debate – núm. 70s UNESCO, 2004.

FOUCAULT, Michel. (1970). *El orden del discurso*. Tusquets ed., Barcelona. 2002.

GALLEGO DURÁN, María del Mar; y NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy. (2003). *Razón de mujer. Género y discurso en el ensayo femenino*. Sevilla: Ediciones Alfar.

GALLEGO DURÁN, María del Mar. (2003). *“Ser negra y mujer”: feminismo de color desde 1850 a la actualidad*. En: Gallego Durán, María del Mar; y Navarro Domínguez, Eloy, *Razón de mujer. Género y discurso en el ensayo femenino*, (pp. 113-135). Sevilla: Ediciones Alfar.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona: Paidós. Barcelona. Edición original: 1990.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Buenos Aires: Gedisa.

GARCÍA-MINA, Ana; y CARRASCO, María José (Eds). (2002). *Cuestiones de género en el fenómeno de las migraciones*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

GARCÍA, Mar. (2002). *Una visión de las migraciones desde la psicología del género*. En: GARCÍA-MINA, Ana; y CARRASCO, María José (Eds), *Cuestiones de género en el fenómeno de las migraciones*, (pp 39-64). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

GALLEGO DURÁN, María del Mar; y NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy. (2003). *Razón de mujer. Género y discurso en el ensayo femenino*. Sevilla: Ediciones Alfar.

GIL CALVO, Enrique. (2001). *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*. Madrid: Santillana.

GIRÓ, Joaquín (Ed.). (2005). *El género quebrantado. Sobre la violencia, la libertad y los derechos de la mujer en el nuevo milenio*. Editorial Catarata, Madrid. 2005.

GOFFMAN. Irving. (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu editores, Buenos Aires. 2001

GREGORIO GIL, Carmen; Agrela Romero, Belén (eds.). (2000). *Mujeres de un solo mundo: Globalización y multiculturalismo*. Feminae, Granada. 2000.

GREGORIO GIL, Carmen. (2000). *Mujeres de un solo mundo: Globalización y multiculturalismo* en Gregorio Gil, Carmen; Agrela Romero, Belén (eds.), *Mujeres de un solo mundo: Globalización y multiculturalismo*, (pp. 11-33). Granada: Feminae.

GREGORIO GIL, Carmen. (2004). Entre la inclusión y la exclusión de la ciudadanía: Procreadoras, madres y personas. *Asparkia*, nº 15, 2004, (pp. 11-26).

GREGORIO GIL, Carmen. (1998). *Migraciones de género. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea.

GREGORIO GIL, Carmen (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, Volumen 1, Núm.1. Enero-Febrero 2006, (pp. 22-39), ISSN: 1578-9705. Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red. [También documento en línea]

Disponible a través de internet en:
<http://www.aibr.org/antropologia/01v01/articulos/010102.php> [Con
acceso el 3 de mayo de 2010].

GRINBERG, León; y GRINBERG, Rebeca. (1984). *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. No figura traductor. Madrid: Alianza Editorial.

GÓMEZ GARCÍA, Pedro (coord.). (2000). *Las ilusiones de la identidad*. Madrid: Cátedra.

GONZÁLEZ RÍO, María José. (2001). *Algunas reflexiones en torno a las diferencias de género y la pobreza*. En: Tortosa, José María (coord.), *Pobreza y perspectiva de género* (pp. 87-112). Barcelona: Icaria.

GUBERN, Román. (2000). *El eros electrónico*. Madrid: Taurus.

GUBER, Rosana. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

HOOKS, Bell. (2004). *Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista*. En: VV.AA., *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 33-50). Trad.: Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Jiménez. Madrid: Traficantes de sueños, Colección Mapas. 2004.

IMBERT, Gerard. (1992). *Los escenarios de la violencia*. Barcelona: Icaria.

IMBERT, Gérard. (1993). El sujeto europeo y el otro. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, núm. 12. Denominación de origen: extranjero*, (pp. 46-51). Barcelona: Archipiélago

IRANZO Desdad, Ángela. (2005). Aproximación a los conflictos africanos. En *Pueblos*. Revista de Información y Debate. Septiembre de 2005 núm. 18, (Pp. 27-42).

JACQUI ALEXANDER, M.; y TALPADE MOHANTY, Chandra. (2004). *Genealogías, legados, movimientos*. En: VV.AA., *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 137-184). Trad.: Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Jiménez. Madrid: Traficantes de Sueños, colección Mapas.

JOLLY, Susie; y REEVES, Hazel. (2005). *BRIDGE Género y migración. Informe general*. Bridge. Development Gender Institute of Development Studies.

Brighton (UK): University of Sussex. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: http://www.bridge.ids.ac.uk/reports/Migration%20OR_Sp%20final%20_reformatted_%20-%202020-3-06.pdf [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

JULIANO, Dolores. (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria.

JULIANO, Dolores. (2004). *Excluidas y marginales. Una aproximación antropológica*. Madrid: Cátedra.

LACOSTE-DUJARDIN, Camille. (1993). *Las madres contra las mujeres. Patriarcado y maternidad en el mundo árabe*. Valencia: Cátedra.

LABRADOR FERNÁNDEZ, Jesús. (2002). *Identidad e inmigración femenina*. En: García-Mina, Ana; y Carrasco, María José (eds.), *Cuestiones de género en el fenómeno de las migraciones* (Pp 77-90). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

LA PARRA CASADO, Daniel. (2001). *Vida familia y empobrecimiento*. En: Tortosa, José María (coord), *Pobreza y perspectiva de género*, (Pp 133-150). Barcelona: Icaria.

LEÓN, Magdalena (comp.). (1997). *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*. Santafé de Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

LEÓN, Magdalena. (1997). *El empoderamiento en la teoría y práctica del feminismo*. En: Magdalena León (compiladora). 1997. *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Santafé de Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores. (pp.. 1-26).

LEÓN VILLALBA, Francisco Javier. (2002). *Tráfico de personas e inmigración ilegal*. Valencia: Ed. Tirant Lo Blanch.

LIVING, Werewere. (1983). *Elle sera de jaspe et de corail (Journal d'une misovire)*. Paris: Editions L'Harmattan.

LÓPEZ RODRÍGUEZ, Marta Sofía. (2005). *Narrativa subsahariana en lengua inglesa. Tendencias actuales*. En: Díaz Narbona, Inmaculada; y Aragón Varo, Asunción (eds.) 2005. *Otras mujeres, otras literaturas* (pp. 93-114). Madrid: Zanzíbar.

LÓPEZ, Irene. (2005). Género en la agenda internacional de desarrollo. Un enfoque de derechos humanos. En *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, Núm. 2 Junio 2005, UAM-AEDRI, ISSN 1699 – 3950. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.mediterraneas.org/IMG/pdf/cooperacion.pdf> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

MAALOUF, Amin. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.

MALGESINI, Graciela; y GIMÉNEZ, Carlos. (2000). *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: Catarata.

MARTÍN, Aurelia; VELASCO, Casilda; y GARCÍA, Fernanda (coords). (2002). *Las mujeres en el África subsahariana: Antropología, literatura, arte y medicina*. Barcelona: Ediciones del Bronce.

MAQUIEIRA D'ANGELO, Virginia; GREGORIO GIL, Carmen; y GUTIÉRREZ LIMA, Elena. (2000). *Políticas públicas, género e inmigración*. En: Pérez Cantó, Pilar (ed.), *También somos ciudadanas*, (pp. 371-442). Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid.

MAQUIEIRA, Virginia (ed.): VALLE, Teresa del; FOLGUERA, Pilar; GARCÍA SAINZ, Cristina; NIETO, Gladis; PICHARDO, José Ignacio; y RAMOS, Mónica. (2006). *Mujeres, globalización y derechos humanos*. Madrid: Cátedra.

MAQUIEIRA, Virginia. (2006). *Introducción*. En: Maquieira Virginia (ed.), Valle, Teresa del; Folguera, Pilar; García Sainz, Cristina; Nieto, Gladis; Pichardo, José Ignacio; y Ramos, Mónica, *Mujeres, globalización y derechos humanos*, (pp 7-30). Madrid: Cátedra.

MAQUIEIRA, Virginia. (2006). *Mujeres, globalización y derechos humanos*. En: Maquieira Virginia (ed.), Valle, Teresa del; Folguera, Pilar; García Sainz, Cristina; Nieto, Gladis; Pichardo, José Ignacio; y Ramos, Mónica, *Mujeres, globalización y derechos humanos*, (pp 33-86). Madrid: Cátedra.

MARTÍN CASARES, Aurelia. (2006). *Antropología del género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid: Cátedra.

MATTELART, Armand. (2005). *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona: Paidós.

MCDOWELL, Linda. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Trad.: Pepa Linares. Madrid: Cátedra.

MENACHO CHIOK, Luis Pedro. (2006). *Diccionario sobre género y temas conexos*. Lima, 2006. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.gestiopolis1.com/recursos7/Docs/eco/glosario-sobre-genero-estrategias-de-funciones-por-genero.htm> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

MIAMPIKA, Landry-Wilfird. (2002). *Autobiografías ficticias: identidades y subversiones femeninas en el África negra*. En: Martín, Aurelia; Velasco, Casilda; y García, Fernanda (coords.), *Las mujeres en el África subsahariana: Antropología, literatura, arte y medicina*, (pp. 162-182). Barcelona: Ediciones del Bronce.

MIAMPIKA, Landry-Wilfrid. (2005). *Narrativa subsahariana en lengua francesa*: En: en Díaz Narbona, Inmaculada; y Aragón Varo, Asunción (eds.), *Otras mujeres, otras literaturas*, (pp. 17-34). Madrid: Zanzíbar.

MIGNOLO, Walter D. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Trad.: Juan María Madariaga y Cristina Vega Solís. Madrid: Akal. Edición original: 2000.

MOHANTY, Chandra Talpade. (1991). *Bajo la mirada occidental: la investigación feminista y los discursos coloniales*. En: Russo y Torres (eds.). *Nerter: Revista dedicada a la literatura, el arte y el conocimiento* 2 (2000-2001), (pp. 46-49). Universidad de Huelva. Trad.: Pilar Cuder Domínguez. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: http://webs.uvigo.es/pmayobre/master/textos/belen_martin/investigacion_feminista.RTF [Con acceso el 20 de mayo de 2010].

MORA, Luis. (2003). UASB. Programa Andino de Derechos Humanos, PADH, comp. *Las fronteras de la vulnerabilidad: género, migración y derechos sexuales y reproductivos*; resumen de ponencia. Documentos varios sobre migración y trata de personas. Quito. 2003. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.eclac.org/celade/noticias/paginas/2/11302/LMora.pdf> [Con acceso el 20 de mayo de 2010]

MORAGA, Cherríe; y CASTILLO, Ana (eds.). 1988. *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco, EEUU: Ism Press, Inc. Editorial Ismo, Trad.: Ana Castillo y Norma Alarcón.

MORÁN QUIROZ, Luis Rodolfo. (1997). *Cosmopolitismo, migración y comunidades transterritoriales*. Espiral Publicaciones, Estudios sobre Estado y Sociedad, núm. 9. Volumen III. Mayo-Agosto 1997. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.

MOREJÓN RAMOS, Eneicy. (2005). *Análisis diacrónico de la conceptualización social de lo femenino en la literatura de tres escritoras cubana*. Memorias del VI Taller internacional mujeres en el siglo XXI, La Habana, Noviembre 21 al 25 del 2005 Organizado por la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana

MORENO, Alejandro. (2002). *Historias-de-vida e investigación*. CIP. Caracas, Venezuela. 2002. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://prof.usb.ve/miguelm/historiasdevida.html> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

MORENO SARDÁ, A. (1987). *El Arquetipo viril, protagonista de la historia*. Barcelona: Ed. La Sal.

MORIN, Edgar. (2000). *Identidad nacional y ciudadanía*. En: Gómez García, Pedro (coord.), *Las ilusiones de la identidad* (Pp 17-28). Madrid: Cátedra.

MORIN, Edgar. (1999). *La mente bien ordenada*. Trad.: María José Buxó y Dulce Montesinos. Barcelona: Seix Barral.

MORIN, Edgar. (2000). *Identidad nacional y ciudadanía*. En: Gómez García, Pedro (coord.), *Las ilusiones de la identidad*, (pp. 17-28). Madrid: Cátedra.

NASH, Mary. (2001). *Diversidad, multiculturalismos e identidades: perspectivas de género*. En: Nash, Mary; y Marre, Diana (eds.), *Multiculturalismos y género: perspectivas interdisciplinarias*, (pp. 21-47). Barcelona: Edicions Bellaterra. .

NASH, Mary; y MARRE, Diana (eds.). (2001). *Multiculturalismos y género: perspectivas interdisciplinarias*. Barcelona: Edicions. Bellaterra.

NOMO NGAMBA, Monique. (2005). El Tiempo, los temas y las formas en la novela negroafricana postcolonial en lenguas europeas. *Tonos, revista electrónica de estudios filológicos*, núm. 9, junio 2005. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.um.es/tonosdigital/znum9/estudios/negroafricana.htm> [Con acceso el 20 de mayo de 2010]

NOMO NGAMBA, Monique. (2006). La narrativa negroafricana postcolonial en lenguas europeas y su crítica En: *Tonos, revista electrónica de estudios filológicos*, ISSN 1577-6921, Nº. 11, 2006. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.tonosdigital.com/ojs/index.php/tonos/article/viewFile/23/30> [Con acceso el 20 de mayo de 2010]

NOVO, María. (2003). *La mujer como sujeto ¿utopía o realidad?* POLIS, vol. 2, núm. 6, 2003. Santiago de Chile: Universidad Bolivariana.

OSO CASAS, Laura. (2005). *Las jefas de hogar en un contexto migratorio. Modelos y rupturas*. En: Checa Olmos, Francisco (ed.), *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*, (pp 85-104). Barcelona: Icaria.

OSO, Laura. (1998). *La migración hacia España de mujeres jefas de hogar*. Madrid: MTAS, Instituto de la Mujer.

PARELLA RUBIO, Sònia. (2003). *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.

PARKER, Pat. (1988). *La revolución: No es limpia, ni bonita, ni velo*. En: MORAGA, Cherríe; y CASTILLO, Ana (eds.), *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, (Pp 191- 200). Trad.: Ana Castillo y Norma Alarcón. San Francisco, EEUU: Ism Press, Inc. Editorial Ismo.

PEREYRA, Verónica; y MORA, Luis María. (2002). *Las voces del arcoiris. Textos femeninos y feministas al sur del Sahara*. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: http://www.mujerpalabra.net/creadoras/derivadas/creadoras_africanas2.htm [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

PEREYRA, Verónica. (2003). Mujeres subsaharianas: la reinención de África. *Pueblos. Revista de información y debate* nº 7, edición impresa de la revista *Pueblos*, verano de 2003, pp. 32-34 [Documento en línea] Disponible a través de internet en: [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://www.revistapueblos.org/spip.php?article1421> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

PÉREZ CANTÓ, Pilar (ed.). (2000). *También somos ciudadanas*. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid.

PÉREZ TAPIAS, José A. (2000). *¿Identidades sin fronteras? Identidades particulares y derechos humanos universales*. En: Gómez García, Pedro (coord.), *Las ilusiones de la identidad*, (pp. 55-98). Madrid: Cátedra.

PUJADAS, Juan J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología social.*, núm. 9, (pp. 127-158). Madrid: Universidad Complutense UCM.

PUIGVERT, Lidia; y REDONDO, Gisela. (2005). *Feminismo dialógico: igualdad de las diferencias, libertad y solidaridad para todas*. En: Giró, Joaquín (ed.), *El género quebrantado. Sobre la violencia, la libertad y los derechos de la mujer en el nuevo milenio* (pp. 206-237). Madrid: Catarata.

RAMÍREZ CARO, Jorge. (2002). Tres propuestas analíticas e interpretativas del texto literario: estructuralismo, semiótica y sociocrítica. *Revista Comunicación*, vol.12, año 23, núm. 2, julio-diciembre 2002. Costa Rica: Instituto Tecnológico de Costa Rica, Escuela de Ciencias del Lenguaje.

RENDÓN, Teresa. (2002). Género, desarrollo y cooperación al desarrollo. *Documentos de trabajo en análisis económico*, vol. 2, núm. 4, 21 febrero 2003. Colegio de Economistas de A Coruña. [Documento en línea] Disponible a través de internet en: <http://portalv.economistascoruna.org/eawp/> [Con acceso el 3 de mayo de 2010].

RIBAS MATEOS, Natalia. (2005). *Todo por la familia. La emigración de las mujeres desde el origen*. En: Checa Olmos, Francisco (ed.), *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*, (pp. 105-116). Barcelona: Icaria.

RIBAS MATEO, Natalia; y MANRY, Véronique. (2005). *Circular con ojos de mujer: esquivando fronteras en un mundo global*. En: Giró, Joaquín (ed.), *El género quebrantado. Sobre la violencia, la libertad y los derechos de la mujer en el nuevo milenio* (pp. 274-305). Madrid: Catarata.

RICOEUR, Paul. (1995). *Teoría de la Interpretación*. México: Ed. Siglo XXI/Universidad Iberoamericana, México. Edición original: 1976.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Estela. (2005). *Mujeres inmigradas y medios de comunicación. Movimientos sociales en búsqueda de una representación propia*. En: Checa Olmos, Francisco (ed.), *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*, (pp. 169-192). Barcelona: Icaria.

ROMERO BACHILLER, Carmen. (2003). De diferencias, jerarquizaciones excluyentes, y materialidades de lo cultural. Una aproximación a la precariedad desde el feminismo y la teoría *queer*, (pp. 23-60). *Cuadernos de Relaciones Laborales*, núm. 21, (2003, núm. 1). Madrid: Escuela de Relaciones Laborales, Universidad Complutense.

RUSSELL, Elizabeth. (2000). *La e/vocación de la f(r)ase maternal: Kristeva, Cixous e Irigaray*. En: Suárez Briones, Beatriz; Martín Lucas, María Belén; y Fariñas Busto, María Jesús (eds.), *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*, (pp. 39-52). Barcelona: Icaria.

RUSSO, Ann; y TORRES, Lourdes (eds.). (1991). *Third World Women and the Politics of Feminism*. Bloomington: Indiana UP.

SÁNCHEZ MUÑOZ, Cristina. (2000). *Debate teórico: La difícil alianza entre ciudadanía y género*. En: Pérez Cantó, Pilar (ed.), *También somos ciudadanas*, (pp. 3-28). Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid.

SANTAMARÍA, Enrique. (2002). *La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la "inmigración no comunitaria"*. Barcelona: Anthropos.

SASSEN, Saskia. (2002). *Contrageografías de la globalización. La feminización de la supervivencia*. *Travesías*, núm 10. Buenos Aires: Documentos del CECYM.

SASSEN, Saskia. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*. Trad.: Amanda Pastrana Izquierdo, Claudia Laudazo, Amaia Pérez Orozco, Luis Antonio Núñez. Madrid: Traficantes de Sueños.

SEAGER, Joni. (2001). *Atlas Akal del estado de la mujer en el mundo*. Madrid: Akal.

SOLANA RUIZ, José Luis. (2005). *Mujer inmigrante y prostitución: falencias y realidades*. En: Checa Olmos, Francisco (ed.), *Mujeres en el camino. El fenómeno de la migración femenina en España*, (pp. 221-258). Barcelona: Icaria.

STOLCKE, Verena. (1996). *Antropología del género. El cómo y el por qué de las mujeres*. En: J. Prat y A. Martínez (eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, (pp. 335-344). Barcelona: Ariel.

SUÁREZ BRIONES, Beatriz. (2000). *La segunda ola feminista: Teorías y críticas literarias feministas*. En: Suárez Briones, Beatriz; Martín Lucas, María Belén; y Fariñas Busto, María Jesús (eds.), *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*, (pp 25-38). Barcelona: Icaria.

SUÁREZ BRIONES, Beatriz; MARTÍN LUCAS, María Belén; y FARIÑAS BUSTO, María Jesús (eds.) *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*. Barcelona: Icaria.

TALLY, Justine. (2003). *Discurso, narrativa y construcción de identidad: los ensayos de Toni Morrison*. En: Gallego Durán, María del Mar; y Navarro Domínguez, Eloy, *Razón de mujer. Género y discurso en el ensayo femenino*, (pp. 105-116). Sevilla: Alfar.

TORTOSA, José María (coord). (2001). *Pobreza y perspectiva de género*. Barcelona: Icaria.

TORTOSA, José María. (2001). *Prólogo*. En: Tortosa, José María (coord), *Pobreza y perspectiva de género*, (pp. 7-14). Barcelona: Icaria.

TORTOSA, José María. (2001). *Medidas de la pobreza: historia de una ausencia*. En: Tortosa, José María (coord.), *Pobreza y perspectiva de género*, (pp. 15-32). Barcelona: Icaria.

THOMPSON KLEIN, Julie. (2004). *Transdisciplinariedad: Discurso, Integración y Evaluación*. En: Carrizo, Luis; Espina Prieto, Mayra; y Klein, Julie T. *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social*, (pp. 30-44). *Gestión de las Transformaciones Sociales MOST Documento de debate – núm. 70s, UNESCO, 2004.*

VALLE, Teresa del. (2006). *El derecho a la movilidad libre y segura*. En: Maquieira Virginia (ed.); Valle, Teresa del; Folguera, Pilar; García Sainz, Cristina; Nieto, Gladis; Pichardo, José Ignacio; y Ramos, Mónica. *Mujeres, globalización y derechos humanos*, (pp. 245-292). Madrid: Cátedra.

VEGA SOLÍS, Cristina y GIL ARAUJO, Sandra. (2003). *Introducción. Contradeografías: circuitos alternativos para una ciudadanía global*. En: Sassen, Saskia. *Contradeografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*, (pp. 11-26. Trad.: Amanda Pastrana Izquierdo, Claudia Laudazo, Amaia Pérez Orozco, Luis Antonio Núñez. Madrid: Traficantes de Sueños.

VIZER, Eduardo. (1999). *La trama (invisible) de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*. Buenos Aires: La Crujía.

VV. AA. (2004). *Hogares, cuidados y fronteras... derechos de las mujeres inmigrantes y conciliación*. Madrid: Traficantes de sueños.

VV.AA. (2006). *Mujeres inmigrantes, viajeras incansables. Monográfico sobre Género e inmigración*. Bilbao: Coordinadora de ONGs de Euskadi de apoyo a Inmigrantes.

VV.AA. (2004). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Trad.: Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo, María Serrano Giménez: Madrid: Traficantes de Sueños, colección Mapas.

VAN DIJK, T. A. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós.

VAN DIJK, T. A. (ed.). (1999). *Los estudios del discurso*. 2 vols. Barcelona: Gedisa.

WALLERSTEIN, Immanuel; y BALIBAR, Etienne. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: Indra Comunicación.

WALLERSTEIN, Immanuel. (1988). *El conflicto social en el África negra independiente: nuevo examen de los conceptos de raza y grupos de status*. En: Wallerstein, Immanuel; y Balibar, Etienne. *Raza, nación y clase*, (pp. 285-313). Madrid: Indra Comunicación.

WALLERSTEIN, Immanuel. (1988). *Universalismo, racismo y sexismo, tensiones ideológicas del capitalismo*. En: Wallerstein, Immanuel; y Balibar, Etienne. *Raza, nación y clase*. Madrid: Indra Comunicación.

ZABALA, González, Begoña. (2006). *Mujeres inmigrantes. Algunas consideraciones desde el feminismo*. En: VV.AA. *Mujeres inmigrantes, viajeras incansables. Monográfico sobre Género e inmigración*, (pp. 121-136). Coordinadora de ONGs de Euskadi de apoyo a Inmigrantes.

ZIEGLER, Jean. (1988). *La victoria de los vencidos*. Barcelona: Ediciones Beta.

REFERENCIAS DE LA AUTORA

LUCÍA BENÍTEZ EYZAGUIRRE

Periodista de larga trayectoria y experiencia que combina la actividad profesional con la docencia universitaria en el departamento de Marketing y Comunicación de la Universidad de Cádiz.

Como periodista ha trabajado fundamentalmente en el mundo audiovisual en medios de prestigio como Radio Nacional de España, Cadena SER o cadena COPE, además de en televisión dentro de la cadena regional pública andaluza Canal Sur Televisión, aunque también ha realizado incursiones en agencias como EFE o en prensa escrita. Como realizadora audiovisual dirigió el documental Bienvenido, que se presentó dentro de la Muestra Cinematográfica del Atlántico Alcances 2004, dentro del taller sobre edición de vídeo.

En el mundo de la enseñanza, está centrada en la docencia sobre marketing tanto de la comunicación como en el campo político y social, en el que combina su formación como Licenciada en Ciencias Políticas y Sociología con la experiencia periodística para adentrarse en campos relacionados con la opinión pública y la calidad de la vida democrática. En esa línea, se encuentra la página Web que, junto a otra periodista española Alejandra Muñoz, dirige sobre los contenidos mediáticos y su impacto social, tras la elaboración de la tesis del Master de Tecnologías Integradas y Sociedad del Conocimiento de la UNED sobre el mismo tema.

En otra línea de actividad, se ha especializado en el campo de la comunicación para el desarrollo a través de la enseñanza del periodismo y las nuevas tecnologías en diferentes países como Marruecos, Guinea Ecuatorial o El Salvador a profesionales en ejercicio y estudiantes de comunicación. Muchas de estas actividades cuentan con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional y la organización de la Asociación de la Prensa de Cádiz dentro de una iniciativa a favor de la libertad de expresión y la difusión de la lengua española.

En el campo de la investigación, forma parte del grupo de investigación de la Universidad de Sevilla COMPOLÍTICAS, y está centrada en el campo que describe el binomio comunicación migración que aborda, especialmente, desde la perspectiva de género. En esta línea se encuentran sus trabajos La frontera televisada. Aspectos ocultos de la inmigración de patera en el Estrecho de Gibraltar que elaboró como tesina del Master en Inmigración, que obtuvo la Mención del jurado en el VII edición premio Padre Rubio

para avances en el conocimiento de la inmigración del Instituto Universitario de Migraciones de la Universidad Pontificia de Comillas 2006. En la misma línea está Mujeres Africanas Migrantes: Literatura, género y migración, tesina del Diploma de Estudios Avanzados en el programa multidisciplinar de Migraciones Contemporáneas de la Universidad de Cádiz. Esta actividad también le ha permitido participar y coordinar programas de cooperación interuniversitaria de la AECID en Marruecos, Ecuador o El Salvador.

Ha participado en congresos y seminarios internacionales y españoles sobre migraciones y comunicación, temas en los que tiene publicados unos veinte artículos en diferentes revistas a distinto nivel de difusión.



África es un continente inmenso, plural y complejo, lleno de vida. He tenido ocasión de conocer algunos de sus diminutos poblados, de participar en las vidas cotidianas de sus gentes en distintas latitudes. Me ha sabido a poco, aunque en mis visitas no mantuviera la actitud de una viajera ocasional, el tiempo siempre me resultó escaso. Acostumbrada como estoy a medir los días hasta por minutos, la densa atmósfera africana llena de tiempo, de otro modo de ver los días, me inspira tanta curiosidad que no llego a saciarla. Por eso, cuando cayeron en mis manos cuatro novelas bien elegidas sobre las migraciones de mujeres, me las leí de un tirón.

Eran cuatro historias distintas no sólo por su forma literaria sino también por las vidas de mujeres que narraban. Mujeres que afrontaban con estrategias diferentes los desafíos de su condición, de las tradiciones, de las promesas de mundos lejanos, pero que tenían en común el bagaje de quien sale con fuerza de las dificultades, de la riqueza de la experiencia y de las soluciones personales. Había escuchado relatos africanos, pero éstos eran otra historia. De sus protagonistas me interesó su espíritu de cruza fronteras, de quienes no se paran en los límites impuestos. Con ellas pasé de una cultura a otra, del continente olvidado a éste tan mitificado, pero también de la literatura a las migraciones, de la psicología a la economía, del género al análisis del discurso.

Comencé por *Mi carta más larga* (1979), de Mariama Bâ, ya un clásico de la literatura africana. Con esta confesión epistolar desde Senegal, su protagonista se cuestiona el mundo que la rodea, las costumbres y tradiciones, mientras envidia y admira el camino personal de su amiga, que decidió cambiar de vida poniendo kilómetros por medio. Sus cartas le sirven para cruzar la frontera de su condición, para elegir su destino al margen de las obligaciones impuestas.

En *Las delicias de la maternidad* (1979), de Buchi Emecheta, reconocí la llamada de la ciudad que se plantea como el destino para su protagonista, la cual vive como una herida incurable, como un estigma, la muerte de su hijo primogénito. Llega a Lagos con un baúl con muy pocas pertenencias y una única manera de entender la vida, dentro de la tradición de su pueblo; sólo podía ser madre. Emecheta retrata a una mujer que paga con creces el precio de su responsabilidad sin ver cumplidas las promesas de la tradición.

De *Más allá del horizonte* (1991), de Amma Darko, me llamó la atención cómo retrata con crudeza el coste de la promesa de otra vida. Los mitos sobre Europa llevan a aceptar sin condiciones un viaje de remoto destino y futuro muy duro en la prostitución. Una experiencia desgarradora para una mujer educada en la sumisión y convencida de que los valores de su mundo la salvarían de cualquier desgracia...(Sigue en la introducción)